

MERCURIO

REVISTA COMERCIAL
IBERO AMERICANA

FUNDADOR : D. JOSÉ PUIGDOLLERS MACIÀ
DIRECTORES : D. RAFAEL VEHILS Y D. MARIANO VIADA
DIRECCIÓN ARTÍSTICA : D. PEDRO C. ABARCA

SUBSCRIPCIÓN

España, un año 40 pesetas
Extranjero, un año 50

Se publica semanalmente, alternando la edición ilustrada de política económica e informaciones generales, con la comercial y de transportes

OFICINAS

Barcelona ... Rambla de las Flores, 1
Madrid Calle de Herosilla, 12

AÑO XXII

BARCELONA, 23 MARZO DE 1922

NÚM. 407

SUMARIO : MERCURIO y la política del Libro. — Crónica argentina, por R. Monner Sans. — El Real decreto sobre la política del Libro. — La industria y las Artes del Libro, por Victor Oliva. — La industria editorial. — Los nuevos talleres de la «Tipografía La Académica». — El editor, por Rafael Calleja. — Notabilidades industriales

MERCURIO Y LA POLÍTICA DEL LIBRO

En el momento preciso en que, merced a la fuerza laborante y tenaz de la Cámara del Libro de Barcelona, con nuestra cooperación más entusiasta, se ha conseguido al fin, en el reino, iniciar una política del libro sobre sólidos cimientos, nos ha parecido oportuno consagrar a este aspecto de la organización española apta para conservar en América nuestra influencia nacional una edición especial como la más apropiada conmemoración del trascendente significado que encierra y se deriva del Real decreto de 15 de febrero próximo pasado, sobre sistematización y fomento de la industria editorial.

Representa el libro para España el más noble de los instrumentos de influencia nacional, y asimismo el más lógico para un país que no pretende conservar y utilizar su prestigio en el exterior, singularmente en Ultramar, sino en y para funciones civiles sólo posibles en un ambiente de paz y de cordialidad. Venía siendo caso paradójico en extremo, que teniendo en favor nuestro, para facilitar el camino, el factor imponderable del idioma castellano, teniendo nuestro pensamiento, como campo natural de repercusión, a más de todo un continente, no obstante el requerimiento continuo de la opinión, no se atendiesen su fomento y salvaguardia por el Poder Público, por actos expresos de Gobierno que asegurasen el desenvolvimiento de nuestra producción bibliográfica en América contra las acometidas de otros pueblos, lanzados ya en la corriente de pretender usurparnos incluso la



JUAN GUTENBERG

fuerza vinculadora del idioma para obtener en su propio beneficio el que es siempre consecuencia de influir el ánimo de terceras naciones por el pensamiento y por la idea en forma escrita.

No era posible esperar del esfuerzo privado de los industriales editores especialmente, que el libro español llegase a ser más de lo que llega en el presente, o sea a la producción anual mínima de unas cuatro mil obras nuevas, con un total aproximado de doce millones de ejemplares y un valor material, asimismo aproximado, de ochenta millones de pesetas. Pero resultaba asimismo doloroso el contraste entre esas cifras apuntadas y las posibilidades del mercado americano con relación a nuestra producción intelectual, necesitado a veces de un esfuerzo nacional por nuestra parte, impulsado y dirigido por el Estado mismo.

El Real decreto del 15 de febrero ha cambiado de raíz el estado de las cosas. La actividad espiritual española podrá contar en breve plazo, para su manifestación bibliográfica, con la base y el cauce normativo de que necesitaba el ímpetu originario de nuestro pueblo para expandir su agilidad intelectual, su legítimo afán de adquirir una posición ponderable en la lucha que en el cuadro geográfico americano se ventila entre los que pretenden descartarlo y los que se preocupan noblemente de afinar su sensibilidad por las funciones culturales de la moralidad, del pensar científico y de la creación artística, pero a base de no interrumpir, sino, por el contrario, facilitar la circulación entre el ramaje y la raíz del pensamiento común.

La aspiración de escritores y editores tantas veces reiterada desde su última Conferencia Nacional celebrada en 1917, ha sido por fin

atendida, y si los profesionales del libro, en primer término, atienden ahora a dar vida y calor al camino abierto por el Gobierno con su reciente y repetida disposición, pronto habrá de poder conseguir la bibliografía española el puesto destacado que le corresponde, perdiendo su amargo y sarcástico valor de realidad la declaración hecha por las Compañías editoriales « La Ilustración » y « La Publicidad » al definir, a mediados del siglo XIX, la precaria situación de la librería española en estos términos : « No se ha establecido todavía en la Península un sistema de publicidad y comunicación literaria, que extendiéndose a todos los puntos y valiéndose de todos los medios llame al lector y lo busque en vez de esperar a que acuda. Esto, principalmente en lo que se refiere a los compradores de América, se halla fuera del alcance de una librería, que obrando dentro de ciertos límites, estrechados por la escasa cantidad de capital, y operando sobre un reducido número de artículos, no puede crear grandes agrupaciones ni sostener una acción y vigilancia continuas sobre corresponsales que, distribuidos en mil puntos,

no compensan, por su corto consumo parcial, el trabajo y los gastos de una extensa correspondencia. La librería en España es un ramo que se halla todavía por explotar. »

Sin dar al Real decreto del 15 de febrero más alcance que el de un simple punto de arranque en cuanto a la ordenación del mecanismo necesario para vigorizar la producción y la expansión del libro, juzgamos sin embargo que es bastante, por el momento, para que las circunstancias excepcionales que coinciden para facilitar la difusión de nuestros libros en América sean utilizadas dignamente. Por nuestra intervención directa en la elaboración y gestación de aquel acto de Gobierno, podemos declarar que, en síntesis, el pensamiento de los hombres afectos al problema y que de él se ocuparon en 1846, en 1892, en 1896, en 1901, en 1909 y en el período de 1917 al año actual, ha sido recogido. El resto deben darlo de sí, en primer término, los directamente interesados en la producción de nuestro libro, si tienen conciencia de su vitalidad, si tienen confianza en sí y en su destino.

La Dirección



HABLEMOS hoy de papeles con algún espacio, ya que la circulación en América de lo impreso en España, libros, folletos, revistas, puede influir de modo visible en las relaciones intelectuales entre la Península y las naciones de origen hispano. El problema, por lo complejo, demanda detenido estudio de todos los extremos que lo integran.

El público. — De treinta años a esta parte, sus gustos se han modificado, sin duda alguna, ya que hoy, aun dominando la influencia francesa, se lee más que antaño el libro español; y porque así lo han comprendido los editores norteamericanos y franceses, inundan estos mercados de libros impresos en castellano. Sin embargo, las simpatías de la masa que podríamos llamar lectora andan vacilantes, y si bien efectivamente se van acercando cada día más a España, cerebralmente, y por razones que paso a exponer, se desvían hacia otros países que a sus ojos se presentan como modelo de organización y patria de inimitables autores. El desvío es lógico.

Escritores hay en la Península, y no por cierto de los menos leídos, ya que la frase gruesa y el concepto atrevido gustaron en cualquier tiempo, que más parecen empeñados en engendrar despegos que en despertar simpatías. Si alguien nos dijese que en su pueblo natal el alcalde es un memo, los concejales unos cretinos, las gentes, por lo mal educadas, en vez de hablar roznan, que todo se derrumba, que todo está podrido, que todo hiede que apesta a cementerio, ¿sentiríamos deseos de trasladarnos a aquel pueblo? Ciertamente que no. De manera que los que un día y otro, errando la puntería por defecto visual, se complacen en hacer notar defectos, abultados no pocas veces, para con su prédica sacudir, dicen ellos, la apatía del pueblo español, si algo logran no es precisamente lo que se proponen, que a la postre sería digno de aplauso, sino que los americanos que no escuchan más que esta sonata acaben

por creer que en España nada hay digno de ser estudiado, nada merecedor de aplauso, nada que invite al extranjero a visitarla. Cuando hace pocos días leía en un diario de gran circulación que la literatura hispana languidece por falta de autores y de ideales, sentí, lo confieso, hondo pesar, y a mi memoria vino lo afirmado por Bartrina, y me pregunté por qué fuimos dejando en los dos últimos siglos aquel amor a lo propio que nos hizo grandes, ese amor que no sólo conservan sino que se empeñan en acrecer, los hijos de otras tierras, y que les lleva a velar sus defectos y engrandecer sus virtudes.

Todos los españoles de ahí y de aquí hemos convenido en que la labor más provechosa y de mayor trascendencia a realizar, es la de afianzar la comunión espiritual de la madre patria con sus hijas las naciones hispanoamericanas; mas si los de aquí procuramos realizar esta tarea mostrando a España tal cual es, sin enervadores pesimismo, ni optimismos exagerados, para que se la respete, se la conozca, y se la quiera, no pocos de ahí la apabullan tanto, tanto la denigran que, duro es confesarlo, si no existiesen los lazos de la sangre, harto difícil de destrozarse, las hijas más que amor sentirían vergüenza de aquella que el ser les diera.

Nuestras Cámaras Españolas de Comercio tampoco se preocupan de impulsar la circulación del libro. En su salón de lectura, hablo de la de aquí, la biblioteca es misérrima y pobre su sección de revistas periódicas. ¡Cómo si el comercio del libro no fuese tan importante o más que el del aceite o de los pimientos morrones!

Si los comerciantes no leen, si aún continúan calificando de ilusos a los no prácticos, esto es, a los no afiliados en las huestes de Mercurio ¿puede sorprender que al reunirse hablen de cueros, de trigo, de conservas, pero no de libros?

Hace pocos días, conversando con un peninsular millonario, director de uno de nuestros establecimientos de crédito, me decía : « Dichosos ustedes que pueden leer : yo no tengo tiempo ; cansado de hacer números y de tratar de negocios, cuando

regreso a mi hogar en lo que menos pienso es en tomar un libro». Y como éste, así son casi todos.

Nuestros diplomáticos, nuestros cónsules, salvo raras excepciones, tampoco leen el libro español, ya que hartos tienen que hacer con las tareas propias de su cargo y la vida social que les absorbe mucho tiempo. De suerte que el público, o está mal informado, o no lo está, pues quien debiera encauzarlo, formar y educarlo, o ha equivocado el camino o no sigue ninguno.

Libreros. — Sobran dedos de una mano para contar los libreros que tenemos en Buenos Aires, ya que no hay que confundirlo con el vendedor de libros. Desde los tiempos de Casavalle y de Real y Prado, el gremio ha crecido mucho, pero ¡con qué gentes! Así es frecuente leer: « Librería y Cigarrería » y aun « Guitarrería y Librería », con lo que huelga decir que los más venden libros como pudieran vender zapatos o cacharros. ¿Pueden tales mercaderes impulsar conscientemente la circulación del libro? ¡Claro que no!

Si el traseúnte penetra en una de esas tiendas, y pide un libro que no esté en sus anaqueles, la contestación « está agotado » brota en seguida de los labios del dueño o del dependiente. Hablo, por desgracia, con conocimiento de causa. El presunto comprador, al recoger dos o tres veces la misma contestación, acaba por creer que la edición del libro que desea se agotó, y aunque lamenta de momento no dar con él, se resigna a no comprarlo: dando grima pensar que de aquella obra hay en poder de los libreros de verdad ejemplares a docenas, y aun a veces a centenares.

Editores. — Por regla general, los llamados editores son simplemente impresores. Dan a luz una obra buscando su negocio al amparo, no de su esfuerzo, sino del nombre del autor. No se empeñan en hacer circular el libro, esperan que el público lo solicite. Si el autor es novel, el fracaso queda legitimado, a sus ojos, con decir: « Es su primera obra »; como si se pudiese comenzar por la segunda o tercera.

Siempre recordaré el siguiente hecho, y esto que han transcurrido más de cuarenta años.

Se trataba de autor novel, muy joven por añadidura. Puesto al habla con el verdadero editor, aceptó la obra en las condiciones usuales, y ante la declaración de que la edición sería de mil ejemplares, el jóvenzuelo reflejó el asombro en su mirada. Notado por el editor, díjole al literato: « No se asuste: la edición se colocará. Cuento con más de quinientos corresponsales, y ya ve que no es difícil colocar dos ejemplares de su obra en cada población adonde vaya a parar. »

Los editores españoles no tienen por lo general, y por desgracia me consta, corresponsales en el mayor-mayor número

de las ciudades americanas. Al alcance de la mano tengo cartas de literatos colombianos, mexicanos, ecuatorianos, etc., que se lamentan de no poder adquirir tales o cuáles obras porque allí sólo ha llegado la noticia de su publicación.

Otros editores-libreros hay que ofrecen a sus corresponsales una comisión de 20 por 100 cuando casas extranjeras les brindan con el 30, 35 y hasta 40 por 100. Y como el vendedor de libros es, por encima de todo, comerciante, ya se supondrá que si algún esfuerzo ha de realizar lo hará en pro de aquellas obras, buenas o malas, que mayores beneficios le reporten.

Los editores de revistas pretenden abrirse estos mercados con enviar al principio una docena de números de propaganda, sin comprender que en los comienzos, en éste como en todos los negocios, hay que arriesgarse. En la actualidad cualquier revista que quiera entrar en el público — según frase de los del gremio — tiene que enviar, en concepto de propaganda, cuatrocientos o quinientos números.

Tampoco cuenta el libro español con la protección de los mimados por la fortuna. Vaya al respecto un cuento rigurosamente histórico, con la feliz circunstancia de vivir todos los aludidos.

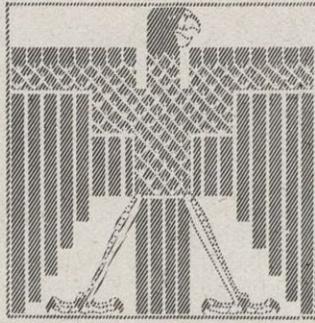
Hace unos años, cuatro o seis, un español bien intencionado, pero no rico, sabiendo que existía en la Argentina un modesto pero feliz mortal que poseía una valiosa colección cervantina, creyó de buena fe que ella podía servir de base para una gran biblioteca hispánica en la que se agrupase cuanto en habla española viese la luz en la madre patria o en las Repúblicas de habla española. Bastaban quinientos mil nacionales para que naciese la « Biblioteca Cervantes », que reunir debía, en bien de todos, las manifestaciones literarias de cuantos cultivan en nuestra habla las bellas letras. Con gran entusiasmo en los labios y fácil verba, golpeó a las puertas de varios peninsulares millonarios, pero todas, a la segunda visita, se cerraron, después de la frase siempre pronta: « Los negocios van muy mal ». Dígameles a los tales señores que es hacer hispanismo procurar que se conozcan en estos países nuestros prosistas y poetas, y se encogerán de hombros. El hispanismo consiste en trabajar egoísticamente *pro domo sua*, y asistir a banquetes para oír frases de clisé en que se hable de la invicta madre y de sus jóvenes y sonrientes hijas.

Quería aún hablar de las ediciones clandestinas, de los libros llamados pornográficos y de otros extremos, pero como esto más que carta es un cartapacio, pongo por hoy punto final, no sin asegurar que a pesar de la prédica malsana de algunos articulistas, de deficiencias editoriales, del excesivo precio de algunos libros, de la ineptia de los libreros y de la ignorancia de los ricos, las generaciones argentinas que se levantan siguen con interés nuestra producción intelectual, y saben más de literatura española que los mismos peninsulares aquí domiciliados. ¡Qué no sucedería si se barrieran las causas que entorpecen la circulación del libro español en América!

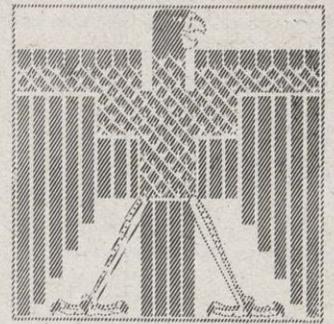
Buenos Aires, a 1.º de marzo de 1922.

R. Monner Sans





EL REAL DECRETO SOBRE LA POLÍTICA DEL LIBRO



No se ha publicado en España disposición ministerial alguna en favor del libro, de la trascendencia de este Real decreto. Señala una nueva orientación para este vehículo del pensamiento y de la cultura hispana, y encauza todas las iniciativas dispersas que se diluían, estériles, en el ambiente. Elaborado en el Ministerio de Hacienda, cábele al emiriente estadista don Francisco Cambó la honra y el orgullo de haber dado a la espiritualidad española los medios de expansión que el momento actual requiere. Y avizorando el porvenir, ha comprendido el señor Cambó que España, para hermanarse más con las naciones que en el Continente colombino hablan nuestro idioma, no sólo ha de enviarles sus hombres y sus productos, sino que ha de remitirles continuamente los frutos del alma y de la ciencia españolas que nuestros autores consignan en la copiosa producción bibliográfica de nuestras casas editoriales.

Para demostrar la acogida que ha tenido este Real decreto diremos solamente que casi todos sus preceptos se han cumplido. Se ha constituido la Cámara Oficial del Libro en Madrid, nombrando su primer presidente al merítísimo editor, don Saturnino Calleja; se ha reunido el Comité Oficial del Libro y ha empezado a funcionar; se ha implantado el Servicio Postal Hispanoamericano y están en vías de ejecución las demás disposiciones contenidas en los artículos de estas páginas de la *Gaceta*.

A la par de esta labor del Gobierno, los elementos relacionados con el libro han hecho gala de una actividad extraordinaria. En el Ateneo de Madrid se han dictado admirables conferencias sobre el libro. En esta ciudad se ha organizado otra serie, que publicaremos en *MERCURIO*, mientras que en la Feria de Muestras una sala especial destinada al Libro servía de palenque, donde más de cincuenta editores mostraban la pujanza de esta cultísima industria; por último, España concurrirá a la Feria Internacional del Libro de Florencia, próxima a celebrarse.

No descansen autores y editores. Trabajen de consuno, poseídos de la importancia de su patriótica labor, y ella ha de ser un paso más, gigantesco tal vez, para la creación de esta España Mayor, que cobije a cuantos hablan la majestuosa lengua de Castilla.

MARIANO VIADA

EXPOSICIÓN

SEÑOR: En su preocupación constante por la defensa y el fomento de las industrias nacionales, no ha podido substraerse el Gobierno de Vuestra Majestad a la necesidad imperiosa de atender la del libro, dado el carácter único de los valores que produce. Tiene, en efecto, el libro, además de un valor económico, un valor cultural y de influencia espiritual que ninguna otra mercancía puede igualar, y ninguno de los medios que pueden contribuir a mantener y consolidar el progreso de un país puede ni siquiera ser comparado con aquél, factor principal de la expansión y del acrecentamiento de la cultura y por ende de las energías de un pueblo, instrumento singularmente expansivo de todo ascendiente moral, hasta el extremo de que la protección que se le concede revierte siempre al protector un beneficio que supera incomparablemente el importe del sacrificio momentáneo.

Para España reviste además este problema una importancia estrictamente nacional, a la que debe responder el Poder público.

Cierto que, en los últimos años, las Artes gráficas y las industrias del libro han tenido en el reino un resurgimiento ponderable, efecto del esfuerzo y de la iniciativa privados solamente.

Pero aparte de que en punto a la propia cultura nacional no se nos alcanza colmo de medida ni satisfacción bastante, el hecho especialísimo, de valor inestimable, de la comunidad de idioma con la mayoría de los pueblos de Ultramar, nos compele a utilizar dignamente esa ventaja, defendiéndola al par, con voluntad enérgica, de los extraños interesados en descauzarla.

Por eso, debiendo ser la misma su raíz, deben también ser de alcance diferente las soluciones que se adopten para el problema del libro en el país y para el de su impulsión y exportación, y en las que como simple punto de partida el Gobierno tiene el honor de someter a la aprobación

de Vuestra Majestad, sentando las bases esenciales de una sistematización del libro patrio que le den sello nacional y vigor y defensa a su propio dinamismo, se ratifica tal convencimiento, procurando consolidar dentro de España tan altos intereses y facilitar en justa proporción el desdoblamiento internacional de los mismos, para bien de su eficacia.

A este fin ha querido el Gobierno recoger en lo posible las aspiraciones coordinadas de los propios y diversos factores industriales a que afecta su disposición, y al hacerlo sobre la base de los acuerdos de la última Conferencia nacional del ramo en 1917, los informes de los representantes del libro y del papel en la Junta de Aranceles y las autorizaciones concedidas al Gobierno por la ley de Protección a las industrias de 2 de marzo de 1917 (artículo 1.º, base cuarta, letra M), y la de Presupuestos de 29 de abril de 1920 (disposición quinta de las complementarias) en materia de franqueo de los libros españoles, no ha perdido tampoco de vista la tendencia de las industrias similares extranjeras, ni la oportunidad precisa e inaplazable que para la industria nacional que nos ocupa produce e impone al propio tiempo la renovación arancelaria, convencido de que, con el ordenamiento que en el presente proyecto de Decreto se plantea, podrá el libro español sostener sus posiciones adquiridas, y tratarse asimismo el plan colectivo de medidas, gubernamentales unas y privadas otras, que se consideren necesarias para avanzar en su camino.

Fundado en estas consideraciones, el Presidente que suscribe tiene la honra, con el acuerdo del Consejo de Ministros, de someter a la aprobación de Vuestra Majestad el adjunto proyecto de Real decreto.

Madrid 15 de febrero de 1922.

SEÑOR:

A L. R. P. de V. M.
ANTONIO MAURA Y MONTANER

REAL DECRETO

A propuesta del Presidente, de acuerdo con Mi Consejo de Ministros, Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo primero. 1.º Los beneficios que se deriven de lo establecido en las disposiciones de este Real decreto requerirán, para hacerse efectivos, la colegiación de los productores y comerciantes españoles a quienes afecta en las Cámaras Oficiales del Libro, constituidas o que se constituyan en lo sucesivo.

2.º Las Cámaras Oficiales del Libro serán Cuerpos consultivos de la Administración pública, necesariamente oídos sobre todo cuanto afecte a la producción, comercio y exportación del libro, a cuyo efecto se relacionarán directamente con la Dirección general de Comercio e Industria del Ministerio de Fomento; estarán especialmente integradas por publicistas, editores, fabricantes de papel, impresores, grabadores y encuadernadores y comerciantes de libros; requerirán para su constitución el concurso de diez personas jurídicas o naturales dedicadas a la industria editorial del libro, entendiéndose por tales las que, satisfaciendo la contribución industrial correspondiente, publiquen y vendan obras, personales o de terceros, imprimiéndolas o haciéndolas imprimir en un número cualquiera de los ejemplares, difundiéndolas entre el público y prestandolas todos sus cuidados; coordinarán entre sí sus respectivas jurisdicciones; integrarán sus órganos ejecutivos con representación de los cinco elementos anteriormente indicados; crearán Bolsas del Trabajo intelectual para facilitar la relación entre autores y editores y el intercambio entre estos últimos; cuidarán de cuanto afecte al perfeccionamiento del régimen de propiedad intelectual; formarán la estadística de la producción en las diversas manifestaciones de las industrias y artes que integran el libro y de la exportación ordinaria y postal de los mismos con el concurso expreso de las Administraciones de Aduanas y Correos; publicarán y difundirán una Bibliografía general española e iberoamericana común; procurarán evitar y perseguir la competencia ilícita y desleal en todas sus formas y manifestaciones; dirimirán, por medio de juicios arbitrales, las diferencias que entre sus socios se susciten, y cuidarán de organizar, cada una dentro de su jurisdicción, sindicatos para la exportación del libro español al extranjero, singularmente a los países de habla española, y agrupaciones de los referidos sindicatos para facilitar su gestión y administración con arreglo a las bases generales que establezcan.

3.º Las Cámaras Oficiales del Libro percibirán el importe del recargo del 100 por 100 establecido por Real decreto del Ministerio de Hacienda, fecha 18 de noviembre de 1919, sobre las cuotas señaladas al comercio del libro para la remisión al extranjero de las obras editadas o de las que son objeto del comercio, o ambas, en la tarifa 1.ª, clase 8.ª, número 5 de la Contribución industrial, destinándose el referido importe precisamente a la publicación y difusión de una Bibliografía general española e iberoamericana común y de monografías y estudios técnicos de la industria editorial y de la de librería.

4.º Los fabricantes de papel satisfarán a las Cámaras del Libro la cuota de un céntimo por kilogramo sobre todo el papel que se consume por sus miembros y resulte afectado por el régimen de bonificaciones a que se refiere el artículo 7.º subsiguiente, efectuándose el reparto entre las Cámaras con arreglo a la jurisdicción a que correspondan los consumidores de papel.

Artículo segundo. 1.º El Comité Oficial del Libro del Ministerio de Fomento, creado por Reales órdenes de aquel Departamento de 26 de abril y 9 de noviembre de 1920, quedará modificado en su estructura, constituyéndose y reorganizándose en la siguiente forma:

Cinco representantes de cada una de las Cámaras Oficiales del Libro, constituidas o que se constituyan (uno, por los editores de libros; otro, por los publicistas; otro, por los fabricantes de papel; otro, por los industriales de las Artes Gráficas y de la Encuadernación, y otro, por los comerciantes del libro).

El Jefe del Registro de la Propiedad Intelectual.

El Jefe de la Sección de Comercio del Ministerio de Estado.

El Jefe de la Sección de Estudios Arancelarios de la Dirección general de Aduanas.

El Jefe del Negociado Internacional de la Dirección general de Correos.

El Vocal representante de las Industrias del Libro en la Comisión Protectora de la Producción Nacional.

El Vocal representante de las Industrias del Libro en la Junta de Aranceles y Valoraciones.

Un representante elegido, al efecto, por las entidades de Industrias Gráficas legalmente constituidas en las provincias en que existan Cámaras del Libro.

Un representante elegido, al efecto, de cada una de las Cámaras Oficiales de Industria y de Comercio de las provincias donde actúen Cámaras del Libro.

Un representante delegado, al efecto, de la Unión Iberoamericana de Madrid.

Y un representante, asimismo delegado a tal efecto, de la Casa de América, de Barcelona.

Actuará de Presidente del Comité el Director general de Comercio, Industria y Trabajo.

Los Vocales representantes de las Cámaras del Libro, de las entidades de Industrias Gráficas, de las Cámaras de Industria y Comercio, de la Unión Iberoamericana y de la Casa de América se renovarán por mitad cada cuatro años.

2.º El Comité Oficial del Libro entenderá en cuantas cuestiones relacionadas con la producción, comercio y exportación del libro le confíen la Administración o las Cámaras Oficiales del Libro, proponiendo al Gobierno las medidas que convengan; prepararán, a medida que las circunstancias lo aconsejen, la metrificación o tipización (*standardización*) de las industrias del libro en cuanto a sus productos (libros tipos), sus equipos industriales, sus métodos de trabajo y sus diversos materiales; informará al Gobierno especialmente sobre cuanto afecte al régimen de Tratados internacionales de propiedad intelectual; elegirá, cuando corresponda, el Vocal representante de las industrias del libro en la Junta de Aranceles y Valoraciones; designará, asimismo, cuando proceda, el Vocal representante de las Industrias del Libro en la Comisión Protectora de la Producción Nacional; regulará las normas de la concentración y especialización de la industria del papel, a fin de obtener la reducción de los precios y la homogeneidad y perfección de sus productos tipos de edición, y actuará además como elemento ejecutivo permanente de los Congresos y Asambleas nacionales que las Cámaras del Libro organicen y celebren, siendo el encargado de designar representante del libro español en los Congresos y Asambleas internacionales que asimismo se realicen.

Artículo tercero. 1.º Dentro del plazo de cuarenta días, a contar de la fecha de la publicación de este Real decreto en la *Gaceta de Madrid*, el Comité Oficial del Libro del Ministerio de Fomento determinará los tipos específicos principales e intermedios de papel editorial para el libro español (pluma, alisado, satinado, verjurado y couché) en medidas y calidades, correspondientes a cada una de las clases siguientes:

a) Papel continuo para imprimir, sin recortar, blanco o de color, liso o verjurado, esté o no satinado, de más de 21 gramos de peso por metro cuadrado, y conteniendo 40 por 100 o más de pasta mecánica de madera.

b) Papel continuo para imprimir, sin recortar, blanco o de color, liso o verjurado, esté o no satinado, de más de 21 gramos de peso por metro cuadrado, conteniendo desde 10 por 100 de pasta mecánica de madera, y menos de 40 por 100.

c) Papel continuo para imprimir, sin recortar, blanco o de color, liso o verjurado, esté o no satinado, de más de 21 gramos de peso por metro cuadrado, conteniendo menos del 10 por 100 de pasta mecánica de madera y sin pasta mecánica de madera.

d) Papel recubierto por una de sus dos caras por una capa de materia mineral mate o abrigillado (couché).

2.º El Ministro de Fomento podrá ampliar el plazo establecido en el párrafo primero del epígrafe anterior, si el mismo resultase insuficiente, a petición del Comité Oficial del Libro.

3.º Los tipos específicos de papeles que resulten podrán ser revisados y modificados por acuerdo del Comité Oficial del Libro, siempre que las circunstancias así lo impongan o aconsejen.

4.º A los efectos de la revisión y comprobación técnica de los tipos específicos de papel editorial, e interin las Cámaras del Libro no posean laboratorios para los análisis químicos, microscópicos y fisicomecánicos del papel, el Comité del Libro podrá utilizar el laboratorio de análisis químicos de la Dirección general de Aduanas.

Artículo cuarto. 1.º Una Delegación del Comité Oficial del Libro del Ministerio de Fomento, constituida por un Vocal representante de los editores; otro de los fabricantes de papel y el Jefe de la Sección de Estudios Arancelarios de la Dirección general de Aduanas, fijará mensualmente los precios de los papeles establecidos para el libro, considerando como tales precios los que resulten entre los medios de sus similares de Alemania, Inglaterra, Suecia y Francia, agregando los gastos medios desde el origen hasta colocar el papel en vagón de ferrocarril en los

puertos de Pasajes o Barcelona, y los derechos de Aduanas con los recargos que correspondan, según el trato arancelario que se le aplique.

2.º Dichos precios totales serán los máximos de los papeles editoriales tipos españoles, puestos sobre vagón fábrica, y se considerarán firmes si no fuesen protestados antes de los ocho días de su fijación por los interesados y por mediación de las Cámaras del Libro a que los mismos pertenezcan. Si, por el contrario, fuesen protestados, deberán las Cámaras demostrar el error padecido con cotizaciones, ofertas, contratos y facturas de papel de los países arriba citados, y cuantos otros medios les sean exigidos por el Comité, pudiendo la Delegación del mismo, establecida en el inciso número 1 de este artículo, fijar nuevamente los precios con carácter definitivo, una vez examinados los elementos de prueba que se le presenten.

3.º Los papeles tipo editoriales se facturarán por sus fabricantes a precios no mayores que los fijados para el mes en que deba servirse el pedido, considerándose éste servido una vez sea puesto a disposición de las Empresas editoriales sobre vagón en la estación de origen.

Artículo quinto. 1.º El Comité Oficial del Libro, en el plazo de sesenta días, a contar de la fecha de la publicación en la *Gaceta de Madrid* de los tipos específicos de papeles para el libro, determinarán los contingentes de cantidad fija disponible de cada tipo que los fabricantes deberán sostener constantemente en almacén de fábrica.

2.º En los casos de modificación de todos o cualesquiera de los tipos específicos de papel editorial, por el Comité Oficial del Libro, los fabricantes de papel, una vez terminadas las existencias de los tipos anteriores, deberán constituir los contingentes que correspondan de los nuevos tipos acordados, dentro del plazo de sesenta días, igual al establecido en el inciso primero anterior.

Artículo sexto. 1.º Los fabricantes de papel vendrán obligados a conceder a las personas jurídicas o naturales editoras de libros un descuento en los precios de los papeles tipos que adquieran y destinen precisamente al libro, equivalente al 25 por 100 de los derechos de la segunda columna del Arancel de Aduanas que correspondan a los tipos similares de papel de procedencia extranjera, con todos los recargos que graven los referidos derechos.

2.º La bonificación a que se refiere el inciso anterior, número 1, se elevará hasta el 40 por 100 de los referidos derechos de Aduanas, con todos sus recargos, cuando se justifique que los libros han sido exportados.

3.º En los casos en que las bonificaciones en los precios de papel sobre libros exportados sean solicitados por Sindicatos de exportación reconocidos por las Cámaras del Libro a que correspondan, por pertenecer a dichos Sindicatos los editores de los referidos libros exportados, se aumentarán las referidas bonificaciones hasta el 60 por 100.

4.º Las bonificaciones anteriores deberán ser asimismo concedidas por los fabricantes de papel sobre todas las demás clases de papel para imprimir que fabriquen, no comprendidas en los tipos específicos del destinado a edición, siempre que las cantidades que se adquieran no sean inferiores a 10,000 kilogramos como mínimo, y se justifiquen debidamente la edición y exportación, o la edición simplemente, según los casos.

5.º A los efectos de lo establecido en este artículo, el Comité Oficial del Libro determinará los elementos acreditativos de la edición y exportación de libros, así como del peso neto del papel empleado en ellos y de la procedencia del papel, correspondiendo a las Cámaras la investigación y comprobación de los requisitos que se acuerden.

Artículo séptimo. 1.º Toda denuncia de simulación de empleo de papel en libros o de la exportación de éstos, deberá formularse ante la Cámara que corresponda por los fabricantes de papel, y sancionada por aquéllas con la imposición de un múltiplo del importe de las bonificaciones indebidamente percibidas, proporcional a su cuantía, quedando las Empresas multadas privadas de todos sus derechos a las bonificaciones en los precios de los papeles editoriales, mientras las expresadas multas no sean satisfechas.

2.º El incumplimiento por parte de los fabricantes de papel de lo establecido en el inciso número 3 del artículo 4.º, en el artículo 5.º y en el artículo 6.º y las infracciones en que los mismos incurran en punto a las condiciones de medida y calidad que se determinen para los tipos específicos de papel editorial y en virtud del artículo 3.º, serán sancionados por la Cámara del Libro a que el caso corresponda, con la imposición de las multas que la misma establezca, hasta el límite de 10,000 pesetas, con recurso de alzada al Comité del Libro.

3.º Los fabricantes de papel que no acepten fabricar los tipos específicos que se establezcan con arreglo a lo prevenido en el artículo 3.º, vendrán obligados a aplicar el régimen de bonificaciones preceptuado en el artículo 6.º a todas las clases de papel para libros que produzcan, sea cualquiera la cantidad que adquieran los editores.

Artículo octavo. 1.º Por la Dirección general de Correos se creará un sello de cinco céntimos para el certificado de los libros sueltos que se envíen dentro de la Península, o se exporten a los países americanos y las islas Filipinas, sin obligación ninguna a indemnización en caso de extravío, y mediante la reglamentación especial del servicio que la propia Dirección general de Correos establezca.

2.º A los libros españoles que se exportan por vía postal a los países americanos, Portugal y las islas Filipinas les será aplicado el precio de franqueo establecido por el Convenio Postal Hispanoamericano de Madrid de 30 de noviembre de 1920.

Artículo noveno. El Comité Oficial del Libro propondrá las disposiciones reglamentarias que sean precisas para la ejecución de este Real decreto.

Dado en Palacio a quince de febrero de mil novecientos veintidós.

El Presidente del Consejo de Ministros
ANTONIO MAURA Y MONTANER

ALFONSO



LA INDUSTRIA Y LAS ARTES DEL LIBRO

El Presidente de la Cámara presentó al Sr. Oliva en estos términos:

Va a dictarse la segunda conferencia del ciclo que ha organizado la Cámara Oficial del Libro en esta Tercera Feria de Muestras de Barcelona. El tema de las conferencias, como tuve el honor de manifestar ayer, es «El libro, en sus diferentes aspectos».

Ayer, con su competencia no igualada en estas materias, don Nicolás de Urgoiti nos habló del papel desde su formación en las primitivas manufacturas hasta llegar a los papeles superiores, que convierten en verdaderas obras del arte las manifestaciones del idioma.

El papel blanco llega a la casa del impresor y entonces empieza la tarea de éste. De su saber, de su ciencia y de su arte depende que aquellas hojas de papel se conviertan en una obra notable a la vista, que sea el vocador más eficaz de las ideas que el autor ha vertido en las cuartillas, o que sea un objeto que no logre llamar la atención.

Afortunadamente, en nuestra tierra abundan los impresores que consideran no como un oficio, sino como un arte, un verdadero bello arte, el arte de imprimir. Y entre estos impresores descuella el conferenciante de hoy.

Hace años que cuando se recibe un libro que se sabe impreso por la casa Oliva de Vilanova, antes de abrirlo, se experimenta cierta fruición, porque se sabe que en sus páginas se hallará una visión de lo que el arte de imprimir puede suministrar de encanto al espíritu.

Oliva de Vilanova es de abolengo del libro. Entre libros puede decirse que creció y se educó, puesto que su padre era bibliotecario de la Biblioteca del Museo Balaguer de Villanueva y Geltrú. Su afición a los libros fué creciendo con la edad. A pesar de haber estudiado la carrera de Ciencias Históricas y las de perito mecánico y electricista, todo lo que había atesorado en su espíritu lo vació en los libros. El trata al libro con amor, con adoración. Cuida de que la letra dé realce a lo que el autor imaginó, y ha conseguido ser uno de los que más relieve han prestado a la industria tipográfica en nuestra tierra.

Poco es lo que yo podría decir en esta materia; más vale que escuchemos lo que Oliva de Vilanova nos va a explicar: de él aprenderemos lo que su entusiasmo y experiencia han acumulado.

Ante todo me veo obligado a hacer un poco de preámbulo para poner de relieve el acierto de la Cámara Oficial del Libro, iniciadora de la sindicación profesional, en un terreno espiritual y elevado, de todos los que al libro se dedican, iniciativa que hemos tenido la suerte de ver consagrada por el Estado e imitada por entidades similares del resto de España.

La Cámara Oficial del Libro, al fijar la vista en los temas que se habían de desarrollar referentes al libro y al relacionarlos con los nombres de quienes se han encargado de explicar cada tema, ha tenido, en mi concepto, un acierto enorme, que ha consistido en fijarse en el profesionalismo de los conferenciantes.

España es la tierra por excelencia de los aficionados, de los *amateurs*; dicho en otra palabra extranjera, es la tierra de promisión de los *dilettanti*. Pues bien: la Cámara del Libro ha cerrado los oídos a las sugerencias de tantísimos *dilettanti* como pululan por nuestro campo, porque la letra de imprenta tiene una sugestión enorme; y en lugar de dirigirse a grafómanos charlatanes, o a intelectuales de relumbrón que supiesen coger aspectos más halagadores, pero menos verídicos de los problemas del libro, se ha dirigido a los profesionales.

Por esta razón es por la que yo me encuentro ocupando ahora esta cátedra. Hago responsable a quien me ha elegido, del acierto o desacierto de la elección.

El señor Viada ha querido colmar la diferencia entre el conferenciante de ayer y el de hoy con frases de elogio que no tengo más que agradecer. Insistir más en ello parecería

querer subrayarlo. En cambio, tengo que insistir en el elogio de la Cámara, encaminada por sus actuales directores en el sentido que más eficacia puede dar a su labor.

Volviendo a mi tema, he de repetir que España sufre de un mal gravísimo, que me permitiré llamar *aficionadismo*, forjando una palabra bastante fea, pero indispensable a mi entender, y sobre todo muy gráfica. Los aficionados lo invaden todo, desalojando a los verdaderos técnicos, ridiculizándolos, desacreditándolos. Los improvisados, los espontáneos, los eruditos a la violeta se exhiben, chillan, peroran, dictaminan y llegan a quitar las ganas de profundizar en los estudios y de ahondar en los temas, lo que raramente suele tener el brillo atractivo que place a las muchedumbres.

Por esto vemos que la suprema autoridad en política internacional recae en un médico, y que el árbitro en asuntos militares es un abogado, pongo por caso, que el *curandero* inspira más confianza a ciertas gentes que el doctor en medicina y que existen *curanderos* de la arquitectura y de la instrucción pública, de la música y de la astronomía.

Algunos de estos aficionados, algunos de los que han logrado por su audacia encumbrarse en un campo que no es el suyo, han conseguido llamar tanto la atención sobre su actividad, que se ha engendrado una confusión en muchos espíritus; ha parecido que era éste el verdadero camino de mejora y de progreso, se ha creído ver en ellos la inspiración que había de iluminar después a los profesionales. Y se da la paradoja, todavía más exagerada, de que los profesionales, adoptando un tono de imitadores, quieren disimular la técnica bajo una capa superficial, como si dijésemos, de curiosidad, de improvisación, cuando lo que les pide su espíritu es la seguridad hija de larga práctica de su industria o de su arte ejercida asiduamente desde sus rudimentos y en la que vierten la materialización natural de sus íntimos sentimientos.

Reaccionando contra esta deletérea corriente, ha formulado la benemérita Cámara barcelonesa del Libro su plan de conferencias y ha designado a quienes debían desarrollarlas y ello nos ha valido el poder escuchar al conferenciante de ayer y les obliga a ustedes, para tener íntegra la hilación de la serie, a prestar oído al conferenciante de hoy.

El tema de mi conferencia es el *Libro* en su aspecto material. Sin entrar a explicar cómo contribuyen a producirlo las distintas industrias que a él se dedican, lo que resultaría una *lección de cosas* pesada para los técnicos y poco clara, sin demostraciones experimentales, para los profanos, trataré de formular una definición del libro: a mi ver, se debería describir como un conjunto de membranas, generalmente pedidas al reino animal, sujetas entre sí para conservar la unidad de la materia a que se refiere, y en las cuales se han transcrito los pensamientos de un moralista, los dictámenes de un sabio, las elucubraciones de un poeta o los mandamientos de un legislador.

Esta definición implica la manualidad de la transcripción; lo que equivale a decir que el verdadero libro, el libro base, el libro ideal, es el libro manuscrito.

Durante muchísimos siglos, el manuscrito ha sido el único elemento de conservación y de difusión de las ideas. Y cuando las ideas han adquirido un relieve excepcional, cuando las ideas se han respetado por su importancia y trascendencia, la materia sobre la que se han estampado ha adquirido también, en relación con las ideas mismas, una duración extraordinaria.

El códice, escrito a mano, decorado en su portada, encuadernado con lujo, con los cantos dorados, con aplicaciones de metales, con dibujos de los mejores artistas, ha logrado los caracteres de verdadera maravilla.

Al final del siglo xv se han producido códices que, aun hoy, son inestimables tesoros para todos los aficionados.

Pero al mismo tiempo, en los mismos días en que el lujo y el arte daban este relieve a las obras verdaderamente merecedoras de ello, se ha producido un cambio en las ideas de la Humanidad, se ha producido una avidez tan grande, una voracidad en todo el mundo por conocer el pensamiento de los escritores, por poderse formar cargo íntimamente de los argumentos en favor de las modificaciones religiosas y políticas que el mundo sufría, ha habido un ambiente tan favorable a la evolución mecánica del arte manuscrito que, como una maravilla armada de todas las armas, ha surgido el arte de imprimir.

Es un tópico ponderar que la imprenta nació perfecta. Se ha dicho y repetido mil veces, e insistir más en este punto sería unirse a una convicción a la que nadie se substraerá.

Pero lo que no se ha hecho resaltar bastante es la causa de que esto sucediese así. Yo procuro explicar el fenómeno dentro de mis convicciones evolucionistas. La imprenta nació perfecta, porque se vio obligada a imitar manuscritos perfectos.

A mediados del 1400, los calígrafos han llegado a conseguir sobre el pergamino una igualdad tan absoluta de tipos manuscritos, han dominado a tal punto la natural nerviosidad de sus manos, que una letra en una misma línea parece estereotipada, exacta de otra letra igual. Pero estos mismos calígrafos que con tanta habilidad saben regularizar su escritura, con no menos habilidad saben deformarla imperceptiblemente para que la línea responda a un concepto elevado de arte, para que la línea tenga los blancos bien repartidos, para que el conjunto de la página sugiera por la serenidad y por la normalidad de su presentación.

De manera que se han encontrado, los primeros que han pretendido mecanizar este procedimiento manual, con una obligación y con una ventaja: con la obligación de aparecer perfectos, porque el

público de aquella época no habría soportado una cosa chabacana, y con la ventaja de que la regularidad que las manos habían alcanzado preparaba los ojos de los lectores a la monotonía de lo mecánico.

Si la imprenta hubiese nacido tal como la practicamos, estaba destinada, condenada a desaparecer. Pero la imprenta se impuso porque desde el primer momento logró imitar la técnica admirable de los códices. He tenido en mis manos, en la Biblioteca Real de Madrid, un ejemplar de los primeros impresores, sino de Gutenberg, de uno de sus socios, y se observa en él una seguridad, un hábito de atildamiento, una madurez, que sólo se comprenden sabiendo los anteriores a la invención, a esta invención que sólo tenía seis años de existencia.

Al lado de este aspecto de la mecanización del procedimiento, del aspecto que podríamos decir puramente de transcripción de la letra, se ha presentado y resuelto con igual acierto el aspecto decorativo.

El manuscrito, tanto litúrgico, como histórico, como literario, estaba profusamente ilustrado y decorado. Desde la dedicatoria, en que figuraba el retrato o el escudo del Mecenazgo, desde las iniciales de los capítulos más importantes, había composiciones pictóricas de gran vuelo, sugeridoras de las ideas del libro y capaces de rivalizar con los retablos y con los esmaltes. Y los impresores, encontrándose con procedimientos ya existentes de reproducción, los han adaptado y aplicado, con un acierto verdaderamente notable, al libro.

Desde fines del siglo xv encontramos en España obras ilustradas por los grabados en madera. Desde fines del siglo xv encontramos libros impresos en España con grabados al agua fuerte; y algunos años después, aquellos impresores que manejan sus instrumentos con los tanteos con que un niño precoz ensaya los menesteres de sus padres, se atreven con el color y aciertan en la aplicación del color.

Los nombres de los primeros ilustradores que han utilizado estos procedimientos son tan notorios y tan conocidos,



D. Víctor Oliva

que casi no hay necesidad de repetirlos; en Alemania, sobre todo, aquella generación que fué protegida y ensalzada por Maximiliano, el abuelo de nuestro Carlos V, aquella generación de artistas hizo con el libro, tanto bajo la protección de los Mecenas, como para el gran público, que entonces era mundial, tales milagros, que un espectador consciente forzosamente se ha de asombrar, pues sería difícil en la actualidad imitarles.

El papel en que imprimían, si no se podía confundir con el pergamino, tenía una densidad, una pasta material y una tradición espiritual, un abolengo, que casi equivalían a un alma, al alma del papelerero que lo había hecho con la mayor ilusión y que con las filigranas o marcas de agua había puesto el sello de su personalidad en cada hoja, sobre todo en aquellos tiempos en que ciertas industrias tenían todavía secretos, conservaban algo de misterioso, que frisaba en la alquimia.

Otro tanto se puede decir de la labor del cuero para las encuadernaciones, de la fundición de los tipos, de concepto que tenían de su misión los editores y de lo que eran capaces de arriesgar los libreros en aras de su entusiasmo por un autor, o para la propaganda de una idealidad.

Pero esta visión de la nobleza y de la dignidad de nuestro arte, desgraciadamente, no nos ha de servir más que para amargarnos la labor de hoy.

Yo siento tenerlo que decir, y encuentro difícil hallar la palabra precisa para determinar la actuación de España en las Artes del Libro, palabra que no hiera los oídos de mis compañeros profesionales y que honradamente traduzca mi visión, que creo no deber disimular. Quizá en el curso de la explicación saldrá un concepto consolador.

Primero debo decir que el mundo, para los españoles que responden de veras a la tradición nacional, se divide en dos grandes porciones: España y el Extranjero. En el Extranjero todo es bueno: los artistas ejercen su profesión con probidad absoluta, los industriales nunca dan gato por liebre, los empleados son probos y cumplen bien con su deber, la vida es grata, los gobiernos se desvelan por sus súbditos. Si oímos a los jeremías comentadores, en nuestro país todo está falsificado; lo que se contempla en arquitectura o en pintura es trasunto infeliz de cosas extranjeras; somos incapaces de inventos trascendentales y de resistir competencias sostenidas. Este fallo tan duro tiene la autoridad, mejor dicho, viene con el marchamo de la capital de España, es una opinión que se trasluce, por ejemplo, en muchos artículos de los periódicos que creen tener una especie de exclusiva del patriotismo.

No es este el momento de señalar los daños enormes que tal manera de pensar nos ha causado.

Pero si esta opinión tan dura la quiere rectificar un patriota sincero, y para rectificarla ha hecho (en 1914), por ejemplo, el viaje a la Exposición de Leipzig de las artes gráficas, y ha comparado la instalación española a las instalaciones de las demás naciones, tiene que subscribir, sin ninguna restricción, y quizá agravarlo, este fallo.

Y ahora yo, como profesional de las Artes del Libro, a los compañeros que me oigan, si quieren tener un momento de sinceridad, les pregunto: ¿Qué motivos hemos dado para que se nos juzgue así? ¿Qué contribución hemos aportado nosotros a un criterio de perfeccionamiento? Véamoslo.

No pensemos en la propaganda, en la obligación que tenemos de estar seguros de lo que hacemos, no pensemos en la crítica, en la hostilidad de ciertas gentes con nosotros y veamos sinceramente si podemos declararnos satisfechos de lo que sale

de nuestras manos, de lo que producen nuestras máquinas, de lo que los obreros ejecutan bajo nuestra dirección.

Me parece que ya he dado con la forma de expresar una impresión algo pesimista del estado actual de las Artes del Libro en España sin que pueda atribuírsele un carácter personalista. «Todos en él pusimos nuestras manos», todos contribuimos y estamos contribuyendo a presentar al público una producción que tiene las características siguientes: primera, ser esencialmente mediatizada; imprimimos con tipos que no se han fabricado en España, imprimimos con tipos que no han sido dibujados con un criterio español. Los papeles nos han sido dictados por modas extranjeras, a las cuales los fabricantes nacionales se han visto obligados a someterse. El estilo decorativo, cuando el libro permite un poco de lujo, tampoco ha nacido en nuestro país; ha sido impuesto por la moda de París, o de Berlín, o de Viena. Y a pesar de todo esto,

hablamos tranquilamente de una producción española. He aquí la primera característica desagradable, la primera sensación de este pesimismo de que no puedo menos de hablar.

La segunda característica, y no menos triste, es que la normalidad de nuestra producción dista mucho de ser perfecta. Si en este salón hay impresores, estoy seguro de que en su interior sentirán en el primer momento una violenta protesta; todo el mundo ama su profesión y todo el mundo pone

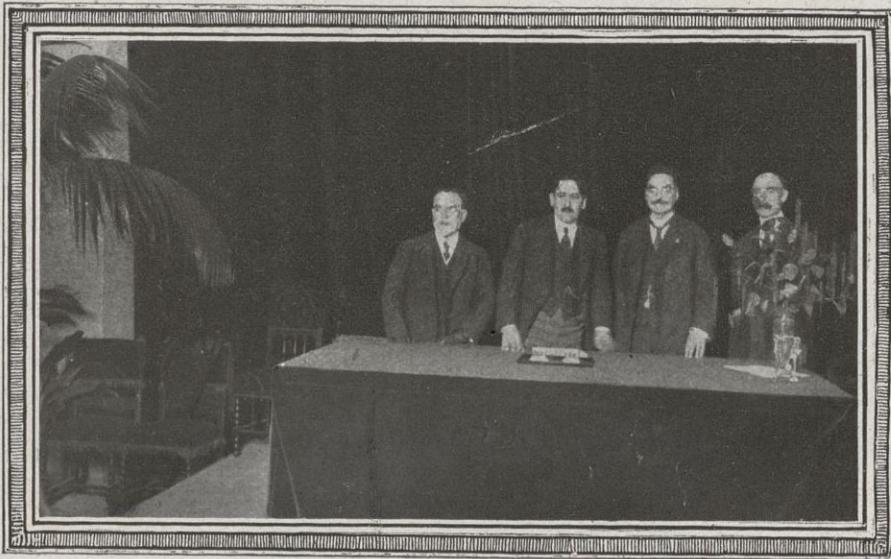
en la práctica de la misma cuanto sabe y su sensación primera es de que lo hace muy bien, que poniendo toda su afición en lo que hace, forzosamente, lo que sale de su taller ha de ser muy aceptable. Pero yo, a este colega mío, a este buen amigo, a este mártir de la misma pena, le invito a que retrospectivamente siga el camino de su taller en la producción, por ejemplo, de un millar de circulares y a que me diga si este millar de circulares, al entregarlas, puede afirmar que no ha salido con manchas, que no tiene la marca de un dedo, de una impresión digital como la que utilizan los criminalistas, que ha sido cortado con absoluta regularidad y que la tinta es igual del primero al último ejemplar. Y esto, señores, honradamente, tenemos que decirlo, y lo dice y lo confiesa por su parte quien pasa los días de turbio en turbio dedicado a la impresión y las noches de claro en claro soñando en ella.

Este millar de circulares, escogido como ejemplo, en el noventa por ciento de los casos sólo es pasable. Y los libros sólo son regulares y las láminas nada más que mediocres.

En una palabra, y ahora casi me atrevo a sentar la afirmación ante la cual vacilé hace poco. La técnica de la producción bibliográfica española en la actualidad es muy mediana. No la hacemos bien más que a medias, para no llegar a que lo hacemos bastante mal. Es muy desagradable tenerlo que decir, y aun más desagradable escucharlo, pero es así. Y conste que para nada y en ningún momento suscribo el criterio pesimista, fatal al progreso, la descorazonada modestia, la confesión de inferioridad a que antes aludí, como composición de lugar de tantos españoles resignados ante lo extranjero. Al contrario, creo firmemente que no hay razón alguna para que en España no se pueda alcanzar un grado de perfeccionamiento tan exquisito como lo obtenga en cualquiera de sus industrias o artes decorativas el país más avanzado, la potencia que militarmente, por ejemplo, más nos aventaja o que más nos supere por el encaje-oro de sus Bancos.

Y por esto en seguida ofrezco la evidente explicación, con lo cual algún ceño fruncido se desarrugará.

Hacerlo como lo hacemos todavía tiene un mérito enorme y supone un esfuerzo del cual no pueden tener idea más que



los que viven esta lucha diaria; vivimos en un país distraído, en un país de sol brillante, de cielo azul, de clima benigno, que invita al esparcimiento y a la holganza; y sus habitantes hemos de sentirnos atraídos por estas sugerencias de la Naturaleza. Y será más atrayente la calle, el campo y el cielo cuanto menor sea la sensación de la responsabilidad del individuo. Si a esto se añade la sugestión de la diosa Nicotina, la voga creciente de los deportes, la pulsación intermitente de la vida societaria y tantas otras pequeñas causas, tendremos que reconocer que, en igualdad de circunstancias, el obrero que labora con nosotros se concentra sobre su trabajo muchísimo menos que, por ejemplo, el obrero de la otra parte de la frontera septentrional.

Esto pone de relieve el muchísimo mayor cuidado que necesita aplicar el patrono impresor al más nimio de los trabajos que le sean confiados.

Otro factor adverso es la poca seguridad que puede poner el impresor en los elementos de que tiene que valerse, como son el grabador, el papelerero, el dibujante, el retocador, el fundidor de tipos, porque lo natural y lógico es que el impresor no se fabrique él mismo el papel de que se sirve, y que, para ilustrar la obra, acuda a un profesional del grabado, etc.

Tales elementos son, por desgracia, unos torturadores, en lugar de unos auxiliares del impresor. Y lo son, a pesar de su mérito, notable en más de un caso, porque no tienen el sentido de la colaboración, porque no ven el trabajo como un deber colectivo.

A esto los patriotas pueden oponer que, seguramente, en el extranjero pasa lo mismo. Yo, a decir verdad, no he practicado mi profesión más que con españoles, y especialmente con catalanes, y no puedo responder a este reparo. Pero de lo que sí puedo responder es de que la producción extranjera no hace este efecto; al contrario, parece el resultado de espontáneos esfuerzos oportunos, encaminados en un mismo sentido por todos los que tienen que contribuir a una labor de conjunto.

También va en detrimento nuestro el nivel normal de educación, innegablemente inferior al del centro de Europa, de los países escandinavos y de la parte septentrional de Italia.

El mayor esfuerzo que necesita un obrero, por ignorancia del dibujo, para grabar una plancha de fotograbado, la mayor aplicación que necesita un cajista para interpretar un manuscrito por no estar lo suficientemente familiarizado con palabras de cierta elevación, la tensión continua de espíritu a que se sujeta el patrono para evitar que estas deficiencias trasciendan, todos estos factores negativos, si así podemos llamarles, han de tener una traducción, han de dejar un rastro en lo que es obra de todos.

El cuadro que he trazado no sería lo suficientemente fiel sin hacer la debida mención de los factores que pueden contrapesar a los primeros. Para mí, estos factores son tan simpáticos y tan interesantes, que contribuyen a hacerme deplorar todavía más el mal resultado de nuestros esfuerzos.

Hay que confesar, por los que conocemos la industria y las Artes del Libro, que éstas se practican con verdadera afición. Los profesionales prestan oído atento a toda sugestión de arte, a toda curiosidad, a toda novedad mundial. En pocos países del mundo tienen las artes gráficas la simpatía que entre nosotros; en pocos países se estudia con tanta atención, con una preparación tan grande, el aspecto material de la producción bibliográfica. Una revista nueva es criticada en seguida desde el punto de vista técnico, aun por los que menos obligación tienen de conocer la técnica. Una portada atrevida, una elegante disposición de páginas, aunque sea de letras solas, tienen en seguida comentadores. Los periódicos, de algunos años a esta parte, se han dedicado a poner de relieve el esfuerzo de estos modestos artistas, llamados modestos injustamente, porque su arte puede asumir proporciones tan grandes como las de los que se consideren más nobles.

Por esto y aun en los periodos de mayor decadencia, se han realizado en España páginas portentosas, aciertos rotundos, gracias a voluntades tendidas hasta la máxima tensión hacia una finalidad elevada.

Siendo evidente que la *primera materia* humana tiene cualidades excepcionales, siendo indudable que el ambiente ofrece una penetración anticipada a cuanto se haga en sentido de

mejora, el espíritu se pierde en una interrogación: ¿cómo es que no lo hacemos mejor? ¿cómo es, por ejemplo, que, volviendo a esta visión maravillosa, a esta apoteosis del libro — que tal fué la exposición de Leipzig en 1914, cuyos efectos agostó la guerra —, cómo es que nosotros los españoles, con una gran tradición artística, con obras maestras literarias como el *Quijote*, con curiosidades bibliográficas como los libros de Caballerías, con atrevimientos gráficos tan geniales como los de Goya, con campos tan vastos como los de las lenguas regionales y contando con un ambiente universal de simpatía, aunque sea aquélla superficial de los que ven en nuestra península el último refugio europeo del *color local*... ¿cómo es que España hizo un papel tan triste en aquella manifestación mundial? ¿Cómo es que, en la actualidad, nosotros seguimos yendo a remolque de los extranjeros? ¿Cómo es que en España no se pueden inventar tipos especiales, por los españoles, siguiendo una tradición española? y ¿cómo es que los moldes en todos los procedimientos de ilustración han de venir impuestos por el extranjero?

En estos puntos concretos yo no puedo generalizar. En realidad me tendré que referir a Cataluña sola, casi nada más que a Barcelona. No conozco en este ramo el resto de España; sólo tengo alguna idea de lo que pasa en Madrid, aunque no la suficiente para emitir un dictamen.

En cuanto a nosotros, lo que puedo decir, y esto con el deseo de ser refutado, con el vivo deseo de no acertar, es que nuestras mejores cualidades son las que nos perjudican: por ejemplo, la facilidad de improvisar, el gran individualismo, la imaginación fácil, el don de simpatía... aislan nuestros esfuerzos, los hacen intermitentes, nos obligan a un perpetuo empezar.

Se ha preconizado como remedio para un caso concreto, como remedio para la producción deficiente y para la producción cara, la formación de grandes núcleos de negociantes con capitales fabulosos que permitan distribuir el trabajo, especializar la técnica de cada uno de los fabricantes. Quizá en el papel quepa una solución así, aunque este «quizá» lo ponga para no contraponerme desde el primer momento a una autoridad respetable en la materia. ¿Pero es que el señor que fabrique papel no tiene otra aspiración en la vida que la de obtener dinero? ¿Es que no puede poner un poco de alma en lo que hace?

No, no lo creo así; y en Cataluña, por de pronto, se concibe menos que en parte alguna.

Esta solución, vamos a llamarla con su nombre oficial, esta solución *trust*, será muy ventajosa para el productor y para su bolsillo, pero es fatal para el consumidor.

El gran reclamo que se le hace al *trust* es el de que abarata la producción. Pero ¿a beneficio de quién? ¿Es que este abaratamiento se le va a conceder, con una generosidad pocas veces vista, al que debe consumir el producto, al intermediario o al público? Quizá haya un tipo de humanidad tan altruista y generoso que al formar el *trust* piense en esto, pero será en otro planeta; los *trusts* que conocemos hasta ahora, los monopolios que conocemos, han servido para deteriorar la producción y, al mismo tiempo, para encarecerla.

Si así ha pasado con las cerillas, por ejemplo, no sé por qué razón no ha de suceder con los demás ramos.

Tendremos más barata la producción del *trust* mientras exista fuera de él un competidor que convenga arruinar; pues delante de un capital de 200 millones, un fabricante de algunos miles de duros, a la corta o a la larga, tiene que sucumbir, pero en en cuanto se haya eliminado, como tiene fatalmente que suceder, toda competencia, el *trust* se resarcirá esquilmando a su clientela.

Además, esto no es fabricar; al que se le da por única misión el hacer un solo tipo una vez tenga la máquina arreglada, se dormirá y no se ocupará más de su industria. Nos encontraremos con que los escrupulosos, los entusiastas, los honrados, verán anulados sus estímulos; y, en cambio, los fabricantes malos tendrán como recompensa que su producción, combatida antes por la competencia de quien lo hacía mejor, estará consagrada por el poder del *trust* a que se haya incorporado y la verá impuesta a todos los compradores.

Amplieemos esta visión y ofrezcámosla a la industria editorial, a nuestra profesión tipográfica, y hemos de suponer

que dentro de un *trust* a un buen señor la empresa le reserva la fabricación, para toda la vida, de tarjetas de visita. ¡Qué aburrimiento! Acabaría por hacer tarjetas con suela o con estuco, con un material raro, para huir de esta monotonía desesperante. Y no digamos del editor a quien se limitase a un solo tipo de libro, quien sabe, quizá tan solo un libro, según el éxito del título y las necesidades del mercado.

Si en realidad no tiene ventajas económicas, si mata el estímulo, dirán muchos, en cambio el *trust* hace triunfar la organización, esta organización cuya falta lamentamos, aunque sin llegar al fetichismo de muchos. Un ente colectivo, de células iguales o equivalentes, todas participantes en la orientación del conjunto, había de ser un *trust*, pero en la práctica resulta un instrumento desmesurado en manos de un solo hombre, de una personalidad transformada en cacique.

Pensemos en que los progresos industriales, ahorrando la materialidad del trabajo, han liberado energías, pero no precisamente para que se dediquen a la persecución exclusiva del lucro, a la satisfacción de apetitos groseros, sino para que se sacrifiquen en gran parte al bien colectivo, para que se puedan hacer investigaciones eruditas, profesionales o científicas, en una palabra, para espiritualizar la vida, para hacerla más alta y más libre.

Los catalanes tenemos una aversión decidida a tiranizar; casi no es tan acentuada nuestra aversión a ser tiranizados. El substracto de su historia expresa esta inclinación a negarse siempre a tiranizar y, por tanto, no se concibe que una personalidad, o una entidad, o un conjunto de personalidades, se reúnan para imponer de una manera violenta un criterio. En un momento difícil de la evolución social hemos visto cómo han surgido organismos de esta clase y cómo casi se han impuesto, pero también hemos visto que aun en los períodos de mayor pasión, me refiero al momento en que han chocado el Seudoobrerismo y el Patronalismo de nuevo cuño en este momento en que ambas fuerzas contendientes habían llegado al máximo esfuerzo de sus energías, en que veían rendírseles los que gobiernan y los elementos intelectuales, ni aun en estos momentos han conseguido sojuzgarnos del todo; siempre ha habido en Cataluña un rebelde entre los de abajo, rebelde que ha arriesgado la vida para no entregarse al Sindicato; y siempre ha habido patronos que se han sentido «chulos» con la Federación.

Hay que contar con este factor, porque es hijo de la psicología del pueblo. Y, por tanto, hay que contar también con la antítesis de este aspecto; y es que las fuerzas que se reuniesen para imponer un instrumento unificativo, sea en el ramo editorial, sea en el tipográfico, engendrarían inmediatamente el máximo esfuerzo individual de protesta; y este esfuerzo individual tendría al cabo de poco tiempo la adhesión de una gran mayoría.

Por lo tanto, creo que la solución *trust* entre nosotros no puede aplicarse.

Se nos ha amenazado con que en el caso de que no queramos constituir estas formidables asociaciones de capital, vendrá de fuera la coacción impuesta por entidades ya existentes o que se crearán; y en este punto yo tengo que decir que para algo existen los poderes moderadores. En momentos revolucionarios, el acaparamiento, el monopolio, han sido considerados como merecedores de las penas supremas. Las personas que se han confabulado para elevar el precio de un artículo o para impedir el libre ejercicio del comercio o de la industria, se han visto muchas veces al pie de la pared. No pido tanto para los actuales, pero la realidad les impondrá su castigo; porque, lo repito, en cuanto el procedimiento se generalice, en cuanto el sistema sea practicado por varias entidades a la vez, la reacción se producirá, siendo tan fuerte que tendrán que transformarse y tendrán que oír los dictados de la conciencia popular o tendrán que sucumbir.

Pero ahora, si desechamos esta solución que se ha dado como casi la única, la obligación de todo conferenciante discreto sería proponer el sustituto de ella; y esto sí que es verdaderamente difícil. Por de pronto, la solución ha de venir dentro de una gran libertad, libertad de comercio, libertad de trabajo, pero libertad orgánica, a base de reciprocidad, y a base de cooperación, tanto entre los competidores como entre los coadyuvantes.

A los españoles en general, sobre todo a los catalanes, por razones quizá laudables, nos falta espíritu de cooperación. Hagamos examen de conciencia y veamos que la demanda que se nos hace a cada uno de nosotros en este sentido de colaboración y de cooperación, en lugar de encontrar un eco, engendra una reacción desagradable.

Hay que ir combatiendo esta reacción, hay que amoldar el espíritu de cada uno y que preparen el de las generaciones que llegan, hay que limar los ángulos excesivamente vivos de nuestro individualismo feroz.

En segundo lugar, el otro factor importante para la solución del problema consiste en el perfeccionamiento. No sólo de pan vive el hombre; también vive de la satisfacción de su obra, del orgullo de producir algo que tenga trascendencia.

Hay que despertar este sentimiento de los niños en la escuela, hay que enseñar a los mayores, con toda clase de propaganda, la eficacia de la perfección, la suprema eficacia de la perfección. Hay un escritor norteamericano que ha tenido el empeño en recalcar esta verdad y ha proclamado que si un hombre en un rincón del mundo, por apartado que sea, sin carreteras, sin ferrocarriles, casi sin nombre, se dedica a fabricar trampas para ratas de una manera maravillosa, tendrá una resonancia mundial: ya se cuidarán todos los que quieran poseer estas trampas de ir a buscarlas, aunque el inventor no haga propaganda.

Este criterio de la perfección viene completado por su resultado inmediato, que es el prestigio. Digámoslo con toda sinceridad: en España, en Cataluña, la industria del libro y el arte en que se puede convertir esta industria no merecen respeto, no tienen prestigio.

Los que producimos libros, los que nos dedicamos a una fase cualquiera de la papelería, de la reproducción o de la impresión, estamos considerados al mismo nivel que los maestros de escuela; y nada digamos de un pueblo que no aprecia debidamente a estos últimos. Pero la realidad es ésta: el maestro de escuela y la industria de las Artes del Libro están clasificados en una categoría de escasa dignidad. ¿De qué depende esto? De unos y otros; nosotros somos los que han de adquirir para sí mismos, para sus establecimientos y para sus producciones, la máxima consideración, los que han de procurar que sus obras no adolezcan de esta falta de prestigio. Para esto es imprescindible la cooperación de corporaciones como la que patrocina estas conferencias; la Cámara Oficial del Libro ha marcado el camino, y en este camino será donde se obtendrán las recompensas más grandes.

Cooperación, perfección y prestigio le faltan al libro en España. Cada uno de nosotros puede contribuir en su esfera, por limitada que sea, a que adquiera estas cualidades, que han de regenerarlo, sin contar con las facilidades que puedan aportar los Gobiernos a nuestra misión.

Porque, hay que reconocerlo, hay que proclamarlo, hay que reforzar en cada uno de nosotros esta convicción; todos los que nos dedicamos a las Artes del Libro ejercemos una alta misión; no lo hacemos sólo para ganarnos la vida; todos tenemos un gran entusiasmo, creemos en la virtualidad de la labor que nuestras manos ejercen diariamente. Esto no quiere decir que entre nosotros no haya ciegos; pero todos juntos somos los difusores de la luz; quizá haya quien falsifique su trabajo, pero todos juntos somos los cooperadores de la verdad.

Víctor Oliva





LA INDUSTRIA EDITORIAL



Los mercados americanos representan para España una cuestión de vida o muerte; una España viva con industria floreciente y adecuados instrumentos de crédito lo conquistaría segura y rápidamente; desgraciadamente, muchas de nuestras industrias no pueden todavía luchar con la competencia de poderosas naciones; en otras nos defendemos mejor, y como dígase lo que se quiera el país va adelante en lo que a industrias y negocios particulares se refiere, es de creer que nuestros productos se irán imponiendo en aquellas tierras pobladas por nuestros hermanos de sangre y de idioma.

Hay una industria, empero, en la que nunca la concurrencia hubiera debido ni molestarnos: nos referimos a la editorial, y en la que sin embargo se nos amenaza seriamente en aquellas tierras. Grandes casas editoriales francesas, alemanas, inglesas y de los Estados Unidos, se dieron a imprimir libros en castellano; nuestros clásicos primero, los de sus países vertidos a nuestro idioma, después; los autores contemporáneos, pagando o sin pagar derechos (más veces así), salieron de sus prensas y tomaron el camino de América. Las ediciones eran bonitas, las cubiertas atractivas, y los precios más baratos. Además contaban con la cooperación de sus Gobiernos respectivos, que les alentaban a la conquista de los mercados y de las inteligencias americanas.

Buena prueba de ello es lo que ha influido Francia en la intelectualidad Argentina y Uruguay. Se nos dirá que hoy toda persona de mediana cultura posee el francés; al presente es cierto, pero hace treinta, veinte años, no era así, y las obras literarias y filosóficas francesas se introdujeron allí en forma de traducciones editadas principalmente en Francia. Las obras de vulgarización científica y de ciencias aplicadas, tan en boga hoy en día, llegaban de Alemania traducidas al castellano, un castellano bárbaro, pero inteligible y pegajoso a fuerza de machacón. Las casas inglesas y americanas cuidaban de popularizar a nuestros mejores novelistas.

Ante esta competencia había que reaccionar, y así se hizo; beneméritas casas adquirieron maquinaria con todos los adelantos de estos tiempos; compraron a los grandes autores la exclusiva para editarlos en lengua castellana; sus mejores obras viajaron por América; contrataron con los grandes escritores locales para imprimir aquí grandes tiradas de sus obras, y por medio de activos viajantes, nombrando una red de entendidos agentes, se lanzaron a la lucha.

Mucho trabajo les costó, pero triunfaron; hoy el libro español se ha impuesto; las revistas, estas revistas que tanto hacen por la cultura y tanto sirven para hermanar los pueblos y hacer que éstos se conozcan, eran las que llevaban una vida lánguida, los gastos de franqueo imposibilitaban que atravesasen el Atlántico. Gracias a los esfuerzos aunados de hombres de voluntad de aquí y de allende los mares, la cuestión está resuelta y las revistas españolas convivirán con las de allí.

Otro factor que ha influido mucho en el triunfo de la industria editorial española, es otra industria: la papelera; de no

haberse podido fabricar en España el papel a bajo precio, hubiera sido imposible la competencia, pero esto también se ha logrado.

A fin de que los lectores de *MERCURIO* se hagan cargo de la importancia y valía de nuestras casas editoriales, citaremos algunas de ellas con sus respectivas especialidades.

Casa Editorial Araluce. — La importantísima negociación que dirige el señor Araluce fué fundada por don Juan de la F. Parrés, como sucursal de la que tenía en México. El actual propietario la adquirió muy joven para dedicarla casi exclusivamente a la exportación y *comisión* a América. Hoy mantiene este negocio en el que se ha especializado, atendiendo a su conocimiento del mercado hispanoamericano y a sus gustos. Se dedicó después a la *edición*, abriéndose gran mercado con las adaptaciones de las obras de los grandes maestros que se han hecho famosas para educación y buen gusto de la juventud. A él se le debe esta orientación nueva en España.

La **Casa Araluce** edita variadas obras: Literatura, Pedagogía (siendo el introductor en España de la Pedagogía Montessori), Vulgarización científica, etc., etc. En los actuales momentos está preparando una selecta colección de obras de Medicina, Química y Manuales de Historia Natural, que sin duda serán grandes éxitos.

Ha prestado grandes servicios a la verdad histórica, publicando *Los exploradores españoles del siglo XVI*, por C. F. Lumis, verdadero monumento vindicatorio de la colonización española, y *La leyenda negra*, del malogrado don Julián Juderías, estudio crítico de la actuación española en el mundo y de su civilizadora obra.

Otro acierto tiene en su haber; la publicación de las interesantísimas novelas históricas del gran folletinista de *Le Matin*, Michel Zévaco, autor del *Puente de los Suspiros* que hemos visto en la pantalla, propiedad exclusiva de la casa **Araluce**, así como todas las demás publicaciones de este autor.



Casa Editorial Araluce

La Editorial Bauzá. — Esta importantísima casa se dedica a editar obras literarias, de vulgarización, de *sport*, etc., partiendo siempre de la base de que resulten a precios sumamente económicos.

El catálogo general de la casa consta de más de mil títulos y produce constantemente nuevas obras, pues el señor Bauzá es partidario de seguir las indicaciones de los numerosos viajantes y corresponsales que tiene esparcidos por toda la América española, y así consigue ofrecer al público de cada nación sus obras preferidas a buen precio. Esto ha sucedido por ejemplo con el poema de San Martín *Tabaré*, del que hay que embarcar constantemente millares para satisfacer los pedidos de la Argentina y Uruguay.

Un gran éxito de esta casa ha sido la publicación de los cuadernos escolares titulados: *Mi maestro de dibujo*. Estos cuadernos alcanzaron tal aceptación, que han sido declarados de texto, sin previa solicitud, por los Gobiernos de México y Guatemala.

La *Postal pintada por los niños* ha alcanzado tiradas fantásticas, y la «Biblioteca de Sport» se ha popularizado grandemente; todos recordamos aquellos libritos *¿Quiere usted nadar? ¿Quiere usted aprender el boxeo? ¿Sabe usted remar?*, etc.

Las ediciones de los grandes maestros en la forma especial de la casa son también muy del agrado del señor Bauzá, quien ha obtenido con ellas buenos resultados, especialmente con las obras de Wells, Enrique Greville, Julio Verne, Maine Reid, etc.

Publicaciones Calpe. — Esta casa, de fundación reciente, ha alcanzado en seguida justo renombre entre los lectores. Las obras que viene editando son todas ellas escogidas, y los precios económicos.

Quizá lo que ha contribuido más a la popularidad de la casa Calpe es su «Biblioteca Universal»; en ella se hallan completísimas, en el castellano original o bien en esmeradas traducciones, obras de los más diversos géneros: novelas, teatro, filosofía, viajes, historia, ensayos, etc. La originalidad de esta publicación es que de ella aparecen veinte números mensuales de unas cien páginas cada uno, que se venden a 50 céntimos cada número.

Aparte de esta colección, en la que se encuentran los nombres más diversos, la casa Calpe viene editando, naturalmente a precios más elevados, una colección de los mejores novelistas de nuestra época, otra interesantísima de los humoristas que ha dado a conocer en España lo mejor de este género literario; se propone publicar íntegro a Cervantes; su biblioteca de clásicos es muy interesante, y los textos están anotados por eminentes críticos; Shakespeare, traducido por don Luis Astrana, figura ya en el catálogo con algunas obras.

Entre los aciertos de esta casa editorial figuran los *Libros de aventuras*, *Episodios americanos* y sobre todo *Los Grandes viajes*, tanto los clásicos como los modernos, que son leídos por todos con deleite, como lo son las obras de J. E. Fabre, el insigne naturalista que ha sorprendido todas las intimidades del vivir de los insectos.

Ya en el ramo de las severas especulaciones científicas, la casa Calpe ha dado al público su colección de Monografías de Biología y Medicina, en la que figuran estudios valiosísimos. Sobre este mismo tema medical y de ciencias naturales, tiene la casa publicada inmensa colección.

Añádanse tratados sobre Agricultura, Ganadería, Electricidad, Química, Ingeniería, Educación, etc. Súmense las obras de Camba, Ortega Gasset, las comerciales de A. Rumeau, la *Historia de España y de las Repúblicas Americanas* de don Alfredo Oposso, y agréguese a todo ello la completa colección de los manuales Gallach y se comprenderá la importancia de la labor realizada por esta casa.

Editorial Cervantes. — Se fundó en Valencia en 1916 por don Vicente Clavel, que hasta entonces había colaborado en diversas revistas y diarios de Madrid y provincias. En di-

ciembre de 1919 constituyó sociedad con el abogado don Antonio Navarro Sala y en 1920 con el notable poeta don Fernando Maristany, lo que motivó el traslado de la casa a Barcelona, donde ha ampliado notablemente la producción, habiéndose distinguido por su colección única en todos los idiomas *Las mejores poesías de los mejores poetas*, de la que se han publicado unos 40 tomos hechos con suma elegancia y con toda escrupulosidad literaria. También ha editado *Las cien mejores poesías líricas* de las lenguas francesa, portuguesa, inglesa, alemana, italiana y española que han obtenido una gran circulación y hecho popular el nombre de Maristany, quien ha publicado, además, un *Florilegio* de las mejores



Vista interior del Palacio de la Feria de Muestras de Barcelona

poesías griegas, latinas, y de los principales parnasos extranjeros de Europa.

Su Biblioteca de actualidades políticas ha sido la primera publicada en España para aficionar a nuestro público a las altas cuestiones de política internacional, habiendo publicado en la misma unos 20 tomos debidos a Lloyd George, Venizelos, Wilson y otros jefes de Estado.

También es interesante la *Selección de cuentos para niños* y la *Selección de novelas breves*.

En sus ediciones literarias figuran autores como Pierre Loti, José Enrique Rodó, Selma Lagerlöf, Morales San Martín, de la Real Academia Española, Jacobsen, Merejkowsky, etcétera, de cuyos autores tiene esta casa la exclusiva, y recientemente ha comenzado a publicar la *Revista internacional de poesía «Prisma»*, en la que colaboran los más grandes prestigios literarios del mundo.

En la «Biblioteca Infantil» se destaca *Animales amigos*, preciosamente editado, libro de supremo arte y de un buen gusto refinado.

Gustavo Gili. — El señor Gili es un editor a quien no tientan las bagatelas; desde publicaciones técnicas, principalmente referentes a física, química, electricidad, tecnología industrial, agricultura, mecánica, arquitectura y demás. En cuanto a literatura, muy selecta y muy moral; le placen también, para editarlos, los libros de religión.

Su sistema le ha dado pingües resultados. Es de los que más trabajan en España y en América.

Uno de los mayores éxitos de la casa ha sido la magnífica edición de *El libro de las tierras vírgenes*, del imperialista Rudyard Kipling, admirablemente ilustrado por Triadó y del que se han hecho ya varias ediciones. La popularidad en España del autor de *Kim* es debida al señor Gili.

Otro gran acierto de esta casa fué la publicación de *Leciones de cosas* de G. Colomb, de las que lleva vendidos más de 150,000 ejemplares.

Añadamos a la lista el *Tratado popular de Física*, de Kleiber-Karsten, de texto en institutos, escuelas normales y de artes y oficios de España y América; *La Química General* y apli-

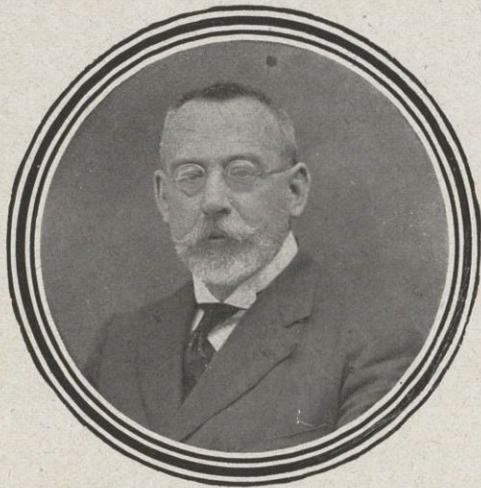
cada a la *Industria*, de Molinari, obra importantísima agotada en poco más de un año.

La *Historia de los Papas*, de Ludovico Pastor, que figura en todas las bibliotecas, de la que van publicados doce volúmenes, a los que seguirán otros tantos.

La *Colección Selecta Internacional* y la *Biblioteca Emporium*, en las que se publican las mejores novelas de la literatura mundial.

Editó también el señor Gili las *Obras completas de Juan Maragall* y las *Hojas del sábado*, de don Miguel S. Oliver.

Actualmente prepara más de trecientas obras, entre ellas el famoso *Manual del Ingeniero*, de la Academia Hutte, de Ber-



Don Gustavo Gili

lín; las *Aventuras y viajes* de Karl May, que constarán de más de 40 volúmenes de interés extraordinario.

Colaboran en la casa varios profesores e ingenieros bajo la dirección del doctor don Eduardo Fontseré, de la Facultad de Ciencias.

Casa Editorial Maucci. — Fundada esta casa en 1892, por su actual propietario don Manuel, gracias a la clarividencia de éste desarrolló su negocio de una manera rapidísima. Fué él quien se dió cuenta antes que nadie de que era preciso abaratar el libro si quería venderse. Sus viajes juveniles por la República Argentina le hicieron darse cuenta exacta de ello. Comenzó haciendo imprimir a precios económicos las mejores obras contemporáneas y dió a la popularidad por poco precio las mejores obras del siglo XIX.

Trasladóse luego a España y fundó la gran casa editora que hoy existe. No hay que hablar de los perfeccionamientos que introdujo en su industria; las máquinas más modernas fueron adquiridas para funcionar en sus talleres. Gracias a su esfuerzo y a los elementos se hizo el amo, no sólo en América, sino también en España, del mercado de la literatura editada a precio bajo. El empuje de competidores que alocionados por él se han lanzado también al mercado, le obliga todavía a seguir en la brecha sin descanso, pero sin abandonar las posiciones conquistadas.

Citar las obras editadas por la casa Maucci es imposible; sus grandes éxitos aun más.

Ultimamente ha publicado un libro de gran actualidad, *Historia de la Guerra*, obra en 10 tomos.

Una serie de colecciones de los mejores poetas iberoamericanos.

Obras completas de Zamacois.

Obras completas de Vargas Vila.

Y cien más que no citamos.

La producción de la casa Maucci se calcula en 25,000 volúmenes semanales.

Renacimiento. — En la peor época para el libro español, aparece **Renacimiento**, que dió la pauta para la difusión de la novela española. En un pisito modestísimo de la calle de Pontejos se reunían media docena de literatos, ya cuajados

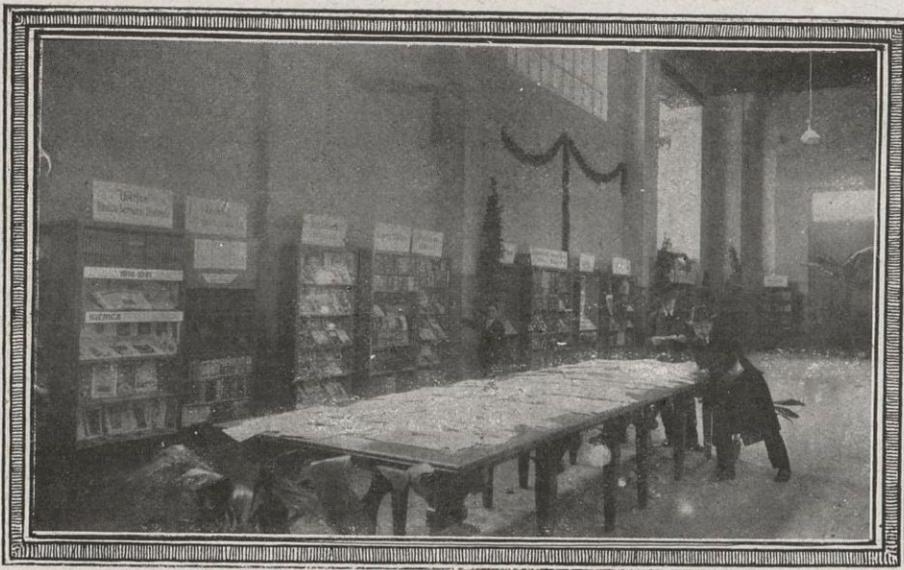
y ya ilustres, pero que tenían sus novelas, sus versos y sus comedias diseminadas por las librerías de la Corte, editados en una forma fea, descuidada, vieja. Aquellos literatos eran Ricardo León, Felipe Trigo, Villaespesa, Zamacois, Insúa, Baroja, Marquina, Martínez Sierra, y otros cuantos más que entonces empezaban. No se sabe de quién fué la iniciativa. Es el caso que allí mismo, donde se imprimía la literatura estropeada de la *Gaceta* de Madrid, surgió la gran Casa Editora. El nombre de **Renacimiento** se acordó unánimemente, tomándolo de una revista que fué modelo de revistas literarias y en las que se revelaron ingenios que hoy son la honra de España. Como es natural, entre todos los autores que concurrían a la imprenta de la *Gaceta* no reunían para hacer cantar a un ciego. Y surgió el capitalista ideal en don Victorino Prieto, uno de los hombres que dan prestigio a la profesión de editor, un caballero y un padre para todos los autores españoles. Por acuerdo de todos se fijó la cantidad que cada autor había de percibir por cada ejemplar vendido. Esta cantidad fué la mayor que hasta entonces se había conocido. Con estas bases, y siendo de cuenta de don Victorino Prieto todos los gastos, se designó a Martínez Sierra para director literario de la **Biblioteca Renacimiento**. A los pocos meses se esparcieron por España y América una docena de libros editados primorosamente, con portadas de un dibujante valenciano casi inédito — Fernando Marco — y que pronto se hizo famoso. Se fijó un precio casi único para todos los libros y se empezó por editar *César o nada*, de Baroja; *Despertar para morir*, de Concha Espina; *Amor de los amores*, de Ricardo León; la segunda edición de *Casta de hidalgos*, del mismo autor, y otras obras más que pronto se adueñaron del mercado de América. A poco de empezar vendía **Renacimiento** 1,000 libros diarios, teniendo necesidad de trasladarse a la casa que hoy ocupa totalmente en la calle de San Marcos, 42.

Hoy **Renacimiento**, que se vió reducido a estrechos límites durante la gran guerra, ha recobrado su puesto, teniendo acaparada la producción de todos los grandes autores contemporáneos.

Muy recientemente, una librería modelo en una de las calles más importantes de la Corte, pregona el auge de esta casa, que lleva los libros españoles a los más apartados rincones del mundo. En la última hacienda mexicana y en la más apartada estancia argentina, los libros de **Renacimiento** tienen el mismo fácil acceso que una revista o un periódico diario. El contacto directo con el cliente particular se mantiene siempre con gran cuidado por parte de esta casa ejemplar. Hoy, que el ejército español de operaciones en Africa está constituido por gran parte de la juventud estudiosa de España, resulta emocionante leer las cartas de nuestros bravos soldados, que desde Bugardain, desde Tafersit, desde Taxuda, desde las más apartadas barrancadas del Rif, se dirigen a **Renacimiento** con una confianza de camaradas pidiendo libros que se les sirven en el acto, y que son recibidos con alborozo por los muchachos en el campamento.



Feria de Muestras de Barcelona : Salón del Libro



Gran Salón del Libro, organizado por la Cámara Oficial del Libro

A la caída de la tarde, el despachito de la calle de Preciados, 46 (librería **Renacimiento**), es un amable refugio de los autores de la casa. Los más asíduos concurrentes a este simpático parrasillo son don Jacinto Octavio Picón, Ricardo León, Alberto Insúa, Zamacois (cuando está en Madrid, porque este hombre es un fantasma viajero), Acosta, Répide, Pérez Zúñiga; aquí se charla, se murmura a veces — pocas — y se está en un agradabilísimo ambiente de cordialidad donde todos son iguales. De este modo, las tertulias literarias que hicieron famosa aquella librería de la calle de Carretas — que tenía una guapa librería retratada por Goya — donde tenía su tertulia Moratín, vuelven a ser una actualidad en esta simpática Corte de las Españas, donde toda cordialidad tiene su asiento.

Sociedad General de Publicaciones. — Con el propósito de lanzar la hoy popularísima revista *El Hogar y la Moda* se constituyó en el año 1909 esta Sociedad, que primero fué en comandita y luego se convirtió en anónima.

Los primeros tiempos fueron difíciles; los luctuosos días por que atravesó la ciudad después de la célebre semana trágica, venían a caer encima de la novel publicación que con mucha fuerza debió llegar al mundo cuando salió sana y salva de tantos contratiempos y ha conseguido llegar a una juventud vecina de la madurez, llena de salud y con un empuje que para sí quisieran todas las revistas especializadas que se publican en nuestro país.

Los editores de *El Hogar y la Moda* fundaron luego *El Cine*, revista que ha obtenido un gran éxito y que han traspasado a otra empresa para poder atender a sus nuevas publicaciones. Son éstas:

Las Lecturas, cuya aceptación ha sido grandísima por la variedad del texto y la gran cantidad que de él se da, amén



Vista parcial del Salón del Libro

de ir ilustrada por los mejores dibujantes de España y publicar escogidas novelas de autores extranjeros.

Es otra la revista titulada *Exito*. Se trata de una revista técnica de negocios que ha respondido en un todo a su nombre desde los primeros números.

La casa edita también una «Biblioteca Blanca», compuesta de novelitas traducidas del inglés, para jóvenes; la «Biblioteca Odontológica», libros de vulgarización, de *sport*, de higiene y de enseñanza mercantil, y ahora está trabajando en la original idea de llevar a la novela las películas cinematográficas.

Casa Editorial Sopena. — En la calle de Provenza, números 93 al 97, álzase el magnífico edificio propiedad de esta importante casa editorial.

El señor Sopena, contemplando la forma como se hacían antes los libros, el esfuerzo que costaban y el alto precio a que tenían que venderse forzosamente, concibió la idea de separar en la confección de los mismos el trabajo intelectual del manual. El que pensaba, el que escribía los libros, que continuara haciéndolos con el mayor cuidado posible; ahora, en cuanto a impresión, plegado, cosido, etc., ya no había que hacerlos, había que fabricarlos. Y entonces producir mucho, trabajar



Casa Editorial Sopena

barato y poner las mejores obras al alcance de todas las fortunas.

Adquirió rotativas, máquinas de doblar, de alzar, de coser, linotypes y monotypes, todos los frutos del invento moderno en este ramo, y consiguió su objeto.

Esta casa está establecida en tres edificios unidos entre sí, con una fachada de 36 metros y un fondo de 60 metros, lo cual da entre la planta baja y los tres pisos una superficie de 2,471 metros cuadrados.

Hay en ella 36 motores eléctricos y 40 máquinas de diferentes secciones de la industria del libro.

La venta anual de la casa Sopena es incontable; calcúlese que sólo de la «Biblioteca de Grandes Novelas» se venden más de un millón de volúmenes.

Otra especialidad es la «Biblioteca para niños», con tapas ilustradas, y los «Animales salvajes», también dedicado a la infancia.

Las aventuras del célebre Sherlock Holmes han sido una mina para estos afortunados editores, lo propio que multitud de otras novelas.

No olvidaron por esto los libros de educación y pedagogía, editando por ejemplo las obras de Smiles, las de lingüística, diversos diccionarios, entre ellos el enciclopédico ilustrado, etc., etc.



El Salón del Libro

Cooperativa de Fabricantes de Papel de España. — A consecuencia de la crítica situación en que se encontró la industria papelera debido a la competencia que originaron las nuevas plantas de «La Papelera Española» en Guipúzcoa y la «Sociedad Anónima Mendía» en Hernani, que dislocaron de manera evidente el equilibrio entre la producción y el consumo, se pensó en establecer un convenio entre toda ella.

Y así, con relativa facilidad, se fundó un organismo regulador, denominado «Central Papelera», en el que entraron todos los fabricantes.

La guerra europea cimentó en gran manera este organismo, y lo que se creó en defensa de intereses industriales, transformóse en obra de carácter nacional, asegurando en todo tiempo que el papel no faltara para las múltiples industrias privadas.

Después de la guerra sobrevino en España la crisis del consumo, ya que la industria se había desarrollado con más vigor que éste y los precios seguían aquí altos en comparación con los de otros países.

Para remediar esto se fundó la Cooperativa que adquiere las primeras materias y las reparte entre los fabricantes. De toda la producción se hace cargo la llamada A. G. P., que es la que está en contacto directo con el público consumidor.

La producción de esta entidad es de 70,000 toneladas anuales.

La Papelera Española. — Esta importante entidad fué fundada por los señores don Rafael Picavea y don Nicolás M.^a de Urgoiti. Es en la actualidad una Compañía Anónima, que por medio de sus fábricas produce diariamente más de 125,000 kilogramos de papel.

Estas fábricas, esparcidas por varias regiones de España, son las de Aranguren y Arrigorriaga, en Vizcaya; dos en Rentería; dos en Tolosa; las de Illarramendi y Olarrain, en Guipúzcoa; Villava, en Navarra; Palazuelos, en Segovia; Fuensanta, en Albacete; Puente de don Juan, en Cuenca, y Prat de Llobregat, en Cataluña.

Para servirles de primera materia tiene instaladas fábricas de pasta en Aranguren, Rentería (dos), Oroz, Villava, Olarrain, Illarramendi, Segovia y Villagordo del Júcar.

Sabedor su director-gerente, don Nicolás M.^a de Urgoiti, de las grandes plantaciones de chopos que en la provincia de

Lérida venía haciendo el eminente agricultor señor Raventós decidió seguir su ejemplo, y a tal efecto le arrendó los terrenos de su finca Raymat comenzando inmediatamente la plantación.

La superficie arrendada a dicho señor es de 617 hectáreas, de las que deben plantarse 609. La superficie ocupada por los viveros es 7'26 hectáreas. Las plantas necesarias ascienden a 609,740, de las cuales van plantadas 200,000. La producción será de 100,000 plantas anuales.

De la personalidad de su director don Nicolás M.^a de Urgoiti no podemos ocuparnos aquí, ni es necesario, pues seguramente nadie en España ni en América ignora los grandes méritos del fundador de *El Sol* y *La Voz*, de la «Casa Calpe», del Instituto de Biología y Sueroterapia Ibis, etc., etc.

Ch. Lorilleux y Compañía. — Esta Sociedad en Comandita, por acciones, cuyo capital asciende a 2 millones de pesetas, con sede en París, rue Suger, 16, y casas en Madrid, Santa Engracia, 14, y en Barcelona, Cortes, 653, es la más importante y acreditada fábrica de tintas de imprenta, colores, barnices y pastas para rodillos, siendo su clientela permanente las principales casas editoras, imprentas y litografías de más nombre así en Francia como en el resto de Europa.

Los artículos de esta fábrica se distinguen por su pureza y elaboración perfecta, siendo muy difícil competir con ellos como lo atestiguan las infinitas distinciones, menciones honoríficas y grandes premios obtenidos sobre muchos similares en cuantas Exposiciones ha concurrido.

La firma Ch. Lorilleux y Compañía tiene por mercado el mundo entero, como lo acreditan las numerosas Sucursales y depósitos que tiene por todo él esparcidas y de entre las que recordamos de momento las de Lyon, Burdeos, Lille, Argel, Túnez, Roma, Milán, Génova, Nápoles, Londres, Manchester, Madrid, Barcelona, Málaga, Sevilla, Cádiz, Gibraltar, Palma de Mallorca, Amsterdam, Copenhague, San Petersburgo, Moscú, Berna, Lisboa, Porto, Bucarest, Cairo, Santa Cruz de Tenerife, Río Janeiro, Montevideo, Santiago de Chile, Saigón, Shanghai, etc.

Una visita a la gran fábrica que tienen los señores Lorilleux establecida en Badalona, da cabal idea no sólo de la importancia de sus negocios en esta región sino de la maestría y perfección de las elaboraciones, acabado y embalaje de los artículos, ya que en los más insignificantes detalles se echa de ver una organización perfecta y una dirección inteligente.

Viuda de Wenceslao Guarro. — Fábrica de papel en Gellida (Barcelona) y despacho-almacenes en la Granvía Layetana, 11. Es ésta una de las más antiguas y renombradas en España. Fundada en el siglo XVII, ha seguido a través de los años una marcha siempre ascendente y progresiva hasta llegar a ser una verdadera autoridad en el ramo, quizá insuperable en la especialidad **papel tina** y muy particularmente en los papeles que sirven para usos oficiales y sello, de cuyas clases es proveedora de varias Repúblicas americanas.

Fabrica también papeles de hilo de todas clases, Papel Catalán, Papel de Oficio, Cartulinas de hilo para naipes y cuantos papeles de uso corriente se emplean en esta industria, constituyendo la especialidad de la Casa los papeles fabricados exclusivamente para la impresión de ediciones de lujo.





1892



1922



LOS NUEVOS TALLERES DE LA "TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA"



UANDO en 1892 celebrábase el cuarto centenario del descubrimiento de América, varios talleres de las artes del libro, los más importantes de Barcelona, fueron víctimas de un abuso de confianza tal, que algunos tuvieron que cerrarse a causa de la grave felonía de que habían sido objeto.

Una clientela selecta vió desaparecer súbitamente casas del mayor arraigo, de crédito artístico y honradez profesional y económica, pletóricas de trabajo todas, en particular una: la insigne Tipografía *La Academia*, fundada por don Evaristo Ullastres, establecimiento que brillaba en primera línea por la originalidad, el buen gusto y la corrección de estilo de su epigrafía, que, rompiendo las formas rutinarias, vino a crear nuevos y numerosos modelos típicos en toda clase de impresos, cuyo sello especial y distinguido permitía adivinar el taller de procedencia sin recurrir al pie de imprenta.

Los profesionales más aptos e inteligentes de Cataluña allí se congregaron, y, armónicamente organizados, constituían el personal de aquella tipografía; nunca se habrán reunido en una imprenta española tantos y tales especialistas. Dicho se está que su cultura profesional era un verdadero atractivo para el elemento docente de la Universidad Literaria de Barcelona, no menos que para los editores y las más importantes casas de las artes industriales y del comercio barcelonés. De suerte que una mutua corriente de simpatía entre los clientes, el personal directivo y los principales operarios de cada sección originó lazos de buena amistad que aun perduran entre los que ha respetado la guadaña impía.

Aquellos clientes, acostumbrados en dicho establecimiento a ser objeto de un trato amable, unido a la perfecta comprensión de sus deseos, no hallaban en parte alguna quien les interpretara fielmente el pensamiento y diese a sus originales forma análoga, por su gracia, belleza y pulcritud, a las que caracterizaban todos los impresos «académicos». Natural había de ser, pues, que se hallara como huérfana de taller una escogida clientela, cuyos miembros, al relacionarse, no ocultaban su disgusto por tal causa, surgiendo entonces la iniciativa de fundar una nueva tipografía que continuase la tradición artística de la referida, pues ello constituía, para muchos, un anhelo rayano en necesidad. Pensamiento y obra se realizaron luego. Reunidos y puestos de acuerdo tres elementos principales constituyeron otra razón social, que en seguida dió la sensación de haber renacido el espíritu que antes animara la famosa tipografía de Evaristo Ullastres, regentada por Farga Pellicer, el maestro sin igual de las Artes del Libro españolas.

Se había fundado la *Tipografía La Académica*, de Serra hermanos y Russell, cuyos apelativos eran ya entonces garantía de solvencia artística y voluntad enorme para la actividad del trabajo.

La clientela de gusto depurado contó otra vez con una imprenta modelo; hallóse reintegrada en el elemento que echara de menos durante un lapso de tiempo.

No se pueden olvidar las demostraciones y las inequívocas pruebas de alta consideración y estima de que fué objeto la *Tipografía La Académica*, de Serra hermanos y Russell, Personalidades sobresalientes en las ciencias, en el foro y en las artes dieron la preferencia al nuevo taller, donde llevaban sus originales los doctores Giné y Partagás, Rodríguez Méndez, Barón de Bonet, don Clemente Cortejón (presbítero), don José Puigdollers, don Federico Rahola, don Francisco Rivière, etc., etc.

Además de los clientes de nombradía en el campo de la inteligencia, menudeaban también sus visitas al taller incipiente los proveedores y fabricantes de primeras materias, — papel, tintas, tipos — al objeto de atraerse, a la vez, las simpatías y preferencia en los pedidos de aquellos obreros que sólo contaban con una máquina de deshecho, con la cual, no obstante, hicieron maravillas de estampación, y con habilidad extraordinaria, por analogía, repetían a diario el milagro de los panes y los peces, puesto que con ella tiraban número de ejemplares superior al de otras imprentas, que contaban con triple y cuádruple número de máquinas. Uno de los mayores fabricantes papeleros de Cataluña, noticioso de la instalación, ofrecióles cuanto papel necesitasen y las formas de pago a su comodidad.

Con iguales condiciones brindáronles casas de otros artículos, mientras todas las de la plaza — concedoras de la valía personal de cada uno de sus socios — dábanles facilidades no habituales en los negocios.

¿Por qué tanta condescendencia comercial?

Porque los hermanos Serra y el señor Russell tenían personalidad propia, desde larga fecha, en la extinguida «Academia», de Ullastres, y ocuparon primeros cargos que pusieron de relieve sus excelentes facultades, y su valía, naturalmente, había trascendido más allá del taller.

A lo cual debe añadirse la peregrina circunstancia de ser notables, cada uno en su especialidad, los socios: Antonio y Marcelino Serra y Furnells (1), junto con Juan Russell y Anglarill, abarcando precisamente los tres grandes aspectos del arte y de la industria tipográficos; el ramo de cajas y en particular los trabajos comerciales y artísticos de alto vuelo, la impresión en colores y la de ilustraciones como la de texto

(1) Marcelino Serra y Furnells, cofundador de *La Académica*, uno de los más excelentes estampadores tipógrafos de nuestra época, falleció joven (nacido junio 1866, murió enero 1906), después que ya la sección de máquinas obraba conforme al impulso y normas del trabajo que la diera, en concordancia con las de la sección de cajas impelida por la siempre acertada dirección artística profesional del señor Russell. Marcelino, el cofundador con su hermano mayor Antonio, el gerente de la casa, fué reemplazado por el menor de los Serra y Furnells, llamado Luis, quien sobrevivió diez años al notable impulsor.

Luis Serra, el más diestro y ágil maquinista de imprentas que haya actuado en Barcelona y Madrid, antes de regresar a Barcelona (donde aprendió el arte, y brilló por lo listo, en la casa editorial Espasa, había recorrido varias ciudades de América y Europa en que la tipografía tiene importancia. De manera que al substituir al insigne Marcelino fué un experto continuador. Halló el establecimiento pletórico de encargos de calidad nada común; era un profesional inteligente y de buena ceca, quiso cooperar a la honra de su apellido y — con pismo de los que juzgáramos insubstituíble a Marcelino — a poco de haberse impuesto Luis de la dirección y trabajo que le fué confiado, resultó tan hábil, entendido y sesudo, que sin menoscabar la valía técnica del hermano debe considerársele no un superior, pero sí que no desmerecía en lo más mínimo la labor de su inolvidable hermano.

Mas, ya años antes halláramosle en Madrid, director de la imprenta Perojo (*Nuevo Mundo*), desplegando allí gran actividad, pero muy afectado de la dolencia que le llevó a la sepultura en Barcelona el día 30 de noviembre de 1916. Era, como sus hermanos, incluso Russell, natural de Cardona, donde vió la luz el 22 de julio de 1868. El talento de ambas notabilidades hizo escuela en *La Académica*, y perdura allí.

VISTA DE LOS NUEVOS TALLERES DE LA "TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA"



común; además el dominio en la formación de presupuestos, escollo éste donde se estrellaron buenos impresores que no dieron con el justo medio de equilibrar su administración para obtener un rendimiento lícito sin atentar al caudal ajeno, garantizando, a la vez, una producción a la altura máxima de nuestros días.

La resultante lógica de estas circunstancias permitían ya entonces adivinar el futuro progreso y sucesivo desarrollo en el momento de crearse la *Tipografía La Académica*. Exacta fué la visión de los comerciantes en primeras materias, al igual que la de los amigos y comprofesionales de los señores Serra y Russell. El progresivo aumento de su taller está en relación con sus méritos individuales.

Aquella primera máquina desvencijada en que se apoyaron desde el año 1892 trocóse más tarde en una mayor, perfecta y moderna, adquirida en la fundición de origen. Paulatinamente iba aumentando el material de la casa, impedida por el éxito constante y sólido, alcanzado sin artificiosos reclamos; la perfección de sus labores, una amable y discreta seriedad en el trato y la puntualidad en el exacto cumplimiento de los encargos, labró para la *Tipografía La Académica* la fama que sigue mereciendo; fama que va en aumento, cuando tantos talleres existen sedientos de clientela firme en esta Barcelona, donde los despachos y oficinas vense constantemente asediados por numerosos comisionistas provistos de muestrarios deslumbrantes.

Después de treinta años perdura la constancia de los señores Serra y Russell, quienes ejercen su deber como directores respectivos, siempre en contacto con el cliente y el operario-artífice. El primero de ambos señores asequible en el despacho de la gerencia, y el segundo puesto en elevada tarima labora en mitad de la dilatada nave del flamante edificio, y lleva la batuta en aquel armonioso concierto cual experimentado director de orquesta. No hay encargo que le sea indiferente, dificultad que no resuelva, ni defecto a que no señale enmienda. Al examinar la copiosa producción de la casa, con ser tan varia y exquisita en su mayor parte, diríase que es toda ella mano de obra personal del señor Russell, cuya identidad débese a que ha modelado sus auxiliares para que laboren conforme al gusto del mismo, en términos que la compenetración es completa.

De ahí que, sin valerse de propaganda industrial, reciben encargos del resto de España y de los países de la América Española.

El secreto del éxito hállase, pues, en la constante aplicación de la inteligencia de ambos directores; y la del artista profesional y la concerniente a la administración.

Difícilmente habrá en nuestro país otra imprenta tan admirada como *La Académica* por los mismos comprofesionales. El título de la casa ha sido tomado por otros talleres de la Península y Ultramar. La marca adoptada por los señores Serra y Russell ha sido también remedada por otra casa; varios son los talleres cuya regencia está confiada a individuos procedentes de la Tipografía que nos ocupa, cuya instrucción profesional recibieron en ella.

Modesta es la apariencia del edificio propio en que se halla instalada la *Tipografía La Académica*, recién levantado exprofeso en un dilatado solar de la calle de Enrique Granados, 112 (entre Córcega e Industria). Es la sencilla entrada de un taller, al que bastan las dos puertas que franquean el paso al despacho — en comunicación directa con la gerencia — y también dan acceso al pasillo, en el que se hallan los compartimientos adecuados para cochera, almacén de papel, cuarto para la fundición de metales y para la estereotipia, y que, en línea recta, facilita el tránsito de operarios y materiales desde el taller a la calle. Todo está adjunto, todo es allí como aislado, pero dispuesto prácticamente, de manera que aun el rumor de las carretillas, al accionar, no molesta en lo más mínimo.

Al extremo del referido deambulatorio hállase la entrada al taller: un templo moderno, ingenieril, destinado a las maniobras del trabajo, en cuya estructura el hierro tiene importancia igual o mayor que la mampostería.

Las máquinas no aturden; se las distingue al fondo de aquella inmensidad, pero ni junto a sus moles de hierro, puestas en movimiento, caracteriza su ligero ruido la hora del trabajo; tan suave es el rumor de aquella moderna serie de aparatos que a diario arrojan una producción copiosísima.

Es el taller una dilatada y anchurosa sala, de planta baja, cuyas dimensiones no deja sospechar la reducida y modesta fachada del establecimiento. Su total superficie es de 1,100 metros cuadrados aproximadamente y tiene de altura 4'85. Las filas de columnas que sostienen la cubierta quedan a manera de accidentes vaporosos en aquel ambiente de luz que desciende suave de la techumbre, por cuyo ambiente circula el aire sin obstáculo de tabiques, suplidos éstos por biombos y vidrieras, donde la necesidad los ha exigido. Nada es allí artificialmente aparatoso; rige en todo la mayor simplicidad y el buen sentido. Predominan la higiene y la holgura.

La perspectiva total es de un aspecto sereno, amable; las secciones hállanse dispuestas con tal orden, que no aparecen confusas ni hacinados sus elementos. El espíritu no se siente fatigado e inquieto allí como en muchos talleres, pues en éste la nerviosidad no avasalla los sentidos.

Unas grandes tarjas en las paredes laterales ostentan gloriosos nombres de los más ilustres impresores del mundo, y sirven para designar las diferentes máquinas de estampar que integran el taller.

Substanciamos un poco la estadística de la *Tipografía La Académica*.

El personal suma habitualmente, en conjunto, un centenar de operarios, distribuidos en las diferentes secciones de la casa según las necesidades del momento.

La maquinaria de toda clase y los artefactos mecánicos alcanzan la cifra de veintidós a veinticuatro cuerpos, que se dividen en cinco grandes máquinas tipográficas planas que imprimen pliegos de 80 por 120 cm.; cuatro minervas destinadas a la estampación de trabajos artísticos y comerciales, de tamaño corriente; cinco máquinas de componer, sistema « Monotype »; una prensa de satinar; ocho máquinas en la sección de encuadernadores, etc.

La tipografía se completa, además, con una inmensa colección de tipos de estilo determinado, cuya capacidad mínima permite componer toda clase de trabajos artísticos, literarios y comerciales, en cantidad y variedad ilimitada.

Atendido el desarrollo especial y la suma importancia que la composición tipográfica alcanza en el establecimiento de los señores Serra y Russell, al instalarse en edificio propio han podido agrupar los elementos de las especialidades de este trabajo para su mejor orden; de manera que en el mismo taller existen las siguientes divisiones de análoga labor, enucleadas según su respectiva característica:

Sección de Obra.

- » de Remendería (trabajos sueltos, varios).
- » de MERCURIO.
- » del *Anuario*.

En una tarima contigua a la del Director general (señor Russell) hállanse los correctores, cuyo grupo secunda a dichas secciones y a la de composición mecánica.

Separada de las anteriores, por la naturaleza de su técnica, está la sección mecanotipográfica, distribuida en dos departamentos contiguos. Cuenta con tres máquinas de componer en que trabajan los dactilógrafos, y dos máquinas fundidoras.

Ofrecen extraordinario interés e importancia grande ambas instalaciones, cuyo funcionamiento tiene homogeneidad o correlación; gracias a esta forma progresiva de la composición veloz, la *Tipografía La Académica* posee cuantos elementos verdaderamente útiles e indispensables deben albergarse en una imprenta de primer orden.

Para la tipografía es un elemento principalísimo la composición dactilográfica o mecánica, por medio de la cual es posible un máximum indefinido de producción, pues de tal conformidad los caracteres son inagotables, en términos que fuera posible tener compuestas millares de páginas, cuantas

integrasen la obra más voluminosa, para luego de terminada la confección del texto comenzar la tirada, y pliego tras pliego, conservando siempre la misma tonalidad de tintaje, proseguir el trabajo hasta su completa terminación.

Una de las secciones del taller está dedicada únicamente a la composición y corrección de los *Anuarios Bailly-Bailière y Riera reunidos*.

La encuadernación es indispensable como ramo anexo complementario de una imprenta que continuamente debe entregar ediciones numerosas de acciones, catálogos comerciales, tarifas, notas de precios, talonarios, folletos de propaganda, ilustraciones, revistas, etc. Con su producción, años atrás, la *Tipografía La Académica*, de Serra y Russell, ocupaba el personal de un taller ajeno, que no siempre alcanzaba a complacerles en casos de urgencia. La realidad se impuso; crearon sección especial, a la que prestan grandes servicios dos máquinas de plegar, una de coser con hilo vegetal y tres con alambre, además de dos guillotinas y otras maquinillas accesorias de índole especial.

* * *

Mérito relevante fué reconocido a las producciones de la *Tipografía La Académica* en el mayor concurso internacional de las Artes e Industrias Gráficas que vieron los siglos: la Exposición de Leipzig celebrada en el año 1914, calificada de acontecimiento mundial.

Leipzig es la Roma de las Artes del Libro.

A ella concurrieron con un reducido número de impresos varios y de obras científicas y literarias los señores Serra y Russell.

Los especialistas más eminentes de Europa constituían el Jurado. A pesar de la guerra, que dificultó la asistencia de unos

pocos de aquellos miembros, reunióse la mayoría de los representantes para estudiar la producción exhibida en el Pabellón de España, y en su dictamen concedió *Gran Premio* (la más alta recompensa) a la *Tipografía La Académica*.

Posteriormente, una de las primeras figuras del arte de la imprenta que honran la Italia de nuestros días, el escritor profesional e ilustre crítico Cesare Ratta, consignó su concepto en los siguientes términos:

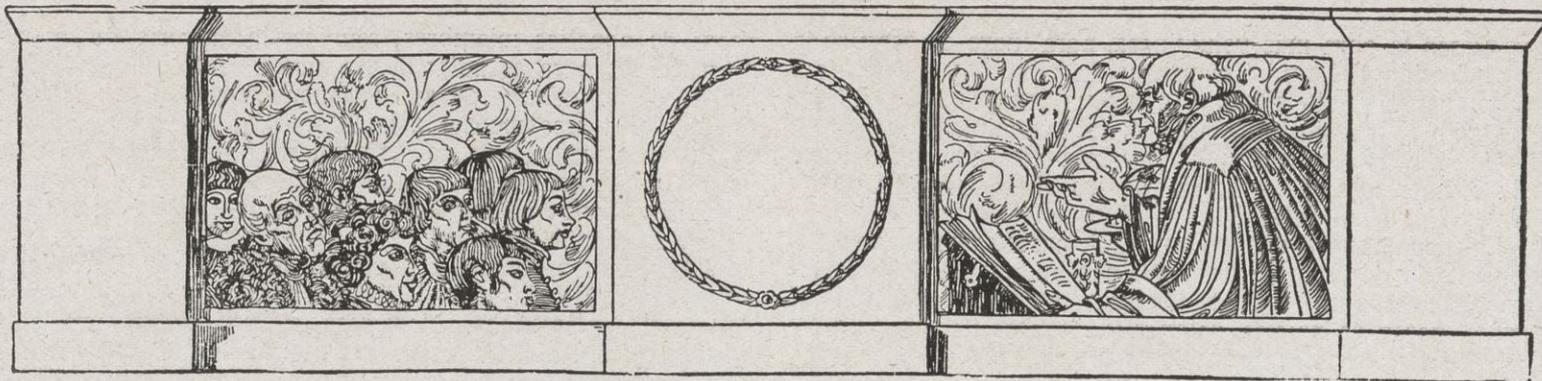
« A questo proposito e doveroso accenare che Barcellona e l'única città della penisola iberica che tenga alto il decoro delle arti poligrafiche. Numerose officine pubblicano edizioni pregevoli. Merita particolare menzione la *Tipografía La Académica* dei signori Serra y Russell, distinti artisti tipografi. Basta osservare i lavori che escono dalla loro officina per convincersi della cura e dell'amore che essi pongono in opera per dare alla loro produzione il pregio della bellezza e dell'originalità » (1).

Y a continuación elogia con entusiasmo las impresiones policromas de tipo gótico, que constituyen otra de las múltiples particularidades en que brilla la *Tipografía La Académica*.

No se reducen todos los elogios ni todos los premios alcanzados honrosamente por *La Académica* en exposiciones y concursos a los notables que acabamos de consignar, ni necesitan los señores Serra y Russell que se cataloguen sus méritos, pregonados tantas veces. Basta con afirmar que con el inmenso número de sus impresos sueltos y libros editoriales podría formarse una selecta colección, difícil, si no imposible, de aventajar.

(1) A este propósito debemos hacer notar que Barcelona es la única ciudad de la península ibérica que vela por el decoro de las artes gráficas. En numerosos talleres se publican trabajos meritísimos. Pero la *Tipografía La Académica* merece particular mención. Dirigida por los señores Serra y Russell, distinguidos artistas tipográficos, basta observar los trabajos que salen de sus talleres para convencerse del celo y del cariño con que cuidan sus trabajos para dar a toda su producción el sello de la belleza y de la originalidad. — (*La Tipografía negli Stati dell'Intesa*, di CESARE RATTA. Fascículo I. — Bolonia, 1919, págs. 17-18.)





EL EDITOR

Los siglos prestan a todas las cosas calidad de prestigio. Procede esto, sin duda, del consenso unánime con que se reconoce que lo que mucho ha durado tiene en sí dos insuperables garantías: la de haber resistido el embate de los años y la de haber tomado de cada uno de ellos ese extracto macerado y perenne que se llama experiencia. Larga vida en los hombres, como en las ideas, como en las cosas, vale tanto como vigor esencial y perfeccionamiento adquirido; fuerza inmanente y gracia formal: o lo que es lo mismo, belleza.

Las cosas nuevas, los conceptos nuevos, tienen un atractivo que prende, quizá más que en el prurito humano de perfección, en el ansia de diversidad que siempre palpita en el corazón del hombre; diversidad: sea la que sea. «Cualquiera tiempo pasado fué mejor»; pero también cualquier cosa futura es preferible. El hombre, eterno insatisfecho, tiene ingénita la fobia de lo presente. Acaso esa es la razón de la Historia y de la Filosofía. Acaso es ese el núcleo generador del dinamismo humano, la fuente de la curiosidad, el motor del progreso.

Pero ante las cosas flamantes, el hombre advertido pone en su curiosidad un refrigerador de recelo, porque sabe que en la tienda todas las cosas presumen de irrompibles; sabe que antes de la carrera todos los caballos tienen aspecto de ganadores; sabe que, recién terminado, el pabellón de tablas y escayola semeja granito, mármol y bronce.

Viene todo esto a mi mente al pensar en Barcelona, ciudad de cultura y de trabajo. El trabajo y la cultura aquí, tienen la pátina dorada y gloriosa de los monumentos milenarios. La actividad catalana no es un correteo efímero, esporádico, contingente; no es una precipitación nerviosa accidental, como en tantos otros lugares. La cultura catalana no es una adquisición improvisada con presura; no es una chapa de cedro sobre tablón de pino: es recia y maciza estratificación de

persistencia; es un movimiento pausado y constante, insistente, rítmico, magistral; «sin prisa, mas sin tregua; como el de los astros» (1).

Me es muy grato a mí, castellano que aspira a sentir en español y a pensar en europeo, rendir, al comenzar mis palabras humildes, homenaje al trabajo y a la cultura de Cataluña, homenaje a Barcelona, la vieja y clara ciudad que siempre fué hija muy amada del Mar latino.

Al leer el programa de estas conferencias, y tropezar con mi nombre entre nombres tan brillantes, habréis sentido como un bache importuno en el camino terso por donde ibais, tan a placer, deambulando. Yo, que no puedo enfrentarme con un hecho sin sentir comeción de analizarlo para buscar su causa, he creído vislumbrar la de éste en la necesidad de que se cumplan dos leyes inexorables: nada hay perfecto bajo el sol: nadie es infalible entre los hombres. Mi conferencia es, así, la imperfección de un programa, sin mí perfecto. Mi designación es el error de los, sin ella, infalibles organizadores.

¿Que cómo, a conciencia de ello, me he prestado a deslucir conjunto tan brillante?

Primero, ello es obvio, porque no era lícito pagar con un desaire tan honorífica cortesía. Pero tam-

bién, es cierto, por dos motivos de índole personal, que debo confesar por sí son pecado.

La invitación puso ante mí la posibilidad de ser, por una vez, original, absolutamente original; la facilidad de decir públicamente algo nuevo, absolutamente nuevo. Quien ante tal eventualidad no sienta comeción positiva, arroje la primera piedra.

Y ese es mi caso. Porque merced a la invitación con que se me honró, voy públicamente a hablar bien del editor. Habréis de reconocer que el caso es como anuncié: insólito, insospe-

(1) Goethe.

Antes de empezar su disertación el Sr. Calleja, el Presidente de la Cámara Oficial del Libro, D. Mariano Viada, se expresó en los siguientes términos:

Ayer se dictó la segunda conferencia del ciclo organizado por esta Cámara Oficial del Libro.

Siguiendo la síntesis del libro tratóse en la conferencia de anteayer del papel, la primera materia del libro. Ayer se trató de la imprenta, es decir, del mecanismo que lleva a la hoja del papel el pensamiento del autor. Hoy va a tratarse del editor que es el que pone en contacto al autor con el lector. Sin el editor el autor permanecería casi siempre ignorado, poco asequible al público.

Se necesita este organismo intermediario que haga patentes las bellezas que el pensamiento del autor encierra para que el público se percate de ellas. Sucede algo así como con la mujer más hermosa del mundo, que si se mostrase a nuestros ojos sin arreglarse y vistiendo descuidadamente poco llamaría nuestra atención; esta misma mujer se acicala y se viste a la moda y al presentarse ante nuestra vista llama nuestra atención y procuramos averiguar el misterio insondable atesorado en su corazón.

Lo mismo hace el editor: coge el pensamiento del autor, lo viste, lo presenta en forma agradable y consigue con ello que llegue a la masa de los lectores.

Vemos lo que pasa con las obras clásicas: Las ediciones puramente clásicas son poco leídas; en cambio los editores las cubren de ilustraciones fastuosas o las reducen a volúmenes manuales y económicos, haciéndolas asequibles a los más humildes lectores y logran su difusión en gran escala.

Esta es la misión nobilísima del editor, y de esto es de lo que hoy nos va a hablar don Rafael Calleja.

Al citar este nombre cito un nombre conocido de todos. ¿Quién no conoce las ediciones «Calleja»? Yo, por mi parte, y creo que la mayor parte de los niños han tenido un tiempo en que se iban sus ojos tras aquellas ediciones que desde cinco céntimos en adelante se encontraban en todas las librerías.

Don Rafael Calleja, hombre de estudios profundos, literato y sociólogo eminente, doctor en Derecho, ha dedicado todas sus actividades al libro, ha enaltecido el libro, le ha dado la forma más hermosa, más artística que dársele pudiera; y, sobre todo, tiene en el haber de sus méritos, que son inacabables, la campaña que emprendió para enaltecer el nombre del editor, campaña que fué dirigida especialmente contra aquellos libros que por su contenido son una vergüenza de quienes los editan.

Aunque sólo tuviese este mérito, razones sobradas habría para acoger nosotros con agrado, con satisfacción y con aplauso su presencia en este sitio.

No quiero distraer más vuestra atención puesto que estáis deseando, como me ocurre a mí, escuchar su palabra.

chado, absolutamente original. Si se añade que, procedente no de amor propio, sino de amor de la equidad, tengo encurrido de largo tiempo atrás, y a una presión de muchas atmósferas, un deseo vivísimo de protestar contra la injusticia flagrante con que se nos suele tratar a los editores, creo que será nueva causa de disculpa para mi desafortunado atrevimiento el no haber tenido fuerzas para cerrar la válvula por donde el prisionero gas va por fin a escaparse.

* * *

Así pues, voy a hablar bien del editor; voy, como si dijéramos, a hablar del editor en el buen sentido de la palabra.

El editor. Ya empieza por sonar extraño, por sonar *nuevo* que se pronuncie en voz alta esa palabra con esta entonación tranquila, más bien suave, decididamente circunspecta y hasta rendida, con que yo la pronuncio. El *editor!* Como pudiera decir el *floricultor*, el *escultor*, el *pintor*. Porque lo clásico es emitir esa voz con áspero desdén, con hostilidad, casi con repugnancia: el *editor*: como podía decirse el *usurero*, el *verdugo*.

Entonaciones no ya diversas, sino contrarias, que responden a sendos conceptos contradictorios. Examinemos uno y otro sucesivamente.

El editor es un hombrecillo sórdido y abyecto, rapaz, inculto, sin entrañas, podrido de millones atesorados y guardados con avaricia insaciable, que tiraniza sin piedad al pobre escritor, querubín purísimo, infelice avecilla, víctima escualida del atroz vampiro, que por necesidad, o bien por longanimidad, se deja chupar la sangre mansamente; y si por acaso escribe un libro inmundo es contra su voluntad seráfica, a pesar de su aversión, y, por supuesto, sin el menor móvil interesado: por imposición ineludible de la fiera, del monstruo, del hombrecillo sórdido y abyecto que amontona doblones con las artes pérfidas de su ignominiosa profesión. He aquí la silueta fabricada por un largo monólogo que ha denigrado sistemáticamente, con injustísima generalización, a todos los editores, carentes, en general, de armas iguales para defenderse.

Que hubiera, o que haya, mercaderes de libros, incultos o avaros, o que hayan explotado, o exploten, a escritores desvalidos, no justifica el reunir en una sola figura todos esos y otros más defectos, exagerándolos hasta convertirlos en vicios máximos, y a continuación adjudicar a toda una clase el sambenito.

La hipóbole y el apasionamiento, la descripción inexacta por exagerada, la enumeración inexacta por estilización, son tan corrientes y espontáneas en el escritor, que se debe estar advertido para atenuar sus efectos y para disculparlos. Ved cómo puede emparejarse, con la que acabo de hacer del editor, esta silueta del literato dibujada por escritor tan reputado como Salaverría: «El artista es mimoso, insociable, maligno y monstruosamente egoísta; femenino, débil y laxo frente al vicio, padece una malsana y femenina curiosidad por los vicios más raros y difíciles; tiene el amor del escándalo, del reclamo, del *chantage*; busca el elogio y la admiración aun a costa de la honra y de la vida; es irritable, impertinente, envidioso y cruel.» (1).

Acerbas palabras, llenas de apasionamiento, que, por de pronto, no pueden predicarse de quien las firma. Ni es prudente aplicarlas a la fulgente comunidad de los artistas. Entre los cuales, como en todas las altitudes humanas, hay hombres de muchas clases y categorías. Yo me honro con la amistad cordial de muchos de ellos, personas equilibradas, correctísimas y honorables, para quienes la calidad de literato no excluye la de hombre, ni la posterga a un ansia de celebridad, de aplauso, de ostentación.

(1) *La Intimidad literaria*, pág. 23.

Cuanto a los grandes genios, los que ennoblecen con su luz la estirpe del *roseau pensant*, tienen demasiado derecho a nuestra gratitud para que sea lícito escarbar en su historia con cominería inquisitorial. Si acaso al recorrer la vida de uno de ellos para entonar y robustecer nuestro espíritu, hallamos el rastro triste de las flaquezas humanas, cubramos con nuestro manto la vergüenza de nuestro padre desnudo, y no pensemos en esas flaquezas de los héroes sino para considerar que acaso, merced a ellas, podemos titularnos sus semejantes.

* * *

Por lo demás, no es necesaria la intervención de la maldad. Presuponiendo, por el contrario, una tendencia a lo bueno y a lo noble que realmente suele encontrarse en el fondo de todas las almas de verdadero artista, se puede explicar lógicamente la difamación del editor de que muchos escritores se han hecho cómplices.

Es innegable que el artista es, casi siempre, un hombre descontento, que no rima con el medio en que vive, precisamente a causa de su propia elevación. No hay arte puro sin inquietud, sin dolor; y así, es proverbial la acidez, el humor desapacible, irritable y tornadizo de los grandes artistas, con los que la convivencia suele tener incomodidades, sobrado compensadas, desde

luego, por la seducción irresistible que es patrimonio de los hombres verdaderamente superiores.

Ahora bien, aparte los familiares y deudos del literato, la persona más necesariamente cercana a él, más ligada a su vida con lazos, además, tan quebradizos y espinosos como los de los intereses materiales, es su editor. Si hay alguna institución que sufra una fama peor que la del editor, esa es la del matrimonio: famas ambas fabricadas por los escritores que, con su mujer y con su editor, tienen la máxima superficie de rozamiento, y, por tanto, las máximas posibilidades de desacuerdo, de motivos de queja, de ocasiones de discordia.

En cuanto al editor, hay además razones concretas especiales que dan pábulo a la animadversión del literato. Dos cualidades son tan frecuentes en el escritor que pueden casi calificarse de idiosincrásicas: la vanidad y la incapacidad administrativa. La una, latente en todos los corazones, crece en el escritor frondosamente, cultivada por el éxito y por la autoestimación del propio valer. Y entonces el gran escritor se cree sinceramente *le dieu*, como Víctor Hugo, y se queja del editor, cuyo interés y solicitud no le parecen nunca suficientes. Por otra parte, si una obra fracasa, la culpa «es» siempre del editor, por de contado.

La incapacidad administrativa se manifestaba antaño en la romántica vida bohemia, ya en desuso. Ahora da fe de su existencia en el problema económico que para algunos escritores nace de no fijarse en que la relación entre los gastos y los ingresos es una ley matemática impasible aun cuando el interesado sabe escribir maravillosos versos o novelas peregrinas. Pongamos un ejemplo. Imaginémos un caro en el que la venta de un libro produzca al autor 4 y al editor 4; o, para hacerlo más gráfico, en que el autor gane 4 y el editor 2, — cosa por cierto, menos rara de lo que se cree —; pero el editor de sus 2 gasta 1 y guarda 1; en tanto que el autor que obtuvo 4, gasta incontinenti 8. De lo cual el escritor suele no acertar a ver sino el resultado final: a saber: que el editor tiene guardado 1 mientras que él debe 4. Luego el editor medra a costa del escritor. Y repite que esta deducción absurda puede estar hecha con plena buena fe, porque el escritor de que estoy hablando es una mente anormal, superior a la normal, pero menos apta que la normal para la lógica y el buen sentido cotidiano. Y esa anomalía se acentúa con el ejercicio literario que, por la autocontemplación, predispone al narcisismo, a la deshumanización, a la insociabilidad y a la inca-



Conferencia de don Rafael Calleja

pacidad efectiva para el juicio sereno, desapasionado y vulgar. El famoso psicópata Freud dice hablando del sueño: «En el durmiente se produce el narcisismo absoluto, estado en el cual la *libido* y el interés del yo viven unidos e inseparables en el yo bastándose a sí mismo.» (1). Al leer estas palabras, tan sugeridoras, no pude menos de pensar que ciertos escritores parecen, en tal sentido, sumidos en sopor perenne.

Hace poco se publicó en inglés una *Vida íntima de sir Walter Scott* (2) en la que resulta demostrada la falsedad de la leyenda que hacía de Walter Scott un soñador, hombre puro alejado de las realidades de la vida, y, por supuesto, víctima de sus editores. En esta reciente biografía vemos como Walter Scott sufrió sus desastres económicos en empresas editoriales organizadas y dirigidas —desacertadamente— por él mismo y en especulaciones en que comprometió el abundante producto de sus derechos de autor.

De muchas leyendas semejantes quedarían exculpados los editores si se conociera la auténtica verdad de cada caso.

Cierto, por desgracia, que no todo es leyenda. Cierto, por fortuna, que tampoco todo es injusticia.

Ved, por ejemplo, como escribe un autor, cuando se llama Anatole France de su editor, cuando se llama Calmann-Levy :

«M. Calmann-Levy era el más simpático de los hombres. En todas las cosas ponía una extremada vivacidad junto con una bondad exquisita. Tengo por cierto que le querían cuantos le conocieron. Nos encantaba su bondadosa risa, su alegría, su franqueza y hasta sus asperezas repentinas. Porque aun en ellas conservaba toda la delicadeza de su corazón. Era leal, fiel, amable. Le agradaba contentar a todo el mundo. Y en medio de sus absorbentes empresas, se interesaba por los más menudos asuntos de sus amigos. Un gran editor es una especie de Ministro de bellas letras. Ha de tener las cualidades de un estadista. M. Calmann-Levy tenía esas cualidades. Siempre estaba bien informado. Conocía admirablemente, desde su punto de vista, toda la literatura contemporánea. Conocía al dedillo sus libros y sus autores. Mostraba tacto perfecto en sus relaciones con los literatos. Con su llaneza bondadosa se daba cuenta de los más finos matices. Era admirable para contentar a los grandes y animar a los pequeños. Realmente era un buen Ministro de las letras» (3).

Añadiré otros dos juicios nacionales. El primero es de Julio Casares, el reputado crítico, académico de la Española; y se refiere a un editor español ya fallecido. Después de relatar cómo el editor le había encargado la víspera cierto trabajo importante, dice Casares :

«El famoso editor habitaba entonces una casona antigua de la calle del Prado, frente al Ateneo. Acudí allá provisto de cuantos datos pude allegar en cuarenta y ocho horas de febril rebusca, y expuse circunstanciadamente el plan que me proponía seguir para llevar a cabo mi trabajo.

«¿Y el precio? — me preguntó... (*aquí el nombre del editor*) con el entrecejo arrugado y entornando los ojos más que nunca. Yo había calculado, modestamente, que tantas horas de labor diaria durante tantos meses, a razón de tanto al mes, debían de producirme tantas pesetas. La cantidad no era, ciertamente, fabulosa; pero en aquel momento, recordando cuanto había oído y leído acerca de la tradicional rapacidad de los editores, tuve que sacar fuerzas de flaqueza para nombrar, con disimulada emoción, los miles de pesetas de mi cómputo.

«— Todo está muy bien — me replicó... (*otra vez el nombre*), dejando ya al descubierto los ojillos bondadosos y sonriendo paternalmente —, menos el precio. Si usted me permite, lo doblaremos y asunto concluido.

«Así comenzaron mis tratos con los «sórdidos» editores, y así tuve la honra de conocer al amigo caballeroso de veneranda memoria, al benemérito pedagogo y al fundador ilustre de una de las casas editoriales que más han contribuido al fomento de la cultura patria» (4).

El segundo es del popular y laureado cronista Dionisio Pérez, y se refiere, también, a un editor español que ya no vive.

El artículo, notable como suyo, trata de la triste situación en que se hallaba la bibliografía escolar española por los años

de mil ochocientos setenta y tantos. Y a seguida de la descripción de aquel atraso inconcebible continúa así :

«Yo asistí a la curación de este mal; yo conocí cómo un hombre solo realizó una de las más importantes transformaciones que han podido hacerse en la mentalidad española sin el auxilio del Estado, sin la fama ni la gloria del gobernante o del catedrático, sin la recompensa del escalafón... Conoció esta obra día por día, porque mi niñez transcurrió en el hogar de un maestro de escuela que había hecho de su oficio un sacerdocio.

«La influencia extranjera repercutía en algunas empresas editoriales, barcelonesas las más, que imprimían para América bellas imitaciones de libros franceses y alemanes; pero aquellos libros, por su precio, no tenían entrada en las escuelas pueblerinas. Hubieran sido un exquisito regalo para los niños ricos si los niños ricos de aquellas generaciones hubieran sido educados como españoles y para ser buenos españoles; pero se ponía en sus manos libros franceses o libros ingleses, mientras los impresos en castellano iban a parar a las escuelas americanas.

«Un día, todos los maestros de España recibieron una muestra de libros publicados por un editor novel: eran unos libros impresos en letra clara, encartonados con un papel pajizo cuya barata condición se advertía en seguida, pero que daba al libro un aspecto de cosa juvenil, ligera y alegre. Los pobres maestros, que luchaban para abastecer su escuela con la mezquina retribución de material que la Ley les concedía y los Ayuntamientos no les pagaban, no creían en la posibilidad de aquella aventura; porque los remozados libros les eran ofrecidos por unos cuantos céntimos, mientras que los antiguos costaban una peseta, poco más o menos, cada ejemplar. Desde entonces, cada semana aquel editor brujo realizaba el milagro de enviar gratis paquetes de libros a cada maestro. Y llegó a más: llegó a cambiar sin estipendio ninguno todos los libros viejos y deteriorados que había en todas las escuelas de España por libros nuevos. Y todas las semanas esperábamos los chiquillos ansiosamente que llevara el cartero el paquete de... (*aquí el nombre del editor*) con sus libros claros, relucientes, con grabados, con cromos, llenos de alegría. Los niños pobres de España no habían leído cuentos hasta que los publicó este editor. El placer de las viejas consejas, narradas en el hogar, deformadas por la superstición, desvaídas por la torpeza de los narradores, tomaba en manos de los niños españoles formas de arte, depuraciones literarias, aspectos de belleza, y se convertían en un placer íntimo, en un deliquio espiritual. Yo no conozco en la historia de nuestro pasado siglo una revolución más intensa, más fecunda, que haya roturado más hondamente la conciencia nacional. Yo no creo que laborara más por el progreso de España Prim conspirando o Topete sublevando la escuadra, o Toñete Galvez alzando «el Cantón de Cartagena» (1).

Sé que el autor de este artículo y el editor en él aludido y sus deudos no se conocían, ni han tenido nunca la menor relación entre sí.

Estos escritores sabían, sin duda, que al publicar tales elogios hacían algo más que enaltecer justamente la labor de hombres beneméritos, empresa, desde luego, laudable; sabían que al hacerlo prestaban un servicio al público interés; porque esas palabras son estímulo que puede incitar, que incita sin duda la emulación, con el consiguiente beneficio para la cultura del país. En cambio, ¡cómo desalienta lo contrario!

Permitidme una cita más, confirmatoria.

Hace algún tiempo publicó un escritor uno de esos artículos que aparecen con frecuencia en los periódicos atacando sin piedad a los editores. En él se nos acusaba en general, sin las debidas distinciones, de no publicar sino obras traducidas, libros de baja estofa, nada original, nada selecto, nada, en suma, digno de la atención de un lector cultivado. En aquella ocasión, como en tantas otras, sentí vivos deseos de replicar públicamente. Como otras veces, me contuve. Pero le escribí una carta privada, explicando el no hacerla pública porque, decía, «hay quienes, juzgando por sí, no saben explicarse los actos ajenos sin ver en ellos mezquindad, ruindad, bajo interés» y no hubiera faltado quien hubiera atribuido mi protesta a móviles comerciales, como me ha sucedido en otra ocasión en que era aun más difícil atribuirme los con asomos de lógica. Luego

(1) *Nuevo Mundo* 6 diciembre 1918.

(1) Introduction à la Psychanalyse. Traduction française par Jankelevitch. Paris, 1922. Payot, 434.

(2) Por Archibald Stalker. London, 1921. A. & C. Black.

(3) *La Vie Littéraire*. Quatrième série. Paris. Calmann Lévy, págs. XI sigts.

(4) Publicado en *La Nación*, de Madrid.

de demostrarle con hechos concretos e irrefutables lo injusto e inexacto de su acusación general, luego de recordarle títulos y editores de obras recién publicadas a la sazón, de aquellas que él aseguraba que «no publicaba nadie», le decía :

«...Y ¿qué quiere usted? Yo, que estoy lejos de aprobar todo lo que hacen algunos de mis colegas, no me atrevo a censurarles por no publicar lo que saben que no quiere comprar la gente. Son editores para ganarse la vida. Nadie está obligado a ser Mecenaz, ni es esa profesión al alcance de todas las fortunas. Pero si yo no hubiese pensado así antes, ¿Qué quiere usted que pensase después de ver lo que le pasa al que pone en su actividad industrial dosis no pequeñas de desinterés, de amor, de entusiasmo, de generosidad? Si su premio es seguir siendo uno de tantos; si su recompensa es leer con frecuencia — porque no vaya usted a creer que lo de usted es el primer caso ni el más hiriente — que *todos* los editores son unos tales y unos cuales, ¿qué ganas le quedarán de hacer otra cosa que atender a su libro de caja? Menos mal — menos mal para el público y para los intereses del espíritu — que, a pesar de todo, hay quien tiene pago bastante con su propia opinión y su conciencia satisfecha. Si no fuese así, ¡buena primada sería publicar libros selectos, versos y cosas españolas que no se venden — novelas inclusive — gastando fósforo y cuartos en hacer los libros con amor y con esmero, y pensando de cuando en cuando en que hay que hacer algo por el fuero y no siempre por el huevol ¡Buena simpleza sería, de otro modo, no ponerse a editar esos libros que no necesitan anuncios, ni propaganda directa, ni esfuerzo, ni asiduidad, ni rompecabezas de ninguna clase, puesto que tienen su reclamo, su agente de ventas en la lujuria de tantos cientos de miles de compradores!»

* * *

La profesión de editor tiene ilustre prosapia. No sé de otra industria que pueda presentar como ella verdaderas dinastías de cultivadores famosos, sabios ilustres como los Manucio, los Estienne, los Elzevir, los Plantin y tantos otros. «Los contemporáneos de Aldo Manucio — dice Firmin-Didot — tenían por él un verdadero culto. Nicolás Leonicensis, en su admiración por los trabajos del gran impresor, le predijo la inmortalidad anticipando con esto el juicio de la posteridad.»

«— ¿No es digno de la inmortalidad — exclama — quien hace inmortales a tantos genios?» (1).

Los primeros impresores-editores eran, antes que industriales, verdaderos sabios; y no escatimaban el gasto ni el esfuerzo para que los productos del nuevo arte por ellos cultivado fueran bellos y excelentes. Tenían el culto de su profesión, de la que se consideraban ministros; y tanto cuidaban del Arte olvidados del provecho propio, que muchos acabaron en la ruina.

Sin remontarnos a los tiempos de Grecia y Roma, donde ya había libreros-editores, recordaré que ya antes de la invención de la imprenta (hacia 1440) existía en Europa la profesión de librero-editor rodeada del público respeto. Era la época en que los manuscritos *únicos* tenían el mismo precio arbitrario que tienen hoy los cuadros de los grandes maestros, y en que se transfería su propiedad por medio de acta legalizada, como si se tratase de fincas. En París, por ejemplo, existían los *libreros-jurados*, funcionarios agregados a la Universidad, cuyos privilegios compartían. En el siglo xv los libreros de París están exentos de impuestos. En 1513, Luis XII declara confirmados los privilegios de libreros e impresores, sus franquicias, exenciones e inmunidades. En el siglo xvii, los impresores-libreros continúan formando parte de la Universidad de París y siguen gozando de los derechos, franquicias y prerrogativas que desde antes les estaban concedidos y que conservaron hasta que la Revolución los anuló como todos los demás.

Correspondían a esto ciertos requisitos y trabas que limitaban el número de los editores y garantizaban su competencia. Todos eran letrados y el título de *maestro* no se concedía sino mediante un largo aprendizaje y un examen severo.

Figura venerable del siglo xv la del veneciano Aldo Manucio (1449-1515), extraordinario helenista y admirable edi-

tor, como su hijo Pablo (1511-1574) y su nieto Aldo (1547-1597) igualmente humanistas, literatos eminentes y editores meritisimos.

Juan Froben de Basilea, otro padre de la edición, floreció en la misma época (1460-1527) : amigo íntimo y editor de Erasmo de Rotterdam, fué hombre muy culto e impresor renombrado.

Sigue el siglo xvi con la dinastía de los Estienne, que bien puede llamarse así, hasta por ser conocidos sus miembros por el nombre de pila y el número que usan los monarcas :

Enrique I, Francisco I, Roberto I, Carlos, Enrique II, llamado *el Grande*, Roberto II, Francisco II, Roberto III, Pablo y Antonio. Los más notables fueron Roberto I y Enrique II. Roberto, cuya estatua es una de las doce que decoran la entrada principal del Ayuntamiento de París y acerca del cual hay una extensa bibliografía (1503-1559). De Enrique II (1528-1598) dice Firmin-Didot : «Este hombre extraordinario que viajó la mitad de su vida conocía a fondo todas las lenguas modernas y varias de las orientales.» Entabló relación, en sus viajes, con los hombres más eminentes de su tiempo y regresó a París luego de haber cotejado una inmensa cantidad de manuscritos. La lista de sus méritos y de sus publicaciones famosas sería interminable.

Cristóbal Plantín, el impresor de Felipe II (1514-1589), que hizo la *Biblia Políglota de Alcalá* bajo la dirección de Arias Montano, obra que comprometió por sus gastos enormes su gran fortuna. Tiró 1,200 ejemplares, y al acabar la edición se encontró tan escaso de recursos, que hubo de venderla por debajo del precio de coste para hacer dinero. Gozaba fama de impresor escrupuloso y elegante. Su casa de Amberes era el centro de reunión de sabios y poetas, para quienes siempre tenía abierta la bolsa. Como otros impresores de aquella época, exponía sus pruebas de imprenta ofreciendo premios a quien encontrase erratas.

El nombre más famoso entre los editores del siglo xvii, y acaso el más conocido en nuestros días, es el de los Elzevir.

De esta famosa familia de editores holandeses, según algunos originaria de España, 14 miembros ejercieron la profesión en Holanda desde 1580 hasta 1712. Ser editado por los Elzevir era considerado por los contemporáneos como un grandísimo honor. Véase, como muestra, una carta de un noble contemporáneo :

«Señores : Os debo gratitud y quizá mayor de lo que pensáis. El derecho de ciudadanía romana no era tan preciado como el favor que me habéis hecho. Porque ¿qué pensáis que es el ser admitido en el número de vuestros autores? Es tener un puesto junto a los Cónsules y los Senadores de Roma; es mezclarse entre los Cicerones y Salustios. ¡Qué gloria poder decir : «Formo parte de esta República inmortal...!»

Junto a esas figuras principales han brillado otros, si no tan famosos, no menos dignos de citarse como honra de una profesión tan pródiga en hombres admirables : los Barbou en el siglo xvi; Morel y Turnèbe en el xvii, y en los siglos xviii y xix las dinastías de los Panckoucke y de los Didot; Coustelier, Cazín, De Bure, Lemaire, Bodoni, Cornino, y entre los españoles, Monzón, Cuesta (el editor del *Quijote*), Cabrerizo, etc., etc.

Cuando la Revolución declaró la libertad de comercio, surgieron libreros-editores por todas partes. Su abundancia y la inexperiencia de los improvisados, causaron una profunda perturbación en el comercio del libro, en el cual comenzó entonces a darse el tipo de librero exclusivamente comerciante, indiferente por la calidad específica, por el valor moral de su noble mercadería. Se encanalló en cierto modo, y en ciertos titulares, la profesión; pero no dejó de contar cultivadores, si no iguales a los citados, tampoco demasiado indignos de llamarse sus colegas.

Honrosas son, también, las grandes persecuciones que los editores han sufrido de la Justicia por su amor a la libertad y a la verdad, pocas veces bienquistas en las altas esferas. En Francia son legión los libreros-impresores condenados a galeras o a la horca por publicar libros molestos para los poderosos. Por vender libros en que se satirizaba a Mazarino, fué condenada una familia entera : el hijo mayor a ser ahorcado; la madre a presenciar el suplicio de su hijo y a ser azotada en público; el hijo menor a galeras. Reinando Luis XIV fueron

(1) *Alde Manuce et l'Hellenisme à Venise*, par Ambroise Firmin Didot, Paris, 1875. Firmin Didot, pág. XLIX sigts.

ahorcados un impresor y un librero; una mujer fué enviada a la Bastilla y otros dos hombres encarcelados; todo ello por haberse publicado un libelo sobre el casamiento del Rey con Madame de Maintenon. Del siglo XVIII se podría hacer una lista interminable. Como caso pintoresco recordaré el del editor Cazin, uno de los más célebres en Francia, que en su tiempo gozó de gran reputación bien conquistada. Era de ideas muy avanzadas, por lo cual con frecuencia hacía visitas a la Bastilla. Menudeaban tanto y era Cazin tan filósofo, que tenía siempre dispuesta una maleta que él llamaba «su maleta de viaje» y que le acompañaba fielmente en sus temporadas de la famosa prisión. Su hija menor, Henriette, tenía a su cargo el cuidado de la maleta; y cuando los esbirros se presentaban en casa del editor y le mostraban la orden de prisión, les decía con calma imperturbable: «Buenos días, señores; en este momento íbamos a almorzar. Enriqueta, hija mía, anda y di que nos sirvan. Y después, prepara la maleta». Almorzaba estoicamente, abrazaba a su mujer y a sus hijos, estrechaba la mano a sus dependientes, dándoles instrucciones para el trabajo durante su ausencia, y marchaba tranquilamente. En cuanto le dejaban libre, volvía a sus publicaciones prohibidas. El buen Cazin murió en la calle ametrallado por la artillería de los Convencionales en una lucha en las calles de París, cuando iba por curiosidad «a ver qué pasaba».

Creo que si otra razón no hubiese, bastaría la historia de la profesión de editor y esos nombres que acabo de citar para considerar a esa profesión como algo diferente de una industria cualquiera, de un simple medio de ganar dinero honestamente. A esas excelencias de linaje se añaden otras más eficaces y atendibles.

* * *

Distingamos ante todo entre *editor* y *librero*. El editor es un industrial, un productor. El librero es un comerciante, un intermediario que recibe el libro del editor y lo ofrece al lector. El editor piensa y planea el libro; le da forma; dirige su ejecución material; y por último lo difunde por los mercados susceptibles de consumirlo. No es fácil para quien no las haya vivido, adivinar en su total estructura la complejidad de estas sucesivas operaciones y las dotes y conocimientos que exigen en el buen editor verdaderamente digno de este nombre.

Hace algún tiempo, cuando la profesión de editor no contaba tantos cultivadores como ahora, ni se habían divulgado, como después, la serie de operaciones que el libro necesita hasta que llega al escaparate, me preguntó un amigo:

— Y ¿es muy grande vuestra imprenta?

Y como yo le contestase que no teníamos imprenta, y a seguida que tampoco teníamos litografía ni encuadernación, me dijo con aire de sorpresa:

— Entonces, ¿qué es lo que hacéis vosotros?

Un editor norteamericano publicó hace cerca de veinte años, cuando ser editor era mucho más cómodo y más fácil que ahora, un librito curioso que tituló *Confesiones de un editor* (1). Uno de los capítulos, que se titula «La historia de un libro desde el autor hasta el lector», comienza con estas palabras: «Lo maravilloso (cada año me sorprende más) es cómo pueden los editores de libros sacar dinero suficiente para mantener abiertos sus establecimientos.» Enumera a continuación las que llama «larga serie de fases, o si queréis de aventuras que tiene que correr un libro desde que lo escribe el autor hasta que el lector lo tiene en sus manos». ¡Cuántas son en efecto! ¡Cuánto esfuerzo insistente, tenaz, exigen! ¡Cuánto dinero y cuánto tiempo; cuánta atención hay que derrochar en los innumerables detalles que es necesario tener en cuenta, sobre todo si el editor tiene cariño al oficio y quiere obtener un producto que tenga alguna personalidad, o siquiera que resulte presentable!

Y, como hace notar el editor citado, cada una de esas operaciones cuesta dinero, dinero cuyo gasto es seguro e inmediato, mientras que su reembolso no pasa de ser probable y ha de ser paulatino. «Cuando a fin de año — dice — me encuentro con un beneficio, me quedo tan sorprendido como satisfecho. Y creo que no hay en América un editor de mentalidad normal que no experimente emoción parecida.»

Dada la libertad con que cada ciudadano puede en nuestros días dedicar su actividad a lo que le parezca y rotularla

(1) *A Publisher's Confession*. New-York: Doubleday Page & Co.

como le acomode; dado lo sencillo que es tomar un original cualquiera, enviarlo a una imprenta cualquiera, *fusilar* un tipo de edición cualquiera y vender la edición a un comisionista cualquiera, es lo cierto que cualquiera puede titularse fácilmente editor. Pero si es llano colgar el rótulo de tal delante de la puerta, lo es bastante menos merecerlo a ojos de quien conoce al detalle la compleja serie de funciones, de capacidades y de responsabilidades que requiere el título ilustrado, según hemos visto, por tantos hombres eminentes.

La actividad del verdadero, del completo, del leal editor, tiene cuatro esenciales manifestaciones: una especulativa, en cuanto bibliófilo; otra artística, en cuanto creador de formas bellas; otra económica, en cuanto industrial o productor; otra social, en cuanto propulsor de la cultura pública, en cuanto elemento de eficaz influencia sobre el progreso espiritual de su país.

Examinaré someramente cada una de estas manifestaciones.

* * *

Ante todo, el editor ha de ser un *bibliófilo*. En tal sentido, el editor es hombre para quien el libro tiene, aparte de su valor literario, un sentido propio y apasionante. El libro en sí es una obra de arte: conseguida o frustrada; y así como el pintor no puede pasar ante un cuadro con indiferencia, ha de pararse a contemplarlo, ha de producirle emoción, grata o ingrata, ha de analizar sus bellezas o sus defectos, otro tanto le sucede con el libro al bibliófilo. Hay una manera de tomar un libro, de palparlo, de abrirlo, de hojearlo, de contemplarlo con interés distinto y, por supuesto, compatible con el de la lectura, que es peculiar del bibliófilo. Por tal se entiende el amante de los libros en sí mismos, el experto conocedor de su belleza.

No tengo, como algunos, por bibliófilo al coleccionista que reúne ejemplares raros por ser raros. El libro tendrá más precio, pero no más belleza, si es único. Recuerdo la conocida anécdota del rico bibliómano inglés que tenía a gala poseer ejemplares rarísimos en su biblioteca. Entre los que contaba un libro que tenía por único. Un día se entera de que en París había otro ejemplar de la misma edición. Al punto púsose en camino y se presentó en casa de su rival.

— Me aseguran — le dijo — que tiene usted un ejemplar de la obra *tal*.

— En efecto; está en mi biblioteca. Véalo usted.

El inglés lo palpa, lo examina, se convence de su autenticidad y ofrece por él 1,000 francos.

— Probablemente no los vale — contesta el otro —, pero no me dedico al comercio de libros, ni deseo desprenderme de ese.

— Doy por él 5,000 francos.

— Crea usted que lo siento, pero...

— ¡10,000 francos!

— Caballero, realmente...

— ¡15,000 francos!

— Pero si ya le digo que...

— ¡20,000 francos!

— ¡Vaya! Sería descortés rehusar ante tal insistencia. Suyo es el libro.

El inglés, triunfante, pagó sus veinte mil francos, examinó de nuevo el precioso ejemplar y con aire de gran satisfacción lo arrojó a una chimenea encendida en la estancia. El vendedor, creyendo que se trataba de un loco, precipitose a salvar el libro de las llamas; pero el inglés, deteniéndole, le dijo:

— Perdone usted. Yo también tengo un ejemplar de ese libro y estaba convencido de que era *el único*. Me equivocaba: pero ahora, no. Le doy a usted las gracias más expresivas.»

Para mí el inglés no era un bibliófilo: era un chiflado, que lo mismo hubiese pagado 20,000 francos por una contera *única* de bastón, o por un sello *único* de Correos, o por cualquier otra inutilidad sin par, pero también sin mérito y sin belleza. En el coleccionar por coleccionar, con prurito de tener ejemplares únicos, debe de haber algo patológico. Por lo menos hay un egoísmo menudo, poco simpático.

* * *

En cuanto artista, el editor es el creador de libros bellos, y un libro bello es un conjunto de elementos bien escogidos:

el papel de noble calidad, placer para la vista y para el tacto; la página bien proporcionada de márgenes, de interlíneas, con tipos claros y severos, cuya forma y tamaño armonicen con la forma y tamaño de la página; la impresión nítida; la tinta vigorosa; el texto cuidado y limpio de erratas y dislates; la ornamentación sobria y adecuada al carácter del texto y de la edición; la pulcritud cuidadosa de cada elemento, y esa armonía entre todos que da por resultado un conjunto equilibrado, de elegancia sencilla, *inexplicable a primera vista*, como la quería Brummel en el hombre bien vestido; y después la exactitud de cada operación manual o mecánica, la maestría depurada y experta del impresor y del encuadernador, atentos y obedientes a la batuta de quien dirige el libro. El verdadero editor sigue paso a paso cada fase de la edición con aquel interés de que hablaba el gran Aldo Manucio cuando decía: «Puedo afirmar, bajo juramento, que desde que me impuse el deber de imprimir correctamente los libros latinos y griegos (hace ya siete años) no he gozado, en tanto tiempo, ni una hora de reposo apacible.» (1). Acecha la terminación del libro con la impaciencia de comprobar si responde a la idea concebida. Todo artista conoce esa emoción indescriptible de contemplar la obra realizada. Haberla sentido es la prueba definitiva del editor. Su reválida, su título de maestro, el gesto paternal con que toma el libro, *su libro*, y lo examina, lo palpa, lo acaricia, lo abre, lo hojea, lo cierra de nuevo, le da vueltas entre las manos, lo mira a distancia, lo contempla de cerca otra vez y lo deja sobre su mesa complacido.

Algunas veces—pocas—cuando el libro sale a la luz pública, los críticos se fijan en la presentación editorial, la elogian por ventura. Y creerán muchos que ello halaga el interés comercial del editor, que lo agradece como reclamo autorizado y gratuito; pero yerran: el editor, si lo es de verdad, lo que agradece es la estimación de su obra, el reconocimiento del esfuerzo que puso en ella, y el grato cosquilleo que el aplauso produce siempre en la sensible vanidad de todo artista.

Precisamente esa doble personalidad del editor—artista e industrial—le priva de saborear con frecuencia esa dulce caricia del elogio público. De todas las obras de arte, ninguna que obtenga menos aplausos y galardones que el libro. Y esto es especialmente verdad en nuestro país, cuyos libros, aunque parezca extraño, suelen obtener más adjetivos laudatorios extranjeros que nacionales.

En cambio, el editor es el artista que más ocasiones tiene de recrearse en su obra. No ya solamente al mirar los escaparates, donde se destaca para él de entre tantas otras rivales, sino dondequiera: en la biblioteca del amigo, en la escena del teatro, en la antesala del médico, va encontrando ejemplares de *sus libros*.

El buen editor sabe apreciar la nobleza de su misión, que multiplica en muchas copias pulcras y elegantes la obra del genio. Sabe recrearse en el privilegio conmovedor, en la emoción profunda y delicada de recibir del autor glorioso su obra reciente, tierna aún, palpitante, y en leerla *del natural*, antes que nadie; sabe observar que un manuscrito inédito contiene, acaso, en potencia una obra inmortal, un Hamlet, un Quijote: como un niño contiene, acaso, en germen un Miguel Ángel, un Pascal; y por eso, como ante el niño, ante el manuscrito experimenta una emoción en la que hay respeto, y curiosidad, y esa atracción indefinible de todo cuanto es semilla de misterioso devenir.

Quien no sea apto para sentir el reflejo de tales movimientos psíquicos, quien reciba el original y lo tome a peso con una preocupación exclusivamente mercantil, no merece el buen nombre de editor.

Ni tampoco quien fabrique libros sin personalidad, libros expósitos o libros adulterinos, cuya morfología esté denunciando que su padre no es el que figura como editor responsable.

La actividad económica del editor tiene dos aspectos. Uno de ellos la asimila a otro industrial cualquiera; es decir, que ha de tener todas las cualidades que requiere la enmarañada complejidad de la vida moderna; ha de ser un poco financiero, un poco sociólogo, un poco político, un poco diplomático y

(1) Firmin Didot: *Ob. cit.*, pág. XLVIII.

bastante capitán; ha de tener algo de barómetro para presaber el tiempo que se avecina, y algo de sismógrafo para registrar las conmociones lejanas y reflejarlas en la conducta propia. Mas, juntas con estas cualidades, ha de tener las que resume la frase admirable de France que antes he citado: ha de ser «un ministro de bellas letras», y como tal, saber pulsar el gusto de los lectores, saber descubrir al autor antes de que la fama lo señale, saber luego atraerlo y encariñarlo con su editor; tener visión rápida y clara para juzgar las proposiciones que recibe; rodearse de colaboradores competentes y eficaces y encaminando a cada cual en la dirección más acorde con sus aptitudes, alumbrar, acaso, los filones de especial vocación que el escritor ignora o tiene en abandono; estar al tanto del movimiento cultural del mundo, y en especial de su patria; en suma, rodear a su empresa de cuantos elementos puedan contribuir a su mejor éxito, ya existan y sean susceptibles de aprovechamiento, previa o no, una labor de adaptación, ya cultivando viveros de aquellos elementos que no existan y que sea posible crear y desarrollar.

Todo esto, si ha de hacerse con eficacia, exige aptitudes especiales, formación sólida, atención vigilante, extensa cultura y una incansable, tenacísima actividad.

Las apuntadas tienen un carácter individual y un interés, por tanto, restringido. La que nos falta examinar es la más atrayente para quien no sea profesional de la edición, y es, como he dicho antes, el papel social que al editor compete, dados los elementos que su profesión le presta para influir de un modo positivo o negativo en la prosperidad espiritual y material de su país.

Socialmente consideradas, pocas, acaso ninguna profesión es más trascendental que la del editor. El problema social es un problema de educación, y la educación es un problema de cultura. El estado de la producción intelectual es el índice del nivel moral de un pueblo. Y es claro que ella depende de un modo primordial de los escritores: maestros y guías de la sociedad, moldeadores del espíritu público, encauzadores, —o desparramadores— de sus energías y de sus posibilidades. Pero la eficacia de un escritor está en razón directa de la difusión de sus obras; y la difusión de sus obras depende—supuesta, es natural, la condición de su propia fuerza expansiva—del editor. La influencia moral—benéfica o perniciosa—de un gran editor sólo es superada por la Prensa diaria, y aun esto en cierto modo, porque si el periódico tiene radio más amplio y eficacia más inmediata, el libro, en cambio, penetra más hondo y permanece. La historia nos enseña cómo todos los grandes movimientos sociales tienen su génesis en la literatura.

Cuando Aldo Manucio publicó sus ediciones de Esquilo, Sófocles y Eurípides, eran desconocidos estos padres de la literatura griega (1). Sínduda Manucio no había escrito *Las Coeфорas*, pero ¿de qué hubiera servido a la Humanidad moderna el genio del trágico griego sin el esfuerzo del editor que resucitó las obras olvidadas?

En nuestros días no es ya fácil este género de servicios a la sociedad (2), pero el editor tiene amplio campo para servir el público interés.

Una idea editorial acertada, una colección bien concebida, una innovación feliz en formato, en disposición del texto, o en otra circunstancia meramente editorial, pueden a veces producir incalculables beneficios a la cultura pública. Refiriéndose a un formato especial que Aldo Manucio introdujo en su época, dice su biógrafo Didot: «Sólo por esta innovación hizo Aldo más por el progreso de las letras que los más sabios profesores.» (3).

Puede y debe el editor seguir atentamente el movimiento de la literatura universal, descubrir las lagunas que haya en la del propio país y tratar de remediarlas, ora estimulando la producción nacional, ora haciendo verter de otros idiomas los libros ya existentes y difícilmente superables con los elementos propios.

(1) Firmin Didot: *Ob. cit.*, pág. XLV.

(2) En París se publica actualmente una *Collection des Chefs d'Oeuvre Méconnues* y en efecto, todas las obras son *méconnues*; en cambio la mayor parte no son *chefs d'oeuvre*...

(3) *Ob. cit.*, pág. LII.

« En no pocas ocasiones — dice un tratadista alemán — es el editor quien sugiere a importantes hombres de ciencia o especialistas la idea de hacer accesibles a círculos más extensos que el de sus inmediatos discípulos los resultados de sus investigaciones, logrando interesar en éstas a personas antes alejadas de ellas, que en lo sucesivo contribuirán a su continuación, formando un grupo de auxiliares que quizá, siendo muchos, consigan lo que al hombre aislado le hubiera sido imposible. Con frecuencia también es el editor el que abre el camino a jóvenes talentos, dándoles la posibilidad de llegar con más rapidez a la producción artística o científica.

» Es igualmente misión del editor no sólo averiguar las necesidades espirituales del público, sino crear y satisfacer al mismo tiempo nuevas necesidades. » (1).

Es, en suma, facultad y deber del editor formar y depurar la cultura científica y práctica, el gusto literario y artístico de sus conciudadanos, mediante la realización de una obra editorial cada vez más amplia, más cuidada, más perfecta.

Pero aquí surge un problema. La misión social del editor, ¿ha de ser un resultado adjetivo o una finalidad directa y definida?

El examen de esta cuestión exigiría molestaros mucho más tiempo — y ya lo he hecho con exceso sobrado — para dilucidar cuál habría de ser la actitud del editor en las tres posiciones que la finalidad social puede adoptar respecto del interés industrial del editor, a saber: paralela, divergente y contraria.

Sería pueril pretender que el editor convierta su empresa en una obra de beneficencia perjudicial para sus intereses. Ni aun con su voluntad de hacerlo así sería ello factible, salvo en el caso de un capitalista filántropo que eligiera esa plausible forma de hacer el bien.

Pero hay algo, a mi juicio, obligatorio para el editor honesto y digno; y es la abstención de toda empresa beneficiosa para su interés particular, pero perjudicial para el público interés.

En consecuencia, no merecerá, a mi juicio, el nombre de editor, sino el de mercader deshonesto, quien, incapaz para distinguir entre lo que enaltece al hombre y lo que le degrada, envilezca el libro haciéndole inmundo por dentro o por fuera.

No merecerá el nombre de editor quien no sepa ver en el libro más que una mercancía neutra, asimilable a los paraguas, a los garbanzos o a las camisetas.

No merecerá el nombre de editor quien no acierte a distinguir la calidad específica, diferencial de esta industria, quien desconozca su papel social, su alteza intrínseca.

* * *

Breves palabras, para terminar, sobre la vida editorial española. Fácil es resumirla. España es un país donde apenas se escribe y donde apenas se lee. ¡Eldorado de los editores!

Digo que casi no se escribe y comprenderéis que ni olvido a los escritores contemporáneos que todos recordáis, ni les guardo menos admiración y respeto de lo mucho que merecen. Pero si se hace un recuento, adviértese en seguida que la cantidad no está en proporción con la calidad. Hay, sólo en Madrid, cerca de setenta editores matriculados. ¿Me diríais siquiera la mitad de escritores indiscutiblemente de primera fila? Creo que no; más aunque fuera: ¿pensáis que con medio escritor puede cada editor tener bastante?

Importa, aunque sea triste, recalcarlo, para mostrar qué especiales y tremendas dificultades se añaden para el editor español a las que encuentran sus colegas de otros países.

Sí, señores: casi no se escribe ni se lee en España. No hay en España sino algunos raros hombres extraordinarios que parecen haber nacido para que sea más violento el contraste de su altura con la enanez punto meños que uniforme de sus conciudadanos.

Y por desgracia, no parece ser un eclipse, sino una larga pobreza de la raza.

« Piense cada cual, he dicho en otro lugar (2), en una manifestación cualquiera de la actividad humana: las ciencias naturales, la filosofía, el arte, la estrategia, la política, la pedagogía, la literatura, la Banca, el *sport*. Si no en todas, en alguna de ellas será fácil recordar grandes nombres franceses, ger-

manos, italianos, sajones, eslavos, escandinavos... Pruébese luego a encontrar apellidos españoles en calidad y cantidad proporcionadas y de *universalidad semejante*.

» Consúltense los catálogos donde figuran las obras universales del ingenio humano. Se encontrará el *Quijote*; y, por cierto, con frecuencia, en calidad de ¡libro infantil!, reducido, claro está, a unas breves páginas insulsas. Y nada más o casi nada más. España está ausente, como lo estaba, casi sin excepción, en los Congresos, en los Certámenes, en las Exposiciones Internacionales de antes de la guerra.

» Anemia nacional, escasez de hombres, penuria de elementos, pobreza, pereza, ignorancia. Esta ha sido la situación general española durante mucho tiempo. Y con esos factores no hemos podido aspirar a una personalidad brillante, ni hemos estado en condiciones de exportar espíritu; porque el mecanismo de la exportación espiritual es como el de la material, un indicador de la abundancia, de la riqueza, de la vitalidad, de la personalidad. »

Tomemos como ejemplo a los novelistas nacidos y muertos en el siglo XIX; en el siglo de Byron, de Goethe, de Stendhal, de Poe, de Balzac, de Dickens, de Flaubert, de Hugo, de Tolstói, de Dostoyevsky. ¿Qué contribución ha dado España a la lista gloriosa de tantas inmensas figuras inmortales y universales? ¿El talento burgués de narrador ameno y periodístico que fué Alarcón? ¿La corrección académica de Valera el *diletante*? No llamaremos universal a Pereda, para quien ya el concepto literario de español resulta ancho.

Nadie, pues; *nadie*; ¡nadie! (1). En España misma, esos tres escritores llevan largos años en el triste estado de las cosas que ya son viejas, pero que nunca serán antiguas.

Y si descendiendo no un escalón, sino varios tramos de escalera, pretendemos flamear con el nombre solitario de Leopoldo Alas, tenemos que retroceder abrumados por el aluvión de nombres que se nos viene encima: Walter Scott, Manzoni, Turguenev, los Goncourt, Jorge Sand, Merimée, Fromentin, Vigny, Musset, Daudet, Maupassant, Nodier, Zola, Barbey d'Aurevilly... Y el menor de ellos es, universalmente, figura superior a la de *Clarín*, con ser éste, en opinión de algunos, el más vigoroso y perdurable ingenio literario de los cuatro citados españoles.

En el momento actual es sintomático lo que ocurre cada vez que se celebra un concurso literario en busca de nuevos talentos: indefectiblemente resultan premiadas firmas conocidas. Que son las mismas que vemos en los periódicos, y en el teatro, y en las revistas, y hasta en las traducciones. Treinta o cuarenta escritores que *hacen a todo*, porque si no lo hacen ellos nadie lo haría.

Se pueden citar en España veinte, cuarenta libros recientes interesantes; se pueden hacer tres, cuatro números de Revista variados y atractivos. Pasada esa cifra... hay que comenzar otra vez a dar la vuelta.

No hay ni traductores. Esto os parecerá increíble, y a mí me lo parece muchísimo más; porque no hay trabajo tan solicitado, ni hay día en que los editores no recibamos varias peticiones de trabajo de traducción, ni hay pariente o amigo que no nos haya recomendado con interés algún aspirante. A pesar de lo cual, si se acelera en un momento dado la marcha de los trabajos de traducción, es un problema encontrar entre los infinitos aspirantes alguno que reúna todas las condiciones necesarias. En cambio es frecuentísimo tropezar con sujetos que justifican aquello de *traduttore-tradittore* y no es raro, ni mucho menos, recibir traducciones llenas de insignes y a veces increíbles desatinos. No resisto la tentación de leer dos casos de cuya autenticidad no dudaréis, porque no hay imaginación capaz de inventar tanta desaprensión y tal estolidez.

En el primero se trataba de un libro de recetas de cocina: *Cien maneras de preparar las legumbres*. Los disparates eran legión: pero ninguno tan extraordinario como éste. Decía el texto francés: « Se ponen guisantes en muy poca agua », o sea *On met des pois dans très peu de l'eau*. Y la versión decía: « Se ponen dos guisantes en tres poquitos de agua ».

El segundo es aún más formidable. Me estremezco cada vez que recuerdo que aquella traducción estuvo a punto de publicarse, porque estaba admitida y revisada nada menos que

(1) Max Paschke y Philipp Rath: *Lehrbuch des deutschen buchhandels*.
(2) *Información Hispana*, septiembre 1920.

(1) Galdós y Emilia Pardó Bazán han producido obras importantes, muy dentro del siglo XX.

por dos correctores y la vimos por casualidad antes de ir a la imprenta.

Era una de esas novelas de Gyp, la fina y celebrada escritora francesa, en que toda la obra es un personaje femenino lleno de seducción y simpatía. Este personaje, *Bijou*, es decir, *alhaja*, daba nombre a la novela. *Bijou* — que traducimos *Monina* —, era una muchacha deliciosa, alegre y bonita, que a su encanto debía el nombre familiar de *Bijou*. Ni un instante está ausente de la novela la silueta de la muchacha, su encanto, su bondad, su gracia, su atractivo. Ahora veréis por qué insisto en ello. Al final, Monina se casa. Termina el libro con el desfile del cortejo nupcial; y las últimas palabras del último capítulo son dos frases con que unos espectadores del desfile comentan y subrayan, una vez más, las dotes sin par de Monina. Dice el texto :

«Un cochero de punto que había entrado en la iglesia para ver la boda, exclamó al ver pasar a Monina :

«—*Nom d'un chien! ce qu'elle est chouette, la mariée!*

Que podría traducirse por una equivalencia igualmente popular :

«— ¡Mi madre! ¡Lo preciosa que es la novia!

«A lo que un mozo de labranza de la alquería de Lavenue respondió con acento de convicción :

«— *Est-ce pas? Eh bien, elle est encore meilleure qu'elle n'est chouette!!!*

o sea :

«— ¿Verdad que sí? ¡Pues aun tiene más de buena que de bonita!!!

Y ahora escuchen ustedes la versión castellana de nuestro traductor (que por cierto había sido recomendado por un literato) :

«Un cochero de punto entra en la iglesia para ver «la boda» Y al pasar Monina exclama :

«— ¡Cristo!... la novia... ¡qué mochuelo!...

«A lo que un criado de la alquería de Lavenida responde convencido :

«— ¿Verdad que sí?...

«— ¡Lo que tiene de mejor... no es mochuelo!...

No acabaría si contase los mil incidentes y las dos mil dificultades que en España produce cada libro por falta de elementos competentes auxiliares de la edición. El editor habría de ser Argos y Minerva en una pieza para atender debidamente a tanto detalle y poner remedio perfecto a tanto descuido.

Por eso cuando el editor español presencia el mecanismo que tiene a su servicio algún colega extranjero, queda maravillado y envidioso de la facilidad con que allí se trabaja, con plétora de auxiliares bien preparados para cada cometido, que dejan los asuntos en disposición de despacharlos con un rápido visto bueno.

En cambio, me complace declararlo; tenemos un elemento que en nada tiene que envidiar a los extranjeros; son los ilustradores. No descubro ningún secreto al decir que los dibujos de Bartolozzi, de Penagos, de Zamora, de Robledano, de Ribas, de tantos otros, compiten y aun aventajan en ocasiones a los mejores de otros países.

Pero no tenemos buenas imprentas suficientes, ni suficientes buenas litografías y encuadernaciones; ni papel comparable al extranjero; ni fotograbadores que trabajen con perfección los modernos procedimientos. No conozco un solo establecimiento de Artes Gráficas verdaderamente completo. En cada uno de los mejores hay elementos estimables; pero ninguno tiene el perfecto material servido por la perfecta competencia, y en la cantidad necesaria para la producción española.

Así el libro resulta no más que medianamente hecho, sólo a costa de infinitos esfuerzos y sinsabores, y, por supuesto, con un precio de coste siempre más elevado de lo que corresponde a su calidad.

Terminados los esfuerzos de producción comienzan ¡ay! los esfuerzos de venta.

Parece que hubiera una conjuración para hacerla anémica y raquítica.

En España el libro es el artículo de lujo por esencia; pero de lujo solamente en lo que esta palabra tiene de desfavorable para el productor; es decir, que el libro es artículo de lujo para dejar de comprarlo en cuanto hay sombra de motivo; y no es artículo de lujo para que su venta reciba el apoyo de la vanidad y de la ostentación, que son tan eficaces protectores de los joyeros, de los peleteros, de los modistos, etc.

Tampoco es artículo de primera necesidad. Al contrario: lo último que se incluye en el presupuesto del español son los libros, cuando se incluyen. Para leer no suele haber tiempo; y si lo hay no falta en casa algún libro que se puede hojear de nuevo. Si no lo hay en casa, lo habrá en la de un amigo, y, en último caso, en una biblioteca pública cualquiera. Comprar el libro es un recurso último, digamos desesperado, al que casi nunca es necesario acudir.

Cuando uno necesita un bastón, unas espuelas, un tintero, ni lo pide prestado, ni mucho menos gratis a quien lo vende.

Pero si lo que se busca es un libro, habrá toda una serie riquísima y variada de procedimientos para obtenerlo gratis; y sólo en caso extremo, excepcional y lamentable, será necesario entrar en la librería y comprarlo. Antes se preguntará a los amigos si lo tienen; si entre ellos está el autor, se le pedirá, no sólo con llaneza, sino con un aire de reproche por no haberlo regalado ya espontáneamente; algunos, hasta al editor se lo piden a poco pretexto que puedan alegar.

Todos los editores hemos recibido infinidad de cartas en que se nos decía: «Sé que ha publicado usted la obra tal. Creo que es muy interesante. La leería con mucho gusto si usted es tan amable que me regala un ejemplar de los destinados a propaganda.» Sin embargo, ese mismo sujeto sería incapaz de interpelar a su proveedor de comestibles con palabras semejantes a éstas: «Me han dicho que ha recibido usted unos macarrones extraordinarios. Con mucho gusto los probaría si usted es tan amable que me regala medio kilogramo.»

Pero aun si entre los amigos no hay medio de obtener el libro, el presunto lector puede obtenerlo gratis en cualquier biblioteca pública. En cambio, sería inútil buscar un establecimiento público en el que se obtenga gratis el préstamo de un tintero, de unas espuelas, de un bastón.

Raro es el día en que el correo del editor no trae peticiones de libros regalados.

Se funda un centro benéfico o cultural cualquiera. La Junta inmediatamente hará su presupuesto para adquirir los enseres necesarios. Hacen falta sillas, mesas, percheros, lavabos... A nadie se le ocurre dirigirse a los respectivos fabricantes pidiéndoles que, en vista del carácter benéfico, se dignen enviar gratis los percheros, los lavabos, las mesas y las sillas. Pero llega el capítulo de libros, y surge inevitable la circular a los editores «haciendo un llamamiento a su reconocida generosidad» para poblar la exhausta biblioteca de la flamante institución, «favor que no dudan recibir dado su amor a la cultura», etc., etc.

Y así, cuando las circunstancias encarecen la producción del libro, el editor no puede elevar el precio en proporción con lo que ha subido el coste, porque ello equivaldría a facilitar a los escasos héroes compradores un pretexto excelente para dejar de serlo.

La guerra europea, que fué torrente de oro para tantas industrias, no castigó a ninguna tan duramente como a la del libro. Simultáneamente se produjo una restricción formidable en el consumo y una elevación más formidable aún en el coste de producción.

«He aquí algunos de los aumentos que hemos tenido que aceptar, decía, en octubre de 1920, el Presidente del Círculo



de la Librería y del Sindicato de editores de Francia : papel, 1,000 por 100; impresión, 400 y 500 por 100; encuadernación, 300 a 400 por 100. Sin contar el aumento de gastos generales que sufrimos, como todas las industrias y todos los comercios, en este momento. El libro que vendíamos a 3'50 debiera hoy venderse, tratándose de tiradas medias, a 12 francos.» Todos recordamos las protestas que se produjeron cuando se subió ese precio, no a 12, a 7 francos. En España no hemos llegado a ese precio; no hubiera sido posible. «El aumento de precio del libro español — decía en la misma fecha la *Revista de la Cámara de Comercio Argentina en España* —, puede calcularse en un 20 ó 25 por 100. El del libro francés en un 80^a a 100 por 100.»

En el último *Bulletin du Livre Français* publica M. J. P. Belin un artículo sobre los libros publicados en Francia en 1921. En él se apuntan datos estadísticos sobre los autores que más se venden hoy en el país vecino. Son Rostand, Anatole France, Pierre Loti. Hasta ahora tenían el *record* las obras de Zola. De esta cifra pasan ya las de los otros autores citados.

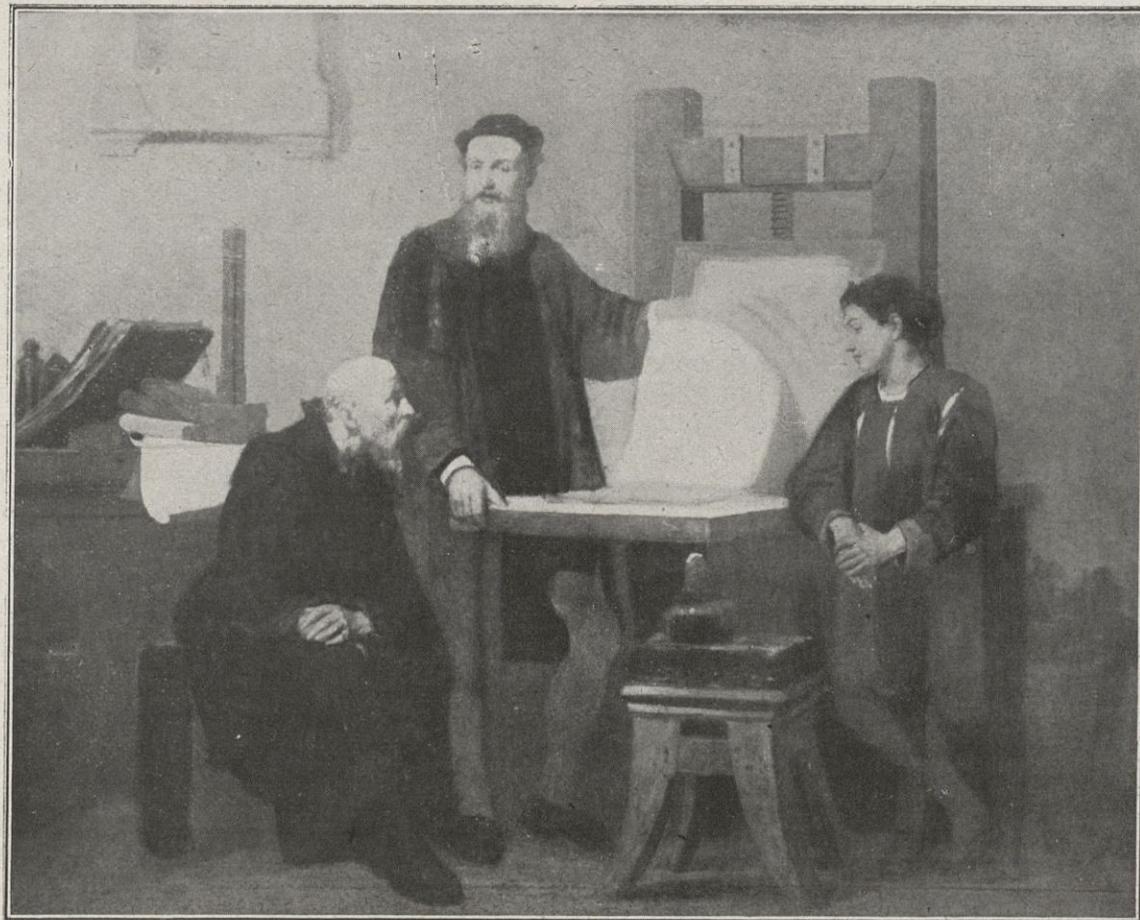
¡Trescientos mil ejemplares! A un editor español esa cifra le suena a imposible fabuloso, y ya se ve que, aun para el editor francés, es venta excepcional lograda por los autores predilectos del público a través de docenas de años y de una venta que alcanza al mundo entero. Pues pensemos ahora en un negocio de géneros de punto; supongamos un modelo de calcetines con patente en el mundo entero y con un éxito universal equivalente al que alcanzan en el mundo las obras del único Anatole France que existe. ¿Quién podría calcular la cifra fantástica que sumarían las ventas en treinta años?

A su lado los 300,000 ejemplares de esos libros serían una cantidad ínfima. Y he puesto un ejemplo de mercancía menuda. Pensad en otra de precio elevado: máquinas de coser, máquinas de escribir, automóviles... La cifra de ventas del coche Ford o de la máquina Singer en doce meses excede seguramente de la cifra que hayan alcanzado en veinte años Anatole France, Pierre Loti y Edmond Rostand. Y, sin embargo, ¡qué contentos aceptarían esa cifra nuestros más admirables escritores!

En otros países de vida intelectual y material más rica, de población más cultivada, de industria más antigua y floreciente, hay más autores, más libros, más y mejores elementos de producción, más, muchos más, compradores de libros. En España, pobres de todo, los editores españoles tratamos de suplir las deficiencias nacionales y las propias nuestras con grandes acopios de entusiasmo, con derroche sin tasa de buena voluntad. Y ello no siempre en balde. España puede presentar sus libros en el extranjero, no ya sin timidez, sino con orgullo. Dulce compensación de muchos sinsabores ha sido el recoger esa declaración de editores y periódicos de los grandes países que marchan al frente de la civilización.

Si luego de oírme pensáis que me equivoco, ved que es de buena fe, con entusiasmo, y disculpadme. Disculpad la ilusión de un trabajador humilde, que se obstina en descubrir en su labor diaria la posibilidad de hacer algo útil a su país; que se obstina en poner su pan cotidiano en línea recta con una aspiración de cultura y de belleza.

Rafael Calleja



MUSEO PLANTIN DE AMBERES .. Juan Gutenberg presenta las primeras pruebas de su maravilloso invento



NOTABILIDADES INDUSTRIALES

En todos los órdenes de la humana actividad, así en el campo científico, como en el artístico y en el industrial, tiene España notabilidades que de ser debidamente conocidas, fueran orgullo de propios y admiración de extraños. Atento siempre MERCURIO a cuanto puede facilitar aquella divulgación, que ha de redundar necesariamente en beneficio de los intereses generales, cree oportuno aprovechar estos momentos de concentrada atención sobre nosotros, para hacer somera reseña de algunas casas, que, a fuer de indiscutible primacía, merecen tal distinción por derecho propio.

Arturo Pedrerol, Sucesor de Pedrerol y Mir. — Con este acreditado nombre es conocida en todos los mercados del mundo esta importantísima fábrica de conservas de todas clases (excepto las de pescado), ya que entre las múltiples empresas que en España se han dedicado a la industria conservera, desde muchísimos años, la firma A. Pedrerol ocupa por derecho propio uno de los primeros lugares a la vanguardia de los más sobresalientes.

Fundada esta casa a primeros del pasado siglo, ha pasado por sucesivas transformaciones y cambios de razón social, pero llevando siempre la delantera en seriedad, cantidad y selección de los artículos de su elaboración, ya que su marca era la mejor garantía del producto, preferido por los conocedores.

La integridad de su conducta comercial y la inteligencia y celo desplegados en el desarrollo del negocio, a través de los años, por los propietarios de esta honrosa firma, le han granjeado, tanto como la bondad de sus artículos, el decidido favor del público en Europa y América, y sus operaciones anuales alcanzan a cifras muy elevadas.

En 1848-65 el promedio de la producción fué de 18 a 20,000 envases construídos anualmente, en hoja de lata y cristal; en 1866-80 alcanza ya un promedio de 80,000 a 90,000 botes; de 1885-95 la producción se elevó a la cifra de 250,000 botes, y así fué creciendo hasta llegar a los 500,000; más tarde a 800,000, y ya en 1915 rebasaba la cifra de un millón de botes, cantidad que ha ido creciendo con el aumento de la demanda y del crédito de la casa.

Las fábricas de esta firma, su maquinaria y utillaje, los procedimientos técnicos de elaboración, la dirección y mano de obra, materiales, frutos empleados y elementos auxiliares, todo es de primer orden y de lo más perfecto y moderno que se conoce, pudiendo asegurar, en justicia, que la industria que ha conseguido poner en tan sobresaliente estado don Arturo Pedrerol Dardé, puede ponerse orgullosamente al lado de las mejores del mundo y seguramente la comparación le sería favorable.

Compañía Fabril de Carbones Eléctricos. — Esta importantísima empresa fabril y comercial, consagrada a la elabo-

ración y venta de **aglomerados de carbón artificial para la electricidad**, tiene establecidas sus fábricas en San Vicente de Castellet (provincia de Barcelona). Son las únicas de éste género existentes en España, y aventajan quizá en importancia, sistemas de organización y calidad del producto, a las más renombradas del extranjero. Los edificios y dependencias ocupan un área considerable de terreno, formando un pequeño pueblo coronado por los humos que se escapan continuamente por las ocho chimeneas que los rematan.

El despacho central, almacenes y oficinas, situado en Barcelona, calle de la Diputación número 225, concentran todo el movimiento comercial y burocrático de la gran empresa, entendiéndose directamente con las filiales agencias que para el mejor servicio de su enorme clientela en el extranjero se ha visto obligada a establecer en Lyon (Francia), Bingley (Inglaterra), Milán (Italia), y otras que van invadiendo poco a poco todos los mercados de Europa y América por la bondad de sus productos.

Las seis baterías de hornos circulares, con los otros elementos de complemento, forman un conjunto admirable por su perfecta disposición, por la superioridad de los distintos modelos que los integran y por su fuerza productiva, utilizan una fuerza de 1,000 caballos, desarrollando sus gasógenos una potencia equivalente a 3,000 HP.

La producción actual es de 6,000 toneladas de electrodos para usos electrometalúrgicos, y 2,000 toneladas de carbonillos para arcos voltaicos, que son destinados a la exportación después de servir las necesidades del mercado nacional.

Son principal objeto de su fabricación, única en España, los siguientes materiales: **Electrodos** para usos electrometalúrgicos y para la electrólisis, redondos y cuadrados, de todos los diámetros y secciones, de una longitud máxima de dos metros. Suministra también electrodos modernos con uniones roscadas en carbón. **Carbones** para arco voltaico y cinematógrafo, marcas A para arcos de dos en serie a 110 voltios; **sirius** calidad especial para arcos de tres en serie a 110 voltios; **sirius color** especial para arcos de efectos de llama; **cine**, calidad superior para arcos de proyecciones. **Escobillas** para dinamos. Marcas O, calidad extradura y OO, semidura. Cobrización, niquelaje y toda clase de terminales, planchitas o tubitos flexibles de cobre. **Pilas** secas y húmedas de todos los sistemas. **Muelas** de esmeril para afilar. Procedimiento cerámico y en general de toda clase de **carbón aglomerado para usos eléctricos**.

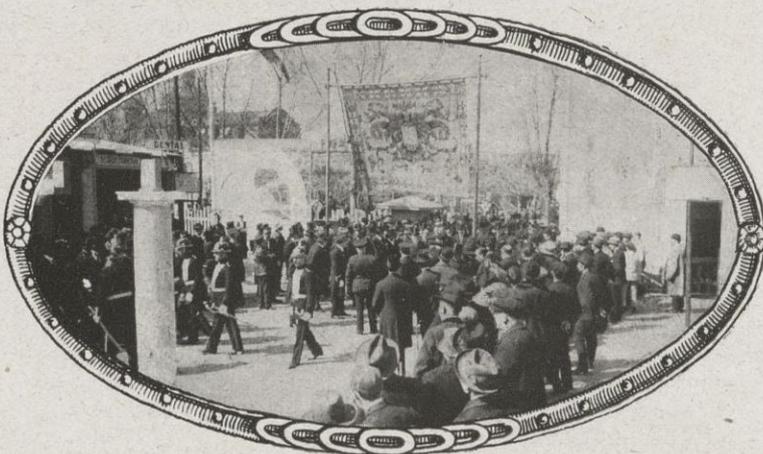
La Compañía Fabril de Carbones Eléctricos, S. A., constituyóse en 1905 para proveer a las industrias eléctricas de Cataluña y España, de materiales que recibían únicamente del extranjero, y este alto ideal patriótico se consiguió rápidamente, con tal amplitud, que bien pronto pudo no sólo cumplimentar aquel noble propósito, sino llevar el exceso de su

producción a los mercados extranjeros, donde son preferentemente solicitados todos los artículos que la componen.

Justo motivo de orgullo debe ser esto para nosotros, dado que esta importante casa es integralmente española en sus orígenes, en su capital, en su organización admirable y en su inteligente e insuperable Dirección técnica y administrativa.

Compañía General de Asfaltos y Portland «Asland». — El insigne prócer catalán, excelentísimo señor don Eusebio Güell, Conde de Güell, cuya muerte jamás llorará bastante nuestra tierra, fundó en julio de 1901 la **Compañía de Asfaltos y Portland «Asland»**, que fué y es la más importante de España, tanto por su instalación como por su producción.

La primitiva fábrica se halla situada entre Castellar d'en Huch y la Pobra de Lillet, en los confines de la provincia de



Inauguración de la Feria

Barcelona y a 5 kilómetros de las fuentes del Llobregat, del cual toma un salto de agua de 3,000 caballos de fuerza.

El edificio-fábrica es una maravillosa obra arquitectónica y está compuesta de siete cuerpos escalonados o pisos, que se alzan siguiendo la vertiente de la montaña en que se apoya, y entre los que está distribuida la instalación que comprende: Hornos giratorios automáticos, aparatos para el tratamiento de la roca cruda, para su trituración, pulverización, el secado, la cocción y el enfriamiento y, por último, para la pulverización definitiva. Alguno de estos cuerpos escalonados o pisos tienen hasta 149 metros de largo por 35 de ancho.

El proyecto de fábrica y construcción fueron estudiados para una producción de 60,000 toneladas. La instalación de la maquinaria y de sus tres hornos rotatorios capaces de producir 60,000 toneladas anuales, fué la primera que tuvo lugar en Europa, y la experiencia ha demostrado la superioridad de este sistema, siendo hoy el empleado en todas las grandes fábricas del Continente.

Instalada toda la maquinaria en 1904 empezó la fabricación de cemento «Asland», y a los cuatro años (1908) alcanzaba ésta el máximo, o sea la cifra de 60,000 toneladas.

No pudiendo con esta cifra satisfacer la creciente demanda del producto, acordó la Compañía la instalación de un cuarto horno, de potencia extraordinaria, puesto que por sí solo produce 37,000 toneladas, y era igual a los mayores que en aquella época (1909) se habían construido en los Estados Unidos y también mayor que ninguno de los hasta entonces colocados en Europa.

Desde entonces produjo la fábrica de Pobra de Lillet muy cerca de las 100,000 toneladas anuales, rebasando siempre de 95,000.

Las necesidades del mercado y el crédito enorme del cemento marca «Asland» que hacían a esta Compañía poseedora siempre de pedidos muy superiores a su producción, la obligaron a pensar en la construcción de otra fábrica, lo que realizó pronto, situándola en el conocido Turó de Moncada, y dotándola de todos los adelantos modernos y los que le sugerían su experiencia industrial.

Ya en su primer año de producción, la nueva fábrica de Moncada pudo producir y vender más de 40,000 toneladas de

cemento, permitiendo ello esperar que, al normalizarse la situación presente, igualaría en producción a la primitiva fábrica y llegándose así a una producción de 200,000 toneladas anuales, conservando de esta manera la primacía en el mercado nacional y equiparándose a las mayores del extranjero.

Es verdaderamente el de la **Compañía General de Asfaltos y Portland «Asland»** un caso hermoso de lo que pueden el patriotismo y la inteligencia, servidos por una voluntad firme y decidida.

Costa, Florit y Compañía, S. en C. — Entre las varias industrias que han tenido un gran desarrollo en nuestro país, pudiendo alcanzar notable preponderancia en épocas mejores, que no han de tardar en volver, afortunadamente, figura sin disputa la gran fábrica de vidrio hueco, que desde tiempo muy antiguo poseen en Badalona los prestigiosos industriales señores Costa, Florit y Compañía, edificio de colosales proporciones y montado con arreglo a los más modernos procedimientos seguidos en los países más adelantados en este arte.

La especialidad de esta notable casa, en la que quizá no es superada por ninguna del país ni del extranjero, consiste en la fabricación de botellas, garrafas y garrafones de todos tamaños y para todos los usos: *Bombonas*, hasta de 64 litros, artísticamente forradas y con tubulatura para canilla. — *Garrafones*, con gargantillas refinadas y sin refinar, hasta 32 litros de cabida. — *Garrafoncitos*, planos y redondos, vestidos con tejido de paja. — *Garrafones forma mallorquina*, forrados de junco fino. — *Botellas*, para aguas minerales, vinos, licores, cervezas y gaseosas, fabricadas en los tres tonos de color, verde obscuro, amarilloverdoso claro, y semiblancas.

La producción de los hornos de fusión es importantísima, pudiendo señalarse la del horno número 2 en 10,000 botellas diarias, y en 9,000 la del número 1, siendo muy considerable el número de obreros ocupados en los extensos talleres y departamentos de la fábrica.

Son curiosas las diversas secciones de forrado de garrafones, en las que habilísimos obreros revisten con arte y rapidez maravillosos miles de envases diarios, de todas formas y dimensiones.

Apilados en los patios forman montañas los envases, libres o forrados, bombonas, garrafones y botellas que cargan diligentemente los carros para trasladarlas al puerto o a las estaciones de los ferrocarriles, desde donde son expedidas diariamente a todas las plazas de la Península, del extranjero y aun de Ultramar.

El renombre y crédito industrial de la firma Costa, Florit y Compañía, S. en C., es proverbial entre el comercio del mundo entero, y la estima de los productos de su marca es general, así por la perfección, solidez y limpieza de los artículos, como por la exactitud y seriedad en el cumplimiento de sus compromisos y transacciones.

Honran, efectivamente, el nombre español y son sus mejores paladines estos industriales, que venciendo todas las contrariedades y pese a los obstáculos de todo orden que las circunstancias a veces, y a veces los desaciertos de los directores de la cosa pública, ponen a su paso, saben con potente voluntad, abnegación y constancia resolverlos y triunfar por encima de todo.

Durán y C.^a — Elaboración y exportación de aceites puros de Oliva. — Jaime Giralt, 13, Barcelona. — Más de tres cuartas partes del aceite de oliva que se consume en todo el mundo son de producción española, por más que una parte de éste vaya disfrazado con etiquetaje exótico para disimular su origen. España es la nación clásica del rico producto, y a su cultivo, manipulación y comercio se dedican en toda la Península capitales enormes y firmas de reconocido prestigio.

Andalucía y Cataluña van indudablemente a la cabeza de este movimiento agrícola, industrial y comercial, tanto por el número de hectáreas cultivadas en olivar, como por el número de fábricas de extracción y refino y volumen de exportación.

Entre las firmas de más sólido y antiguo abolengo, en el comercio de aceites, hallanse en primera fila la casa Durán y Compañía (antes Durán y Fosas), que tras largos años de

sostenidos esfuerzos, pues fué fundada hace un siglo (1825), improba labor y cuantiosos capitales empleados en estudios y mejoramiento de la industria, consiguió ganar el primer puesto entre los elaboradores, de tal modo que hoy el aceite **Durán**, especial y selecto, es la marca favorita y predilecta por los comerciantes y *gourmets* en todos los mercados de Europa y América. También es reputada como de primera la marca **Fontanilla**, extrafino virgen, cuya aceptación ha sido unánime, por su transparencia y finura de sabor.

Los señores **Durán y C.^a**, a los profundos conocimientos que del negocio de aceites tienen como pocos, reúnen las condiciones de actividad y tacto que caracterizan a los grandes hombres de negocios, gozando de una reputación mundial de íntegra seriedad, que hace de su firma una institución, dentro y fuera de su ramo de negocio.

No es extraño, pues, que el volumen de sus operaciones alcance anualmente cifras muy considerables y no sufran quebranto ni paralización sus negocios, así en el interior como en el exterior, a pesar de los tiempos de prueba por que pasa el comercio mundial.

El éxito en los negocios no sólo acompaña a los audaces en el buen sentido de la palabra, sino que es compañero inseparable de la austeridad, la inteligencia y la perseverancia.

José Freixa. — Una de las firmas de mayor prestigio, entre las muchas notables con que se honra la ciudad de Tarrasa, emporio fabril de Cataluña, es sin disputa, la que nos ocupa y que dirige con sin igual acierto don José Freixa y Argemí, reconocido unánimemente como uno de los fabricantes de mayor actividad y más sólidos conocimientos y experiencia en su difícil arte.

Fundada la casa en el último tercio del pasado siglo, pasó en 1900 a ser propiedad exclusiva del mencionado don José Freixa, y desde sus comienzos viene dedicada a la fabricación de peinajes, hilados y tejidos de lana y estambre, constituyendo uno de sus mayores triunfos el haber sido la única que ha elaborado, en nuestro país, el tejido denominado *alpaca*.

La fábrica de tejidos de estambre de don José Freixa, de Tarrasa, puede contarse con orgullo entre las primeras de España, así por su nutrida maquinaria (de los modelos más perfeccionados y recientes) como por el volumen de su producción, que alcanza a un millón de kilogramos de lana elaborada en piezas de hilatura o textiles.

Los tejidos de esta importante fábrica se especializan en los géneros para caballero, siendo innumerables las clases que en ella se elaboran, comprendiendo todos los matices y modalidades, desde los tipos medianos hasta los más finos y selectos.

Abarcan los negocios de esta casa todos los mercados, ya que no sólo la Península absorbe en cantidades considerables sus artículos de selección, sino que se los disputan igualmente las grandes plazas de la República Argentina, Chile, México y Antillas, extendiendo aún sus relaciones comerciales a los países de Oriente, a Italia y al Japón.

Secundan la acertada dirección del jefe, sus hijos don José, don Narciso y don Joaquín Freixa y Ubach, quienes aleccionados en tan excelente escuela rivalizan en celo, actividad e inteligencia, y continúan brillantemente la honrosa historia de laboriosidad y virtud, tradicionales en la casa de que han de ser, en lo porvenir, continuadores.

El edificio-fábrica ocupando una extensión considerable, es una maravilla, así en su distribución como en su organización técnica, reuniendo todas las condiciones de salubridad y comodidades deseables, para la fácil y rápida ejecución de las variadas y complejas operaciones que de su funcionamiento se derivan.

Las oficinas y almacenes, en edificio aparte, situado en el centro de la ciudad, es notable por lo elegante y señorial de su portada y lo amplio y elegante de sus naves, rodeado de frondoso jardín, constituyendo en conjunto una nota artística y también uno de los más bellos edificios de Tarrasa, demostración palpable del acierto y refinado buen gusto de su propietario, que seguramente ha querido recordar, en él, algo de lo mucho que ha visto y elogiado en sus correrías mercantiles por todo el mundo.

J. Marly, Agencia de Aduanas, tránsito internacional, comisión y consignación. — Rambla de Santa Mónica, 12, pral. — Constituida en 1 00 esta importante casa, eficazísimo auxiliar del comercio regional, alcanzó rápidamente uno de los primeros puestos entre sus similares, tanto por la actividad y tacto en sus operaciones, como por lo completo de su organización, que le atrajo bien pronto la confianza de las principales casas comerciales, al darse cuenta de las ventajas que en rapidez, seguridad y economía les reportaba la gestión del señor Marly.

En conexión con todos los puertos y grandes centros comerciales del mundo, tiene una de sus principales oficinas-sucursales en el importante puerto de Liverpool (11, Old Street), entre cuyo centro y Barcelona se realizan, como es sabido, importantísimas operaciones, que tomaron gran incremento desde los principios de la actuación directa de esta casa.

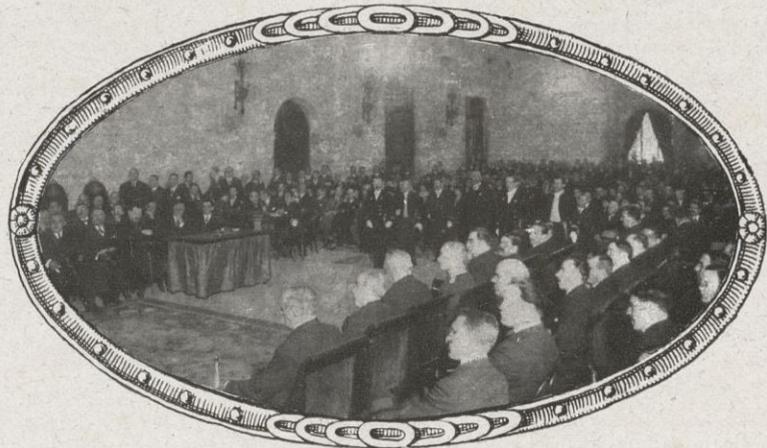
Tiene, además, Sucursales espléndidamente montadas para los servicios de frontera, en Port-Bou y Cerbere, así como también en Mousevon, para las operaciones con Bélgica.

Un servicio especial de Agencias y corresponsales, en todos los grandes centros de producción y de consumo, completan la red de acción permanente de esta casa.

Difícilmente se encontraría paridad con ninguna otra similar, ya por la complejidad de relaciones que abarca, ya por el número infinito de operaciones que realiza y por las facilidades, garantías y utilidad que presta a la producción y al tráfico, elementos indispensables de la riqueza y engrandecimiento de un país, ya que el tráfico comercial entre las distintas poblaciones del mundo, es el nervio vital de su prosperidad y su progreso.

La España Industrial. — Entre las grandes industrias nacionales descuella en primera línea la que con el honroso título que encabeza estas líneas fundaron por feliz iniciativa, allá por los años de 1847, los hermanos don Juan, don Bernardo, don Jaime, don Ignacio, don Isidro y don José Antonio Muntadas y Campeny.

Tan feliz éxito obtuvo la Sociedad que ya en el primer año vióse en la necesidad de ampliar el local primitivo — calle de la Riereta, 30 — y comenzó a construir en los alrededores de Barcelona el grandioso establecimiento en que está instalada ahora toda la sección fabril, y que andando el tiempo, junto,



Inauguración de la Feria de muestras

quizá, con el desarrollo de algún centro industrial, han dado lugar a la formación y crecimiento del típico y populoso barrio de Sans.

Dedicase la casa a los ramos de hilados, tejidos, blanqueo, tintes, estampados, aprestos, panas, y con mucha especialidad e insuperable maestría a la fabricación de *telas de algodón para encuadernaciones*, única en España en el género, habiendo llegado a superar en él a las más famosas del extranjero por la pulcritud en la confección, variedad de tipos y solidez y belleza de los colores, cuyas cualidades no campeon menos en la nueva producción de *pieles y cueros artificiales*, a que la casa también se dedica.

La lista de los artículos que abarca esta fabricación es extensa, siendo sus principales tipos las *Panas*; Bordones, lisas, labradas, estampadas y teñidas, para vestidos y tapi-

cería. — *Veludillos*; «Pana Sans» (patentada) para tapicería, en anchos de 70 a 130 centímetros. — *Novedades en estampados para vestidos*; Indianas, cretonas, rasos, «Pañete España», etc. *Muebles y tapicería*; Estampadas hasta diez colores, en crepé, sarga, cretona, otomán, reps, raso. — *Molesquines y satenes*; Estampados y teñidos, para pantalones. — *Especialidad en telas para encuadernaciones*.

La actividad industrial de esta prestigiosa firma abarca ambos Continentes, y es como instalación una de las más importantes, por no decir la primera, de España.

La maquinaria de las diferentes secciones está movida actualmente por 60 electromotores que desarrollan una fuerza motriz de 1,700 caballos, en total. Su producción anual en estampados llega a la cifra considerable de 250,000 piezas de 80 metros. En el ramo de panas asciende a la respetable cantidad de 70,000 cajas, al año.

Los beneficios por acción de 500 pesetas alcanzan, sumados a pesetas 2,121'50 incluyendo el último dividendo repar-



Inauguración de la Feria

tido correspondiente al ejercicio de 1921, de 80 pesetas por acción.

Los dividendos repartidos alcanzan a la cifra de 33.944,000 pesetas. Ha obtenido los más honrosos premios en cuantas Exposiciones ha tomado parte.

Es Director-Gerente de esta importantísima entidad industrial el excelentísimo señor don Matías Muntadas y Rovira, Conde de Santa María de Sans, a cuya experiencia comercial y tacto se debe el auge sostenido a través de los borrascosos tiempos por que ha pasado nuestra ciudad, siendo buena muestra de su acierto y orientación en que se inspira la marcha de la Sociedad la política de prudencia financiera observada en los años de abundancia motivada por la guerra, y que dió por resultado poder funcionar normal y plenamente la fábrica, aun durante la intensa crisis del pasado año, siendo «**La España Industrial**» el único establecimiento que dió trabajo a todos sus obreros mientras los demás de su clase estuvieron paradas meses enteros, total o parcialmente.

Manufacturas Antonio Gassol, S. A. — Continuada esta razón social de la antigua y acreditada firma «**Antonio Gassol y Compañía**», desenvuélvese en el mismo ambiente de respeto y simpatía con que es acogida en todos los mercados del mundo donde son bien conocidos y preferidos sus productos.

Establecida en la Perla de la costa Catalana (la industriosa ciudad de Mataró), desde 1898, y dedicada a la manufactura de tejidos de punto, se especializó desde los primeros momentos en la elaboración de medias y calcetines, en seda, hilo, lana y algodón, y muy particularmente en las clases finas, sin costura y alta fantasía.

La fábrica de Mataró ocupa una extensa superficie no inferior a 250,000 palmos, y en sus amplias salas, última palabra de la higiene y del confort especial que requieren esas agrupaciones obreras, han reunido, el genio inteligente del fundador y la práctica experiencia de sus colaboradores, cuanto de más útil y moderno ha producido la ciencia y la mecánica aplicadas al arte textil en esa especialidad.

Las cuadras de bobinado, tejido, repaso y acabado, los departamentos de confección, los almacenes de embalaje y envío, la sala de máquinas, los escritorios y despachos, dan cabal idea de un establecimiento industrial de primer orden en que

se ve desde el primer momento y en los menores detalles, una dirección inteligente y cuidadosa, animada de un espíritu de progreso y modernidad admirables.

La producción alcanza cifras verdaderamente notables, ya que rebasa las 700,000 docenas, con un valor aproximado de 18 millones de pesetas.

El mercado de esta acreditada firma es mundial; pero aparte las plazas de la Península son las Repúblicas americanas, y entre éstas muy particularmente la Argentina y Cuba, las que absorben el mayor volumen de productos, ya que la firma Gassol es conocida y preferentemente solicitada en todas ellas.

Así la parte técnica como la organización obrera están basadas en los más perfeccionados sistemas cuya ventaja ha demostrado la experiencia en los grandes centros fabriles de Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos. Y así la armonía de los detalles se refleja en la bondad del conjunto, haciendo de los artículos de esta marca algo de perfección, bondad y belleza insuperable.

N. y L. Canals y C.^a — La industria de géneros de punto es bien sabido que adquirió en Cataluña una preponderancia excepcional, siendo quizás su producción la más perfecta y alabada que se ofrece en los mercados mundiales, sobre todo en artículos finos, en cuyo ramo sobresale la especialidad calcetería (medias y calcetines), de los que hace nuestro comercio local de exportación casi un monopolio, ya que abarca todos los mercados y en particular los americanos.

Entre las infinitas fábricas de géneros de punto que existen en el Principado, las hay notabilísimas bajo todos conceptos; pero sobresale entre muchas a la altura de las más notables, la firma que encabeza estas líneas y que es, a buen seguro, una de las mejor montadas y organizadas de Europa.

Don Narciso Canals, fundador de la casa, en un ejemplo vivo de lo que puede la actividad y la inteligencia, sostenidas por una voluntad tenaz y una extensión de conocimientos de técnica y de práctica, adquiridos en repetidos viajes por el extranjero y en una larga y perseverante actuación comercial. En 1905 fundó la actual casa con sólidos cimientos mercantiles, asociando, ha poco, a su empresa, a su hermano don Luis y a los señores don Manuel Garriga y don José María Xercavins, bajo la razón social de *Narciso y Luis Canals y Compañía*, y en los 17 años transcurridos ha recorrido todas las etapas de consolidación y desenvolvimiento con una persistente progresión que la ha colocado en tan poco tiempo a la cabeza de las más avanzadas.

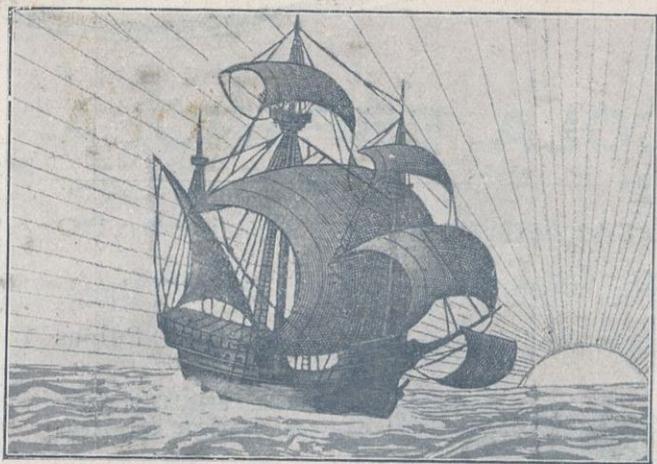
Dos son las fábricas que tiene en explotación la poderosa firma que nos ocupa, una en Barcelona y otra en Palma de Mallorca, ambas de primera categoría y con maquinaria y utillaje de los tipos más modernos y prácticos, siendo una y otra modelos de organización, de orden y modernización de procedimientos, así en la manufactura como en el trato e instalación de los obreros.

La modalidad especial de la fabricación **Narciso y Luis Canals y C.^a**, consiste en la elaboración de medias y calcetines de superior calidad, *extrafinos*, distinguiéndose entre todos sus similares por lo puro del tinte, siempre inalterable, y la perfección del torcido. El producto tipo de la casa es el universalmente conocido bajo la marca *KOH-I-NOOR*, genial y acreditada creación que se caracteriza por su extraordinaria resistencia y la brillantez de su tinte negro, que justifican bien el simbolismo de su nombre.

El unánime favor del público hacia los selectos productos de esta casa en el mercado nacional como en los de Europa y América, es bien merecido como fruto legítimo de la contracción, perseverancia e inteligencia consagradas a la obra por el ilustre fundador y sus distinguidos colaboradores, hombres, unos y otros, de condiciones superiores y ciertamente excepcionales.

El total de la producción anual, que asciende a 150,000 docenas de pares, entre medias y calcetines, de hilo de Escocia y de seda, todos de calidad extra superior, da idea del enorme tráfico realizado en las dos fábricas, del gran número de obreros que supone y del valor comercial de la manufactura que excede de 10 millones de pesetas.

He aquí un hermoso triunfo de la modestia, de la virtud, la laboriosidad y la honradez, digno de ser conocido e imitado por los que se afanan en llegar, por el solo mérito del propio esfuerzo.



COMERCIO DE CEREALES

ARMOUR GRAIN COMPANY

DE CHICAGO

REPRESENTANTE EXCLUSIVO PARA ESPAÑA Y PORTUGAL:

ANTONIO MARIMÓN

Paso bajo Muralla, núm. 13. - BARCELONA

Dirección Telegráfica: MARITERRA

No es un secreto para nadie que nuestra producción de cereales, especialmente trigo, no alcanza ni con mucho a cubrir las necesidades del consumo, en las múltiples aplicaciones que su producto molturado, la harina, tiene en las variadas industrias que la emplean como primera materia, haciendo por tanto imprescindible la importación de muchos miles de toneladas anuales para cubrir aquel déficit.

Exhausto el tradicional granero del mundo, yermos los extensos campos rusos, no le va en zaga el enorme granero de la América del Norte, cuyo privilegiado suelo produce aquellos frutos en cantidades fabulosas y de una calidad tanto o más exquisita.

Entre las grandes casas que al almacenaje y exportación de cereales se dedican, en el mercado americano, las hay de capacidad comercial y financiera extraordinarias, pero sobresale ventajosamente entre todas, la bien conocida firma **Armour Grain Co.**, de Chicago, la primera del mundo, cuyos depósitos contienen cantidades fabulosas de granos de todas especies, trigo en su mayor parte, cuyas escuadras mercantes surcan todos los mares y cuyos productos inundan todos los mercados, sin temor a imposibles competencias, ni en calidad ni en precio, ni en condiciones liberales.

Representan esta firma, en importantes plazas de Europa, las más prestigiosas figuras de su comercio, y decidida la actuación de aquella gran casa, en España, ha recaído la elección de aquel cargo en nuestro distinguido compatriota don Antonio Marimón, ventajosamente conocido y estimado por sus excepcionales condiciones de inteligencia y actividad, entre

el alto comercio de esta plaza. El nombramiento ha sido hecho y ratificado personalmente por el jefe de la casa, Mr. Benkert, en su reciente visita a esta ciudad y con el carácter de representante exclusivo para España y Portugal, con amplitud inusitada de facultades como si fuera continuación de la novísima casa.

Es motivo de orgullo para los numerosos amigos de don Antonio Marimón la honrosa distinción obtenida y debe serlo para Barcelona por haber sido escogida como centro de las grandes operaciones a realizarse y haber recaído en un ilustre hijo suyo el encargo especial de su dirección.

Otros motivos habría aun para estimar el suceso mercantil, que avaloran la personalidad del elegido y son entre otras, el que no necesitado en absoluto el señor Marimón, tales menesteres, por su sólida posición financiera bien conocida, no pretendiendo aumentar con ello sus prestigios comerciales, acepta el cargo más bien para poner a su servicio las extensas relaciones con que cuenta, en beneficio de los intereses generales del país a los que necesariamente han de favorecer la abundancia, y por tanto la baratura en el mercado de cereales.

En el gremio de harineros, entre el comercio de la plaza y entre los infinitos amigos de don Antonio Marimón, ha causado la noticia de su nombramiento de representante exclusivo de la casa **Armour, Grain Co.** de Chicago, para las regiones de España y Portugal, muy buen efecto e inmensa satisfacción, ya que se tiene la seguridad plena de que, dadas las altas dotes que le adornan, ha de ser un éxito, en todos sentidos, su gestión.

EXPORTADORA AGRÍCOLA ESPAÑOLA

SOCIEDAD ANÓNIMA

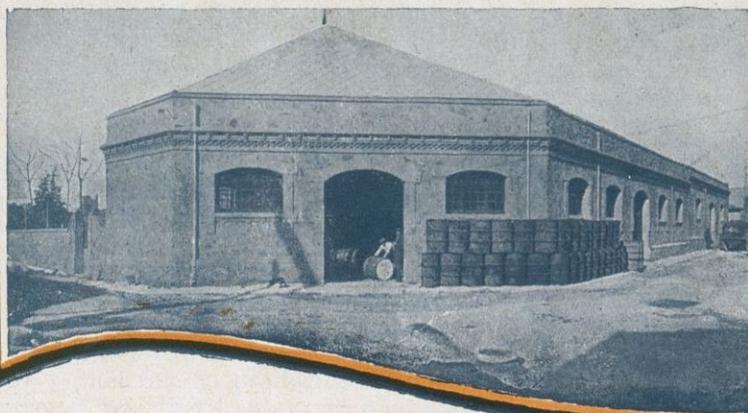
CAPITAL : 5.000,000 DE PESETAS TOTALMENTE DESEMBOLSADO

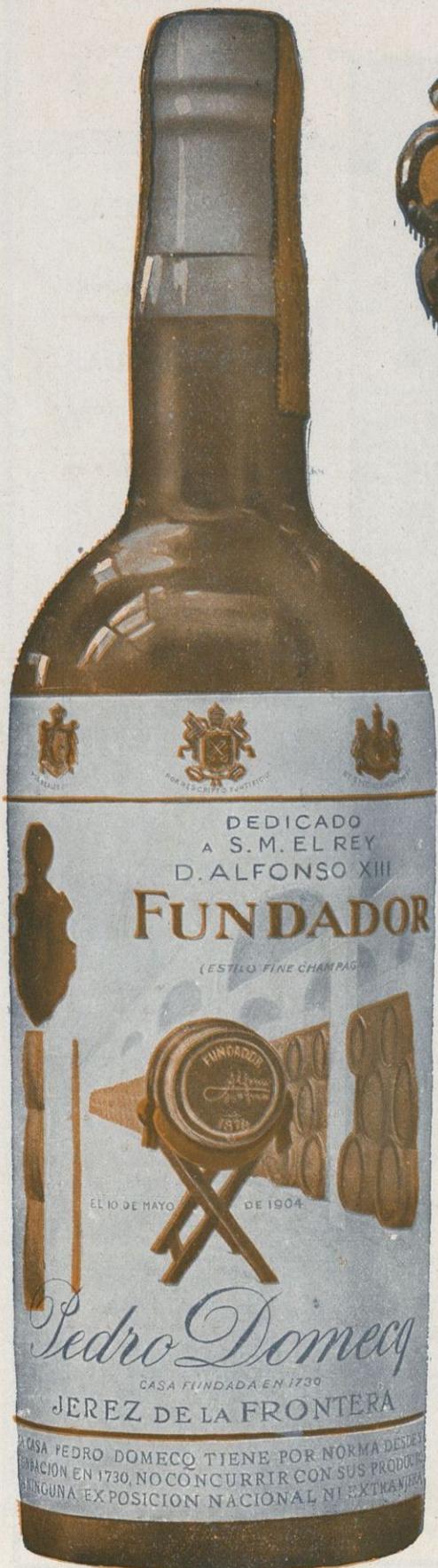
Dirección telegráfica : EXPORTADORA **REUS** Códigos A B C 5.ª edición y particulares

Exportación : Almendras, Nueces, Avellanas, Piñones, Cacahuets, Miel, Higos, Arroz, Uvas, Pasas y Pulpas

Vinos, Aceites puros de oliva,
Aceites refinados y de orujo

Sucursales: Barcelona, París, Cete, Villa-
franca del Panadés, Vendrell, Tarragona





Vinos
 y
 Coñac

Pedro
 Domecq
 y C.^a

Jerez de la
 Frontera
 (España)





AGENCIA DE ADUANAS

Tránsito Internacional, Comisión y Consignación

::: Precios alzados para todas mercancías y países :::

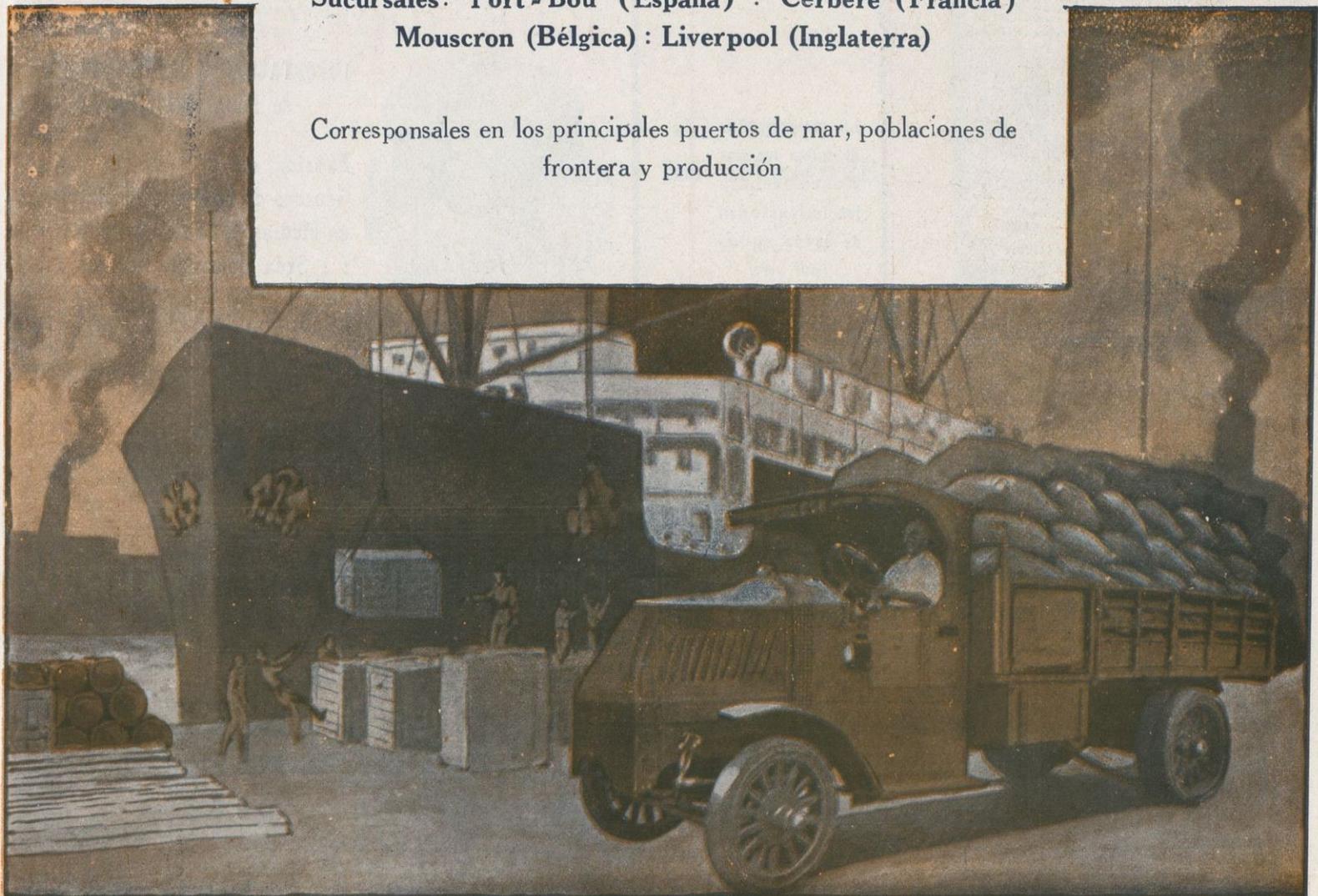
≡ **J. MARLY** ≡

RAMBLA SANTA MÓNICA, 12 : TELÉFONOS A-1958 - A-4298
BARCELONA

Sucursales: Port - Bou (España) : Cerbère (Francia)

Mouscron (Bélgica) : Liverpool (Inglaterra)

Corresponsales en los principales puertos de mar, poblaciones de
frontera y producción



CARABAÑA

ES MUNDIAL



Las Aguas
Minero
Medicinales
de
Carabaña
son
Naturales
Purgantes
Depurativas
Antiherpéticas
Antibiliosas



La clase médica
de todas las na-
ciones rechaza
las imitaciones
de estas aguas
por ser
ARTIFICIALES

ALPARGATAS

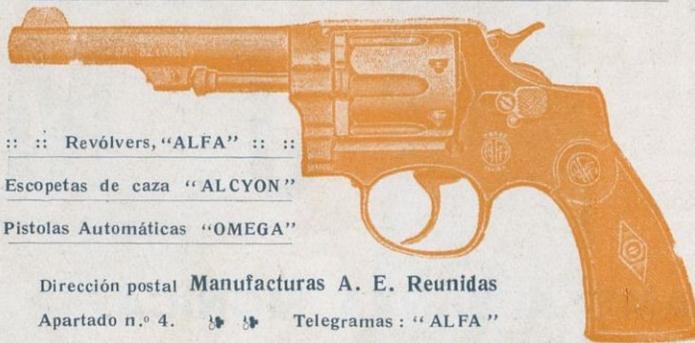
Y PLANTILLAS DE YUTE

José M. Alberdi

AZCOITIA (GUIPÚZCOA)

EXPORTACIÓN

MANUFACTURAS ARMERO - ESPECIALISTAS REUNIDAS



:: :: Revólvers, "ALFA" :: ::

Escopetas de caza "ALCYON"

Pistolas Automáticas "OMEGA"

Dirección postal Manufacturas A. E. Reunidas

Apartado n.º 4. Telegramas: "ALFA"

EIBAR (España)

JOSÉ ROCA CAMPRUBÍ

IMPORTACIÓN Y MANUFACTURA
de SEDA ARTIFICIAL



Fábrica de Torcidos de Seda
Géneros de Punto: Especialidad
en Medias de Seda: Torzales y
:: Seda floja para labores ::

Encina, 24 y 26, BARCELONA: Teléf. G-1906



"VILASECA"

Marcas Registradas

VILASECA Y COMAS

Capellades - Barcelona - España

FÁBRICA DE PAPEL DE BARBA

Grandes existencias para servicio inmediato - Fabricaciones especiales
con marcas al agua para Obligaciones, Cheques, Billetes, etc., etc.

Papeles para fumar de todas clases, en bobinas, resmas y libritos

PÍDANSE MUESTRAS Y OFERTAS

Almacenes y despacho: Muntaner, 82, Barcelona - Cable "Vilacoma"



JOSÉ FREIXA

CONCESIONARIO PARA LA VENTA
DE LOS ARTÍCULOS FABRICADOS

— POR —

JOSÉ FREIXA, HIJOS

TEJIDOS DE LANA

— Y —

A. & J. FREIXA & Co.

:: PEINADOS, HILADOS ::
Y RETORCIDOS DE ESTAMBRE

SAN PABLO, 6 : TELÉFONO 5614

TARRASA

CLAVES { LIEBER'S
A. B. C. 5.ª EDICIÓN



CUENTAS CORRIENTES

BANCO DE ESPAÑA. - BARCELONA
BANCO DE TARRASA. - TARRASA
BANCO HISPANO AMERICANO. - TARRASA



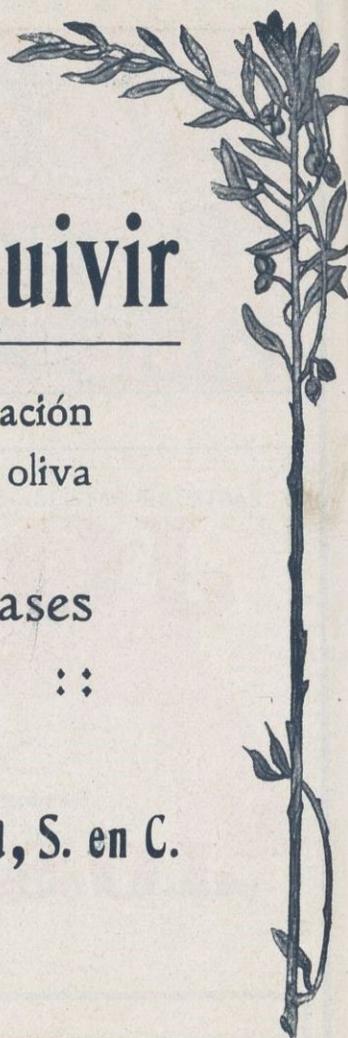


El Guadalquivir

Refinería y exportación
de aceites puros de oliva

Fábrica de envases
:: metálicos ::

Miguel G. Longoria, S. en C.
SEVILLA



ZUMACOLA

Gran fábrica de objetos de mimbre
junco y medula
Especialidad en muebles de medula
y junco esmaltado

MENDIZÁBAL Y CA
DEVA

Teleg.
MENDI-
CIA

Teléf.
n.º m.
1-82

José Sala Cusó

REPRESENTANTE COMISIONISTA DE CASAS EXTRANJERAS
IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN
REFERENCIAS DE PRIMER ORDEN

Plaza Tetuán, 3, entl.º : BARCELONA : Cable "Salagus"



A.
Fran.
cino

Fábrica de
paños y
novedades

Oficinas : Arrabal, 9 : TARRASA

Las páginas de anuncios en colores de esta
Revista, están impresas en papel de la casa
RAFAEL TORRAS JUVINYÁ, de Barcelona

CANALES & C.^A



ACEITES
FINÍSIMOS
PUROS DE
- OLIVA -

Lo más se-
lecto que se
produce

Extracción
y refinación
por los más
modernos
procedi-
mientos



REPRESENTANTES

MÉXICO. — Federico Rocha; Apartado 1982

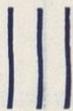
HABANA. — Antonio González Lanzas; Apartado 846

RIO DE JANEIRO. — Joaquín Vivas Martín; Caixa Postal 1642

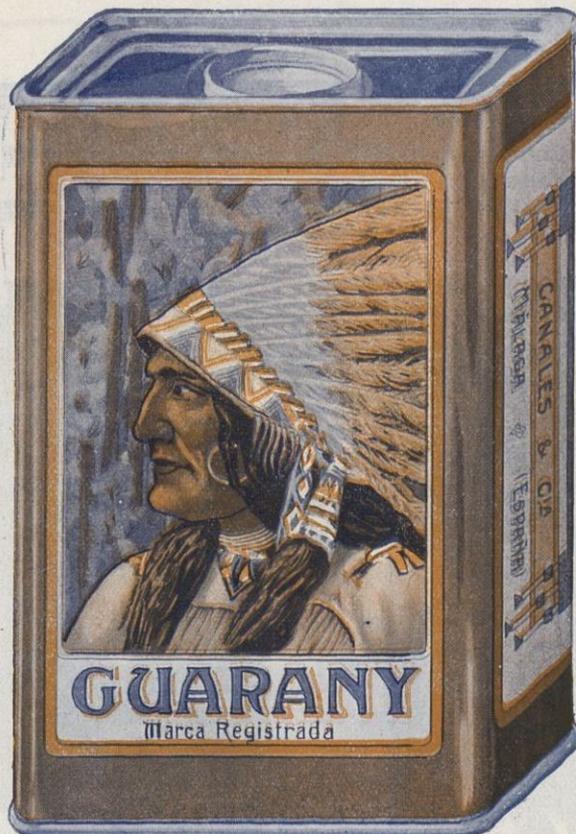
BUENOS AIRES. — Ferrini & Co.; Libertad, 143



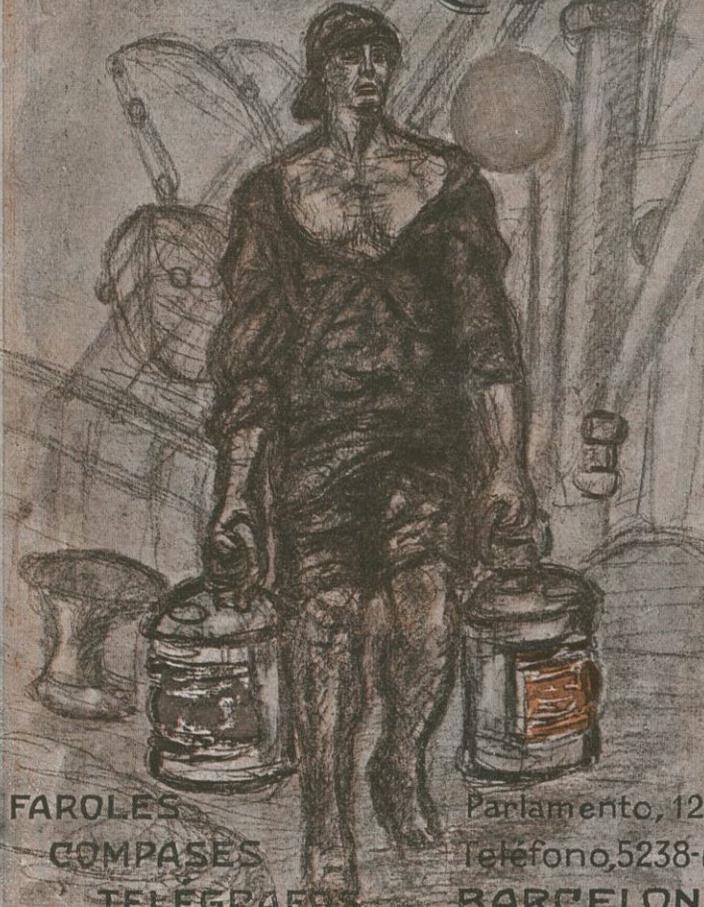
Los más
populares aceites
para cocina



MÁLAGA
(España)



MANUFACTURA ESPAÑOLA
DE
EFECTOS NAVALES
"MONTURIOL"



FAROLAS
COMPASES
TELEGRAFOS

Parlamento, 12
Teléfono, 5238-A
BARCELONA

FÁBRICA DE GÉNEROS DE PUNTO

**Especialidad
en Artículos afelpados**

Exportación a todos los países

Ribas y Juliá

Sucesores de
Hijos de Pedro Ribas



Dirección telegráfica: RIBAJULI

Teléfono núm. 3

MATARÓ



JUAN ORDEIG

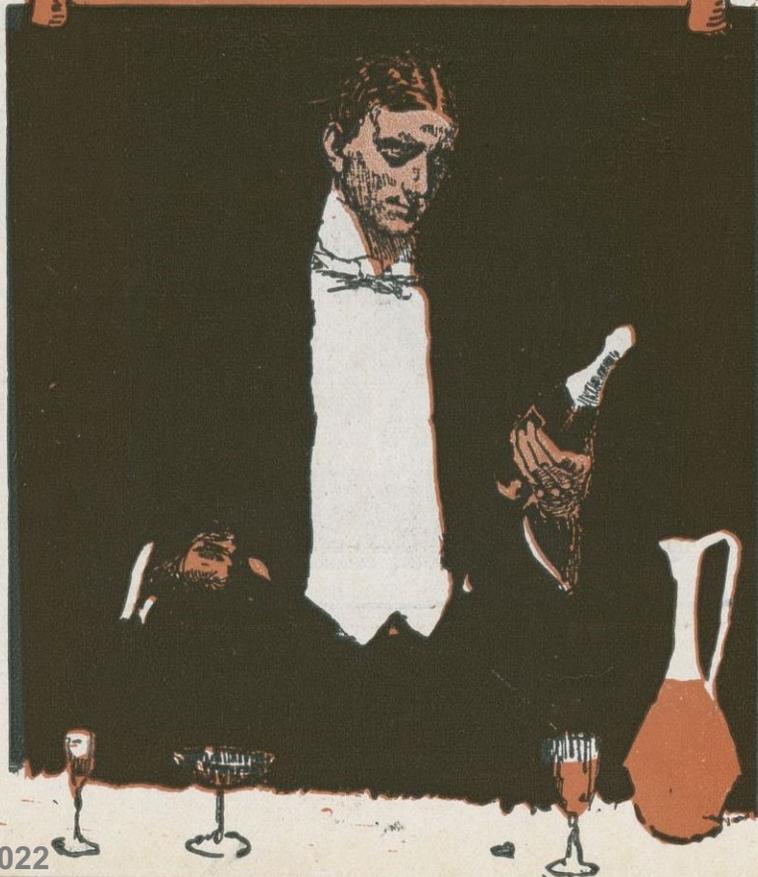
FÁBRICA DE TE-
JIDOS DE PUNTO

ESPECIALIDAD EN MEDIAS Y CALCETINES

MATARÓ

Manuel Fernández y C.^a
JEREZ (España)

VINOS Y COÑACS SELECTOS :: AMONTILLADO
"VICTORIA" :: JEREZ QUINA :: COÑAC ESPAÑA
CHAMPAN "DUCAL"



**JESÚS BUITRAGO
BARCELÓ**

Fabricación y exportación
de todo lo concerniente al
:: ramo de espartería ::

CIEZA (Murcia)



FÁBRICA DE JUGUETES DE
MADERA Y ESTUCHERÍA

OLIVER MORAND H^{NOS}



José Freixa

Concesionario para la venta
de los artículos fabricados

por

José Freixa, Hijos

Tejidos de lana

y

A. & J. Freixa & Co.

: : Peinados, Hilados : :
y retorcidos de estambre



CUENTAS CORRIENTES:

Banco de España, Barcelona
Banco de Tarrasa, Tarrasa
Banco Hispano Americano, Tarrasa

CLAVES { Lieber's
A. B. C. 5.ª Edición

San Pablo, 6 : Teléfono 5614

TARRASA

J. RODRÍGUEZ E HIJOS

Representantes e Importadores

Despacho: JUJUY, 213 : Apartado 689

DIRECCIÓN CABLEGRÁFICA "CATALUNYA"

BUENOS AIRES

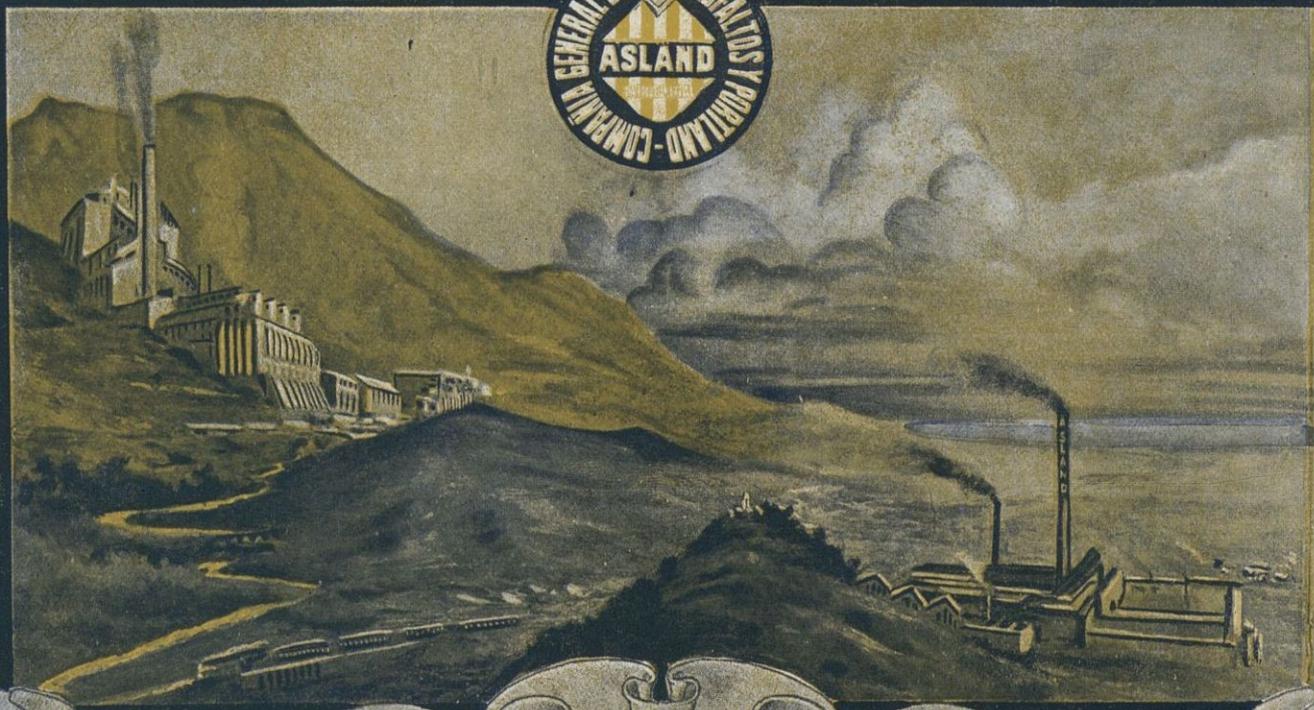


Fábrica de Géneros de Punto
Especialidad en Medias y Calcetines

Tomás Romaguera

Amadeo, 90
CALELLA





CEMENTO PORTLAND ARTIFICIAL

ASLAND

de la Compañía General de Asfaltos y Portland "ASLAND"

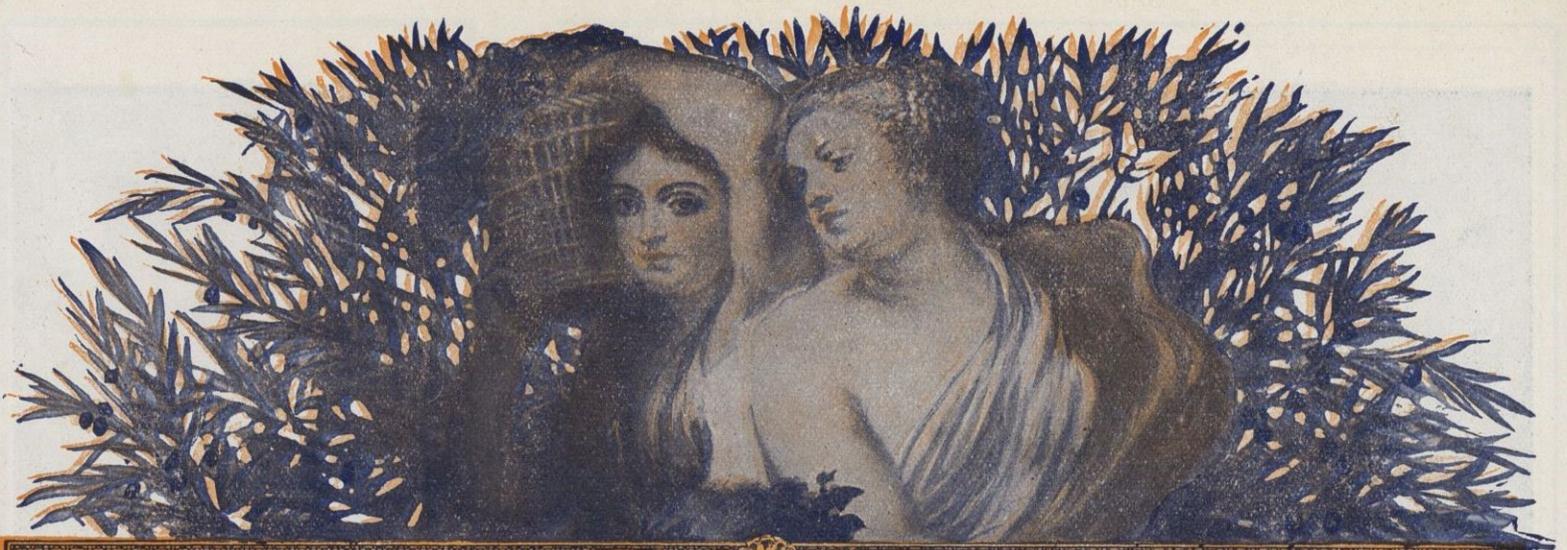
Producción anual 200,000 toneladas

Se emplea el Cemento ASLAND en las siguientes obras importantes : Canal de Aragón y Cataluña, ídem de Isabel II, Riegos del Guadalquivir, Pantano de Riudecañas, ídem de Foix, ídem de María Cristina, ídem de Alfonso XIII, ídem de Guadalmellato, Riegos y Fuerza del Ebro, Defensa contra las inundaciones del Ebro, Depósitos Aguas potables de Zaragoza, Alcantarillados de Barcelona, ídem de Madrid, ídem de Sevilla, ídem de La Coruña, Pavimentados de Barcelona, ídem de Madrid, ídem de Zaragoza, ídem de Sevilla, ídem de Málaga, ídem de Valencia, ídem de Cádiz, Hidroeléctricas de Cataluña, ídem de Castilla, ídem de Aragón, ídem de Andalucía, ídem de Valencia, Tranvías y Ferrocarriles de España, Puertos de Barcelona, Castellón, Valencia, Alicante, Cartagena, Algeciras, Cádiz, La Coruña, Vigo, Ceuta, Melilla y Las Palmas (Canarias), Diques de El Ferrol y Cádiz, y obras militares en las Comandancias de Melilla, Palma de Mallorca, Gran Canaria, Cádiz, Córdoba, Barcelona, etc., etc.

Representante en Buenos Aires : ANTONIO VALIENTE E HIJO : Paraná, 246 y 248

Oficinas : Plaza Palacio, 15-Dirección tel. y telef. "Asland" : BARCELONA

Pidanse precios y certificados de ensayo



ACEITES DE OLIVA EXTRAFINOS, GARANTIZADOS PUROS
 Medalla de oro en la Exposición Internacional — Madrid 1907

C. NICOLAU, BAROJA Y CA, L^{DA}

Socios gerentes: E. LAMOTE DE GRIGNON y ESTANISLAO BAROJA

Telegramas: CENICOLAU
 Telefonemas: NICOLAU COMPAÑIA

Claves en uso: A B C 5.ª edición. Lieber's 5 letras

CORRESPONDENCIA en Español, Francés
 Inglés e Italiano



EXPORTADORES
 Antigua casa CRISTÓBAL NICOLAU
 fundada en 1862

TORTOSA (España)

PROVEEDORES

DE LA REAL CASA



Puig Castellano y C.^a, S. en C.

Fábrica de tapones de corcho de todas clases

□ Especialidad en flotadores de corcho para la pesca □

Exportación a todos los países

Dirección telegráfica: PUIGCAS : Código A. B. C. 5.ª edición
 Diploma de honor en el Concurso Feria de Barcelona 1918

CASSÀ DE LA SELVA (Gerona)



DRECKLER y Cia
 CALLE ARAGON 270
 junto al Paseo de Gracia
 teléfono A-4433
 BARCELONA

calefacción
 ventilación
SECADEROS
 Termo-sifones

Fontana y Vilanova, S. en C.



Plaza Castillejos, 9

Exportador de aceites

REUS : TARRAGONA : ESPAÑA



Fábrica de Harinas y Comerciantes en Cereales

Vda. e Hijos de Antonio Palés

Importación - Exportación

Despacho : Paseo Isabel II, 6, 1.º - Teléfono A-1564

Fábrica : Sagrera, 109 (San Martín) Teléf. S M-151

BARCELONA



SALA Y BADRINAS

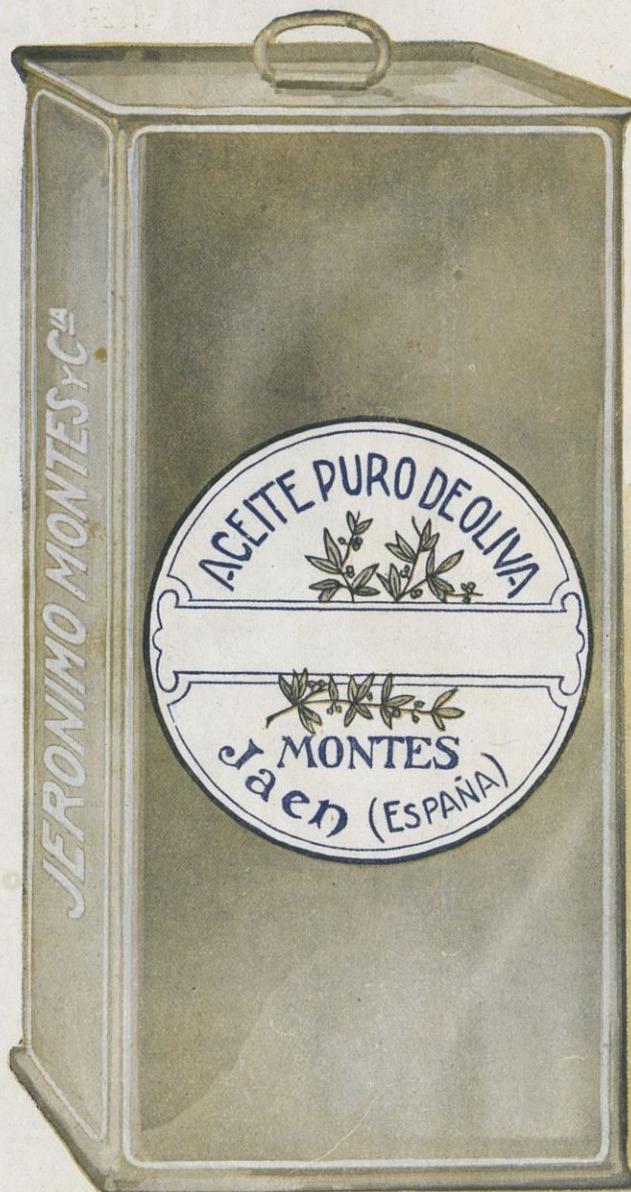
Fábrica de tejidos de lana

CASA ESPECIAL EN PAÑE-
RÍA, NOVEDADES PARA
SEÑORA Y MANTONERÍA

TARRASA

JERÓNIMO MONTES

Y COMPAÑÍA



Exportación de aceites finos puros de oliva

— Fábricas de Harina y Electricidad —

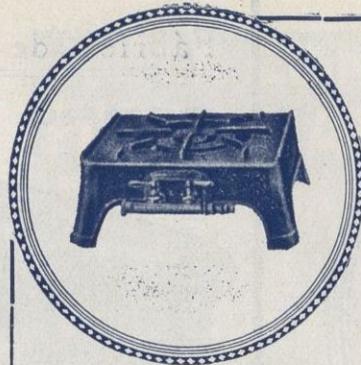
JAÉN (España)

Ramón Cabrelles

REPRESENTACIONES : EXPORTACIÓN
FÁBRICA DE ABANICOS

Telegramas - Cables : MONBRETU
Código A. B. C. 5.ª Edición

VALENCIA : ESPAÑA



Fundición Mecánica

Artículos para alumbrado, ferretería y fumistería : Hierro esmaltado : Hornillos para gas negros y esmaltados Estufas a gas pintadas y esmaltadas : Suspensiones y brazos pared para petróleo : Jaboneras y Salvamantecas esmaltados : Paragüeros, Miradores, Llamadores, Asas, Aldabillas, Tiradores, Escuadras, Prensas para carne, etc., etc.

Fundición de hierro
y construcción de máquinas

SALVADOR FONT VERDAGUER

TELÉFONO 28 ——— MATARÓ

J. GALGERÁN
CALONGE (GERONA)

Fabricante y exportador de tapones de corcho. Elaboración de toda clase de tapones con corchos de las mejores procedencias. Confianza absoluta. - Exportación a todos los países. - Pidanse muestras y precios

MA.CA  REGISTRADA

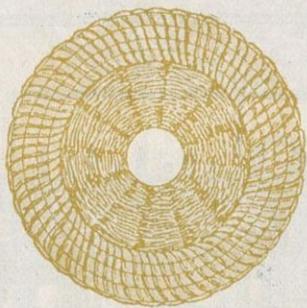
SUINAGA & ARAMBERRI Si quiere usted adquirir una buena arma de defensa, pida usted los revólvers y pistolas de nuestra fabricación Escopetas de chimenea y fuego central marca "Júpiter"
EIBAR : España ——— Exportación a todos los países ———

Fábrica de Peines y Lizos para Tejidos

A. Y J. VALLVÉ

Ausias March, 77 - Teléfono SP-394

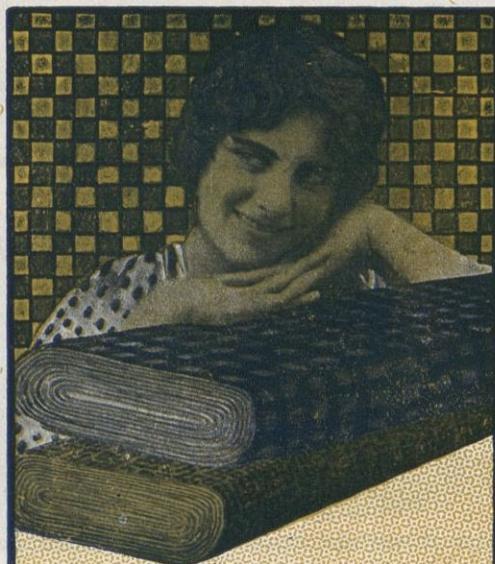
BARCELONA



Francisco Silvestre García

Fábrica de Capachos para la extracción de vinos y aceites
Elaborados con esparto de cosecha propia y adaptables a toda clase de prensas

HELLIN



Fábrica de Paños y Novedades

Astals, Autonell y Taló

TARRASA

Sellos para colecciones



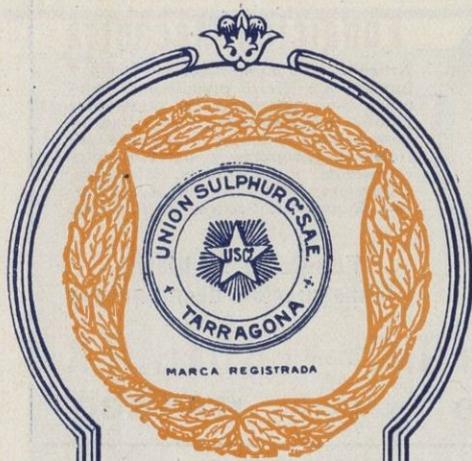
Gran surtido de sellos de todos los países y de artículos filatélicos

ENVÍOS PARA ELEGIR

Precios corrientes gratis y franco

R. POULAIN

7, Rue de Provence: PARIS (9^o)



**Union
Sulphur
Co.**

**SOCIEDAD
: ANÓNIMA :
ESPAÑOLA**

Representantes de las
Sociedades Union Sul-
phur Co., de Nueva
York, y Raffineries In-
ternationales de Soufre
en Marsella

Domicilio social y oficinas :
Velázquez, 64-Madrid

REFINERÍAS EN
TARRAGONA

Telegramas y Telefonemas :
SULPHUR - MADRID

Azúfres fabricados :
**Flor, Cañón,
Molido, Terrón**



Fábrica de Conservas de Pescado EL MUNDO

PEDRO GUTIÉRREZ



Preparado con
pescado escogido

Exportación
a todas partes

AYAMONTE
HUELVA (ESPAÑA)



Lanas

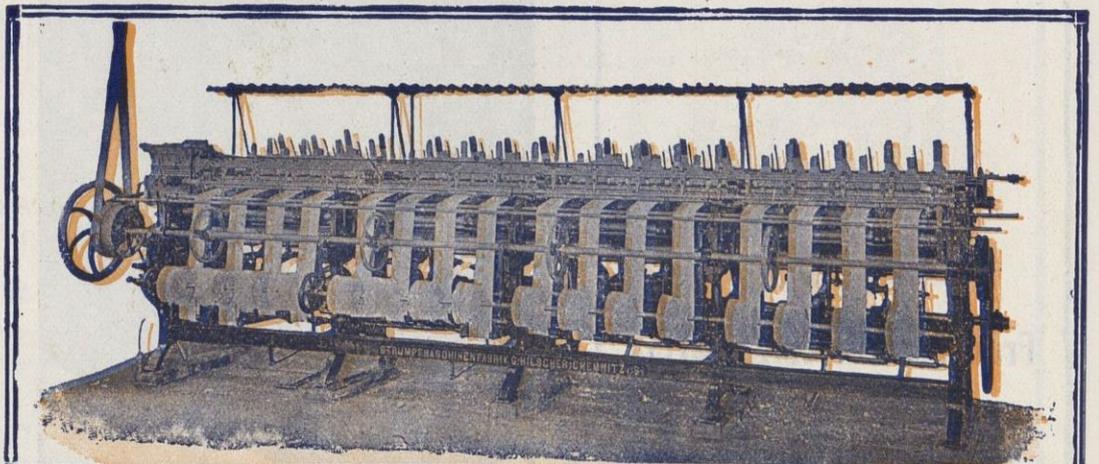
Despacho
y Almacenes :
Padre Sallarés, 67 al 87.
Teléfono 74. Telegramas y
Telefonemas: CIRERA-BALSAS
Casa fundada en 1875

Domicilio particular :

Escuela Industrial, 24
Teléfono particular 64

Cuenta corriente con : Banco
de Sabadell, Banco de Es-
paña y Crédit Lyonnais,
en Barcelona

HIJO DE ANTONIO CIRERA : Sabadell



BOIX Y C^{IA} . . . **GRAN FÁBRICA DE
GÉNEROS DE PUNTO**

EXPORTACION A TODAS PARTES

Fábrica : Cervantes, 98 : Despacho : Plaza Mn. Jacinto Verdaguer, 7 : TARRASA



Hijos de Carlos Albó

Grandes Fábricas de
Conservas en Santoña,
Candás, La Arena, Co-
ruña, Fuenterrabía y
Vigo

Pedidos a Santoña (Santander)

Anchoas en salmuera, en barriles y latas y toda
clase de aperitivos derivados de este pescado:
Pescados surtidos: Bonito, atún, besugo, mer-
luza, calamares, & : Sardinias: Toda clase de
formatos en aceite, tomate y escabeche.

"LA CONFIANZA" PASTAS ALIMENTICIAS



FRANCISCO PALOMER MARCA
CLASE 1^{RA}

CASA FUNDADA EN 1864

Emilio J. Escat

F^{CA} EN SAN MARTÍN DE PROVENSALES

Fábrica de Anisados, Aguardientes Compuestos y Licores
Ronda S. Pedro, 11 - **Barcelona** - Teléfono 808 - A

EXPORTACIÓN A TODOS LOS PAISES DEL MUNDO

CTAS. CORRIENTES CON BANCO DE ESPAÑA, BANCO DE ROMA
BANCO HISPANO AMERICANO

LA
**ACEITERA
ESPAÑOLA**

EXPORTACIÓN DE ACEITES FINOS



**MÁLAGA
ESPAÑA**

MORTADELLA
SIBERIA

Salchichón de Vich
Morcilla y Aspic en latas

EXPORTACIÓN A AMÉRICA

"SIBERIA"
Apartado 722 || BARCELONA

FOIE GRAS
SIBERIA

Martín Montaner
PALAMÓS

Fábrica de tapo-
nes de corcho
para champagne



Sucesor de J. SALVAT

Fábrica de Hilados y Tejidos de Lana

ESPECIALIDAD EN

MANTONERÍA
Y OTROS ARTÍCULOS

== EXPORTACIÓN ==

Teléfonos: Despacho 146 : Particular 759

Argüelles, 45 : **SABADELL**

JOSE BAÑON LOPEZ
GERENTE RAFAEL ESQUEMBRE
JOYERÍA, PLATERÍA Y RELOJERÍA

Especialidad en reforzado Oro y Chapeado 14 kilts.

Fábrica de Cadenas y Bolsos de Malla en plata y alpaca (metal blanco)

EXPORTACIÓN

Dirección telegráfica: BAÑON-CADENAS

Se aceptarían compradores del extranjero

VILLENA (Alicante-España)

Sociedad Anónima FLORFÉ

Fábrica de Aceites esenciales
y Productos Químicos

JAEN : Andalucía : ESPAÑA

Oficinas : Bernabé Soriano, 16 ■ Fábrica : Paseo de Alfonso XIII

ACEITES PUROS DE

ESPLIEGO, LAVANDA, ROMERO, TOMILLO, SALVIA, POLEO, MEJORANA, HINOJO y otros :: TIMOL purísimo cristalizado

ACEITES ESPAÑOLES
FINÍSIMOS
PUROS DE OLIVA

BALCELLS

REFINERÍA DE
B. BALCELLS

CALLE GUARDIA, 15

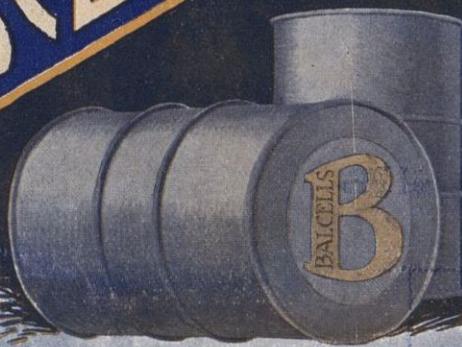
TELEF. 4846 A

CABLES 'BALOIL'

CLAVE A.B.C. 5ª ed. mej.

BARCELONA

ESPAÑA





Gibert y Blasco

Pedrería fina

Joyas proyectadas por Carlos Ridaura

Teléfono A-5471

Cortes, 640, entl.º 2.º

Barcelona

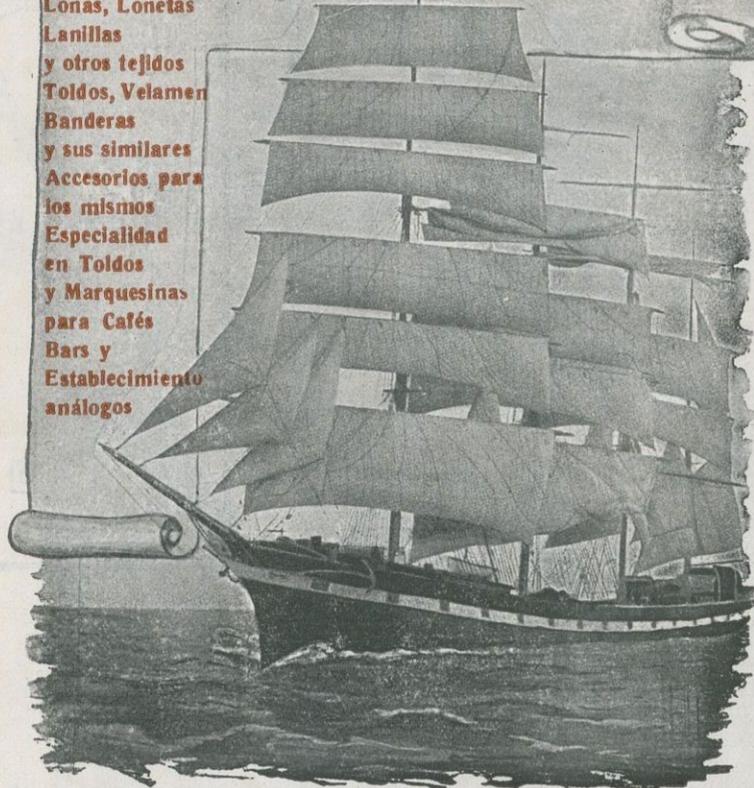
GERARDO ESTAPÉ

FABRICA EN MASNOU

DEPÓSITO Y TALLERES

Paseo San Juan, 8 - Teléfono SP-203 - BARCELONA

Lonas, Lonetas
Lanillas
y otros tejidos
Toldos, Velamen
Banderas
y sus similares
Accesorios para
los mismos
Especialidad
en Toldos
y Marquesinas
para Cafés
Bars y
Establecimientos
análogos

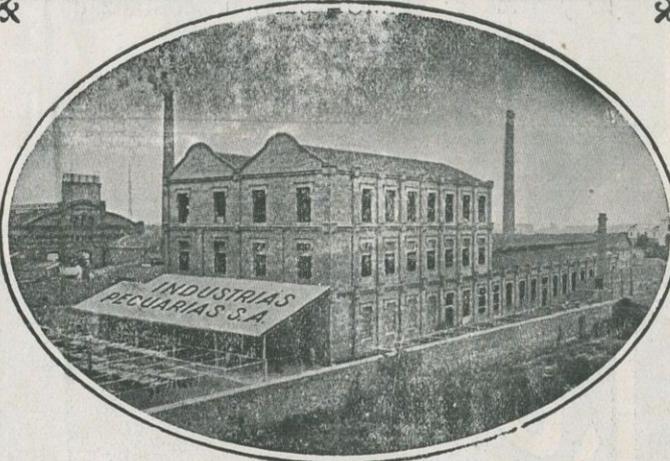


JOSÉ SALA GUSÓ

REPRESENTANTE COMISIONISTA DE CASAS EXTRANJERAS

IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN :: REFERENCIAS DE PRIMER ORDEN

Plaza Tetuán, 3, entl.º ♦ **BARCELONA** ♦ Cable "SALAGUS"



Industrias Pecuarias, S. A.

Pieles lanares y cabrias - Tripas para embutidos - Cuerdas armónicas y Sports

DEPÓSITO Y FÁBRICA:

San Juan de Malta, 97 (S. Martín) : Teléfono SM-631

OFICINAS-DESPACHO:

Paseo Aduana, 4, pral., 1.º : Teléfono A-5537

BARCELONA



Casa Fundada en 1790



Hijos de Francisco Forgas

BAGUR (GERONA) ESPAÑA

Fabricación de taponés de corcho, papel para emboquillado de cigarrillos, Salakofs, plantillas y todo lo concerniente al ramo de corcho aglomerado

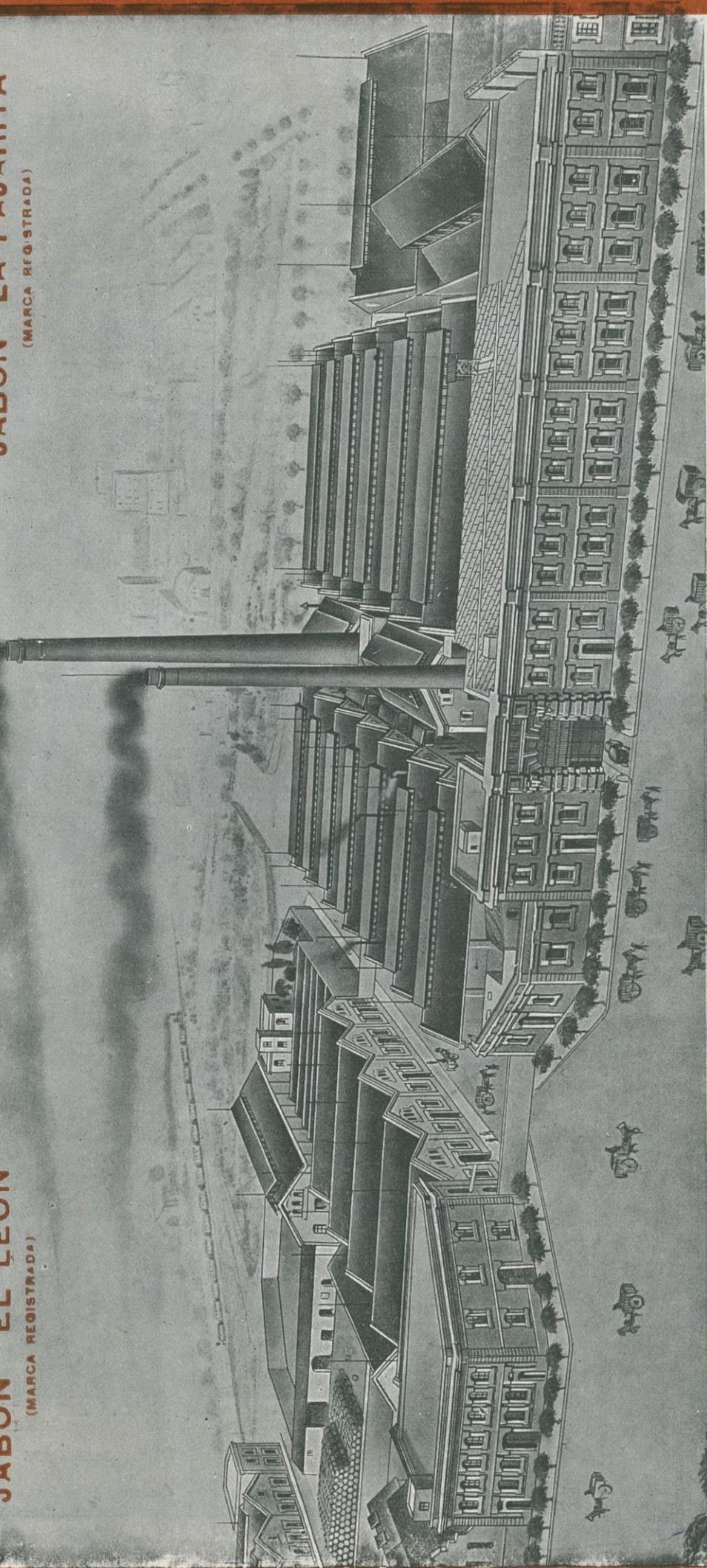
EXPORTACIÓN A TODOS LOS PAISES

ROCAMORA Y COMPAÑÍA

BARCELONA

JABÓN "EL LEÓN"
(MARCA REGISTRADA)

JABÓN "LA PAJARITA"
(MARCA REGISTRADA)



CONSERVAN, SUAVIZAN Y PERFUMAN LA ROPA

SON LOS MAS HIGIENICOS Y MAS ECONOMICOS

GRANDES FÁBRICAS DE JABONES DE TODAS CLASES

BUJÍAS : ESTEARINAS : GLICERINAS : OLEÍNAS : ACEITES DE SEMILLAS Y SUS TORTAS

CASA FUNDADA EN 1840



LARIOS Y CROOKE

SOL DE ANDALUCIA

MÁLAGA (ESPAÑA)

TELEGRAMAS: LARIOKE



MARCA REGISTRADA

ACEITES FINOS Y REFINADOS PUROS DE OLIVA CLASE SELECTA



Elaborados por procedimientos modernos y con frutos escogidos